

L A D O N C E L L A D E
O R L E Á N S

F R I E D E R I C H V O N
S C H I L L E R

Libros Tauro

ARGUMENTO

En el prólogo de este drama, Schiller ofrece al lector la familia de Juana de Arco, a su padre, a sus dos hermanos y a los novios de las tres, Thibaut de Arco, que así, se llama el padre de la heroína, se muestra descontento de Juana por su carácter visionario y excéntrico, tan distinto del sencillo y natural de sus otras dos hijas. Hasta la reprende porque, en su juicio, muestra ciertas inclinaciones de hechicera. Llega entonces de Vancouleurs, ciudad inmediata, un labrador apellidado Bertrand, que trae nuevas de la guerra, funestas hasta el extremo, puesto que los ingleses vencen en todas partes, y el Delfín Carlos VII, refugiado en Chinon, carece de energía, y, además, no tiene tropas, ni dinero, ni crédito. Trae también un yelmo que le ofrecía una gitana, y a su vista Juana se entusiasma, se apodera de él, pronuncia palabras proféticas, y al fin, se decide a abandonar a su familia y rebaño, para presentarse a una tropa amiga, que se acerca a socorrer al Delfín, y se halla próxima a Vancouleurs, que, amenazada, por último, por dos ejércitos

enemigos, ha resuelto, en la imposibilidad de pelear o de huir, entregarse al duque de Borgoña, unido con los ingleses.

El Rey Carlos VII y su corte aparecen en Chinon en el acto primero. El Condestable lo ha abandonado ya; Dunois, el Bastardo de Orleáns, al ver la irresolución del Rey, se propone imitarlo; los Consejeros de Orleáns, diputados por esta ciudad para pedirle socorro, y manifestarle que, el no se les auxilia, habrán de entregarse en breve, son desahuciados por el Monarca, y, por último, hasta sus tropas escocesas amenazan retirarse porque no se les paga. El Rey acuerda entonces pasar el Loira y dejar libre el campo a sus enemigos, sobre todo al saber que sus tentativas para atraer a su partido el Duque Borgoña, han sido inútiles. Da, pues, las órdenes para realizar su deseo, cuando llego a tu conocimiento que se ha ganado una batalla a los ingleses, contra toda esperanza, debida al heroísmo de Juana, que se ha puesto al frente de los soldados de Francia. Enseguida viene ella misma en persona, conoce al Rey, sin haberlo visto, nunca, y á, pesar del ardid que imaginan para probarlo, declara ante todos cuáles han sido las preces dirigidas al cielo por Carlos VII, se dice enviada por la Virgen y señala, siendo obedecida, cuáles han de ser su espada y su bandera.

El acto segundo comienza por una disputa entre el Duque de Borgoña y sus aliados los generales ingleses, achacando cada uno a los demás su común

derrota. La Reina, madre del Delfín, que está también con ellos y contra su hijo, intenta reconciliarlos y lo consigue hasta cierto punto, aunque revolviéndose todos contra ella. Por fin se deciden a pelear de nuevo con los franceses al día siguiente; pero no se realiza su proyecto, porque Juana, con los soldados de Carlos VII, invade de improviso el campamento inglés, arrolla y vence a cuanto le resiste, mata á Montgomery, noble mancebo inglés, y encuentra al Duque de Borgoña, con quien se niega a pelear, convenciéndolo, al cabo, y no sin trabajo, a que abandone la mala causa de Inglaterra y defienda a su Soberano y a su patria.

Dunois y La Hire, los más valerosos capitanes del ejército francés, aparecen enamorados de Juana en el acto tercero, y disputando por ella. Chatillón, enviado del Duque de Borgoña, formula de parte de su Señor las condiciones, de cuya aceptación depende la vuelta de los borgoñones al servicio de Carlos VII. Este suscribe a todas, y, en su consecuencia, el Duque, con los suyos, se reconcilia con el Rey. Juana intercede por Duchatel con el Duque, y consigue que lo perdone, a pesar de considerarlo aquél como asesino de su padre. Niégase también la doncella a acceder a las pretensiones de sus dos amantes, y pelean ingleses y franceses, muriendo Talbot, célebre general de los primeros. Un Caballero negro finge huir de Juana, la aparta del campo de batalla, y la exhorta a que se retire, desapareciendo enseguida misteriosamente. Entonces llega Lionel,

caballero inglés; y cuando Juana, arrancándole el yelmo, se dispone á matarlo, siente por él de improviso simpatía y amor, y lo deja escaparse.

Juana, enamorada de Lionel en el acto tercero, quejosa de su suerte en este cuarto, y comprendiendo que la condición impuesta a su misión divina, de no sentir ni admitir inclinación alguna amorosa, ha sido quebrantada por ella, manifiesta a Inés Sorel su impureza, sin expresar la causa, se resiste a tomar y llevar en la fiesta su antigua bandera, aunque al fin accede a los ruegos de Dunois y de La Hire, sus pretendientes; encuentra a sus hermanas, que han venido también a Reims, y les demuestra su afecto. Pero su padre asiste también a la procesión; y, cuando el pueblo la vitorea, y el Rey la ensalza hasta las nubes, se presenta el primero, la increpa y, la maldice en público, y afirma que cuanto ha hecho ha sido obra del diablo y de sus artes infernales. Ella se queda inmóvil y muda, y todos lo creen, porque, hasta el cielo, con sus truenos, testifica contra ella, y todos la abandonan, siendo desterrada por orden del Rey, y saliendo de la ciudad sin más compañía que la de su antiguo pretendiente Raimundo, que ha venido también a la fiesta.

Juana y Raimundo aparecen fugitivos en el acto quinto, en un bosque situado entre el campamento de los ingleses y el de los franceses. Refúgiense en la choza de un carbonero, que los recibe con bondad, aunque al fin huyan de Doncella; reconocida por su hijo, éste, el carbonero y su mujer. Juana convence a

Raimundo que no es hechicera, explicando, su incomprendible silencio, ante las acusaciones de su padre, como un acto de sumisión á los mandatos divinos. A poco sobreviene con soldados la Reina Isabel, escapándose Raimundo y quedando prisionera la Doncella, que hace cuanto puede para que la maten, al saber que van a llevarla a Lionel. Por fin la encierran en una torre, bajo la guarda de la Reina. Lionel se presenta, y le salva la vida, no obstante la sedición de los soldados ingleses, que piden su muerte.

Juana ha desechado ya por completo su pasajera, debilidad amorosa, y se niega obstinada y heroicamente á acceder a las pretensiones de Lionel. Trábase la batalla entre de ingleses y franceses, venciendo al principio aquellos y viéndose el Rey de Francia en grave riesgo de caer, prisionero, pero Juana se despoja milagrosamente de sus cadenas, vuela al socorro de los suyos, cambia con su influjo la suerte de la guerra, salva al Rey, y muere al cabo de sus heridas entre sus compatriotas, bendecida y honrada por todos.

LA DONCELLA DE ORLEÁNS.

TRAGEDIA ROMÁNTICA

PERSONAJES

CARLOS VII, Rey de Francia.
LA REINA ISABEL, su madre
INÉS SOREL, querida del Rey
FELIPE, EL BUENO, Duque de Borgoña.
EL CONDE DUNOIS, bastardo de Orleáns
LA HIRE, oficiales del ejército del Rey.
DUCHATEL
EL ARZOBISPO DE REIMS
CHATILLÓN, caballero borgoñón.
RAOUL, caballero lorenés.
TALBOT, general inglés
LIONEL, capitanes ingleses.
FALSTOLF.
MONTGOMERY, caballero del país de Gales
CONSEJEROS DE ORLEÁNS.
UN HERALDO INGLÉS.
THIBAUT D ARC, rico labrador.

MARGOT

LUISON, hijas de Thibauat.

JUANA

ESTEBAN,

CLAUDIO MARÍA, sus novios.

RAIMUNDO

BERTRÁN, otro labrador.

LA SOMBRA DE UN CABALLERO NEGRO

UN CARBONERO y SU ESPOSA.

*Soldados, pueblo, oficiales de la corona, obispos, frailes,
mariscales, magistrados, cortesanos, y otros personajes mudos
del séquito de la coronación.*

PROLOGO

Paisaje campestre.

Delante, a la derecha, una imagen de un santo en una capilla, y, a la izquierda, una copada encina.

ESCENA PRIMERA.

THIBAUT D'ARC, *sus tres hijas, y tres pastores jóvenes, sus novios.*

THIBAUT. -¡Sí, queridos vecinos! Hoy somos franceses, ciudadanos libres, y dueños del antiguo suelo, que cultivaron nuestros padres. ¿Quién sabe cuál será mañana nuestro amo? En todas partes ondea la bandera victoriosa de los ingleses, y sus corceles huellan los fértiles campos de Francia. París los ha recibido como a vencedores, y el retoño de una dinastía extranjera orna sus sienes con la corona de Dagoberto. El descendiente de nuestros Monarcas vaga errante, desheredado y fugitivo en su propio reino. Contra él, en el ejército enemigo, pelean

su pariente más próximo, su primer par, y hasta su cruel madre lo guía.

Aldeas y ciudades arden por todas partes. El humo de las llamas se acerca más cada instante girando hacia estos valles, todavía indemnes. No aquí la razón, vecinos estimados, ya que hoy puedo hacerlo, con el favor de Dios, de mirar por la suerte de mis hijos. En las miserias de la guerra la mujer necesita protector, y un amor fiel es grande ayuda para sobrellevar las penalidades de la vida. (Al segundo pastor.) Ven, Esteban, has solicitado a mi Margot; nuestros campos están próximos, los corazones de acuerdo... bases ambas de un buen casamiento. (Al Segundo pastor.) ¡Claudio María! ¿Callas y mi Luisón baja los ojos? ¿Separaré yo dos corazones, que se aman, sólo porque no tienes tesoros que ofrecerme? ¿Quién los posee ahora? La casa y la granja son despojo del enemigo más próximo, o de las llamas... El pecho honrado de un hombre de valor es hoy el hogar más seguro.

LUISÓN. -¡Padre mío!

CLAUDIO MARÍA. -¡Luisón mía!

LUISÓN. (Abrazando a Juana). -¡Hermana querida!

THIBAUT. -Para cada uno treinta fanegas de tierra, un establo, una casa y un rebaño... Dios me ha dado su bendición. ¡Él os bendiga ahora!

MARGOT. (Abrazando a Juana.) ¡Contenta a nuestro padre! ¡Sigue nuestro ejemplo! ¡Que hoy se celebren tres bodas venturosas!

THIBAUT. -Idos, y haced los preparativos necesarios. Mañana os casaréis, y quiero que, con este motivo, toda la aldea se regocije. (Ambas parejas se van del brazo)

ESCENA II

THIBAUT, RAIMUNDO Y JUANA

THIBAUT. Tus hermanas se casarán, Juanita, y su felicidad sonrío a mi vejez; y tú, la más joven, me causas pena, y dolor.

Raimundo. ¿Qué idea os ocurre? ¿Por qué reconvenís a nuestra hija?

THIBAUT. Aquí ves este generoso mancebo, con el cual no tiene comparación ningún otro de la aldea, en todos conceptos excelente, y que te ha consagrado su afecto Tres otoños hace ya que, con toda su alma, te pretende en silencio. Tú lo rechazas con frialdad, y ni uno solo de los demás pastores ha logrado arrancarte una sonrisa favorable... Te veo florecer con todos los encantos de la juventud en la primavera de la vida, con todas las bellezas corporales en la época de la esperanza; pero siempre aguardo en vano que esa flor abra su cáliz á los rayos del tierno amor, y produzca sus olorosos frutos. ¡Oh! Esto no me agrada, y me indica la influencia de un yerro deplorable de la naturaleza. No me place

observar que tú corazón, frío y sereno, se cierre en la edad propia de los sentimientos.

RAIMUNDO. -¡No hagáis caso, Thibaut! Dejádla en paz. Él amor de mi incomparable Juana es don celestial, noble y tierno, que, poco a poco, y sin sentir, alcanzará su madurez. Conténtale ahora vivir en las montañas y la molesta descender de las umbrías y en donde se ve libre, a la mezquina mansión dé los hombres, morada de cuidados vulgares. Con frecuencia la contemplo desde este valle profundo, en silencio y admirado, cuando descuella en las alturas en medio de su rebaño, fijándose, llena de dignidad y de nobleza, en las estrechas regiones de la tierra. Paréceme entonces que simboliza algo sobrenatural, y que pertenece a tiempos que pasaron.

THIBAUT. -He ahí justamente lo que no me satisface. Ella esquivo el trato afable de sus dos hermanas, busca las desiertas montañas, y abandona su lecho de noche, antes que cante el gallo; y en esa hora temerosa, en que el hombre ansía juntarse con otros hombres, se desliza, como ave solitaria, por el imperio horrible y sombrío de los espíritus nocturnos, corre a las encrucijadas, y acostumbra entablar diálogos misteriosos con el viento de las montañas. ¿Por qué elige siempre ese paraje, y lleva a él frecuente su rebaño? Obsérvola horas enteras pensativa, sentada bajo el árbol de los Druidas, del que huyen todos los seres venturosos. No, no es de buen agüero, porque bajo él, desde la época antigua y oscura del paganismo, reside un mal espíritu.

Cuentos espeluznantes refieren acerca de él, los más ancianos de la aldea, y a menudo, se oye entre sus ramas extraño concierto de voces sobrenaturales. Yo mismo, al pasar junto a ese árbol cierto día, ya tarde vi allí una fantasma de mujer, que extendió hacia mí su mano descarnada envuelta en vestido de pliegues numerosos. Parecía como si me hiciese señas; pero Yo apresuraré el paso, y encomendé a Dios mi alma.

RAIMUNDO. (Señalando a la imagen de la capilla.) -La imagen veneranda de la Virgen que derrama aquí la paz del cielo, no Satanás, atrae sólo a vuestra hija.

THIBAUT. -No, no; no en vano he tenido yo ciertos sueños y angustiosas apariciones. Tres veces he visto a mi hija en Reims, sentada en el regio solio, con una diadema brillante y siete estrellas en la frente, el cetro en su mano, y saliendo de él tres azucenas; y yo, su padre, sus dos hermanas, y todos los príncipes, condes y arzobispos, y hasta el mismo Rey, se inclinaban ante ella. ¿Cómo, pues ha de llenarse mi cabaña de tanto esplendor? ¿Anuncia quizás esto una profunda caída? Este sueño saludable simboliza las vanas inclinaciones de su corazón. Avergüenzase de su humildad... porque Dios la ha dotado de tanta belleza corporal, de dones tan maravillosos, distinguiéndola de todas las doncellas de este valle; el orgullo insensato se ha apoderado de su alma, cuando por su soberbia se precipitaron al

abismo los malos ángeles, y por la soberbia se insinúa el infierno en el ánimo de los hombres.

RAIMUNDO. -¿Quién más modesta ni más virtuosa que vuestra hija? ¿No sirve é sus hermanas con alegría? Es, entre ellas la más capaz, y, sin embargo, como la de menos aliento, se somete gustosa a los trabajos más pesados, y por ella prosperan admirablemente vuestros rebaños y campos. A cuanto toca, la bendición divina favorece con dicha incomparable.

THIBAUT. -¡Sí; es verdad, una dicha incomparable!... Pero me asusta también tanta ventura... No hablemos más de esto. Yo callo. Quiero guardar silencio, porque ¿cómo ofender yo a mi propia hija? No puedo, hacer otra cosa que aconsejarla, y rogar a Dios por ella. Pero debo advertirle... que huya de ese árbol, que no ame la soledad, ni arranque raíces a media noche, ni prepare bebedizos, ni trace caracteres en la arena. El mundo de los espíritus se revuelve fácilmente, porque acechan siempre emboscados, su oído es sutil, y acudan en tropel enseguida. No estés sola, porque el mismo Satanás tentó en el desierto al Dios del cielo.

ESCENA III.

BERTRAND, con un yelmo en la mano.

THIBAUT,

RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO. -¡Silencio! Aquí regresa Bertrand de la ciudad. Pero ¿qué trae?

BERTRAND. -¿Os admiráis de verme? ¿Os sorprende contemplar en mis manos este objeto extraordinario?

THIBAUT. -Así es; decidnos cómo lo habéis adquirido, y por qué traéis a esta mansión de paz ese signo de mal agüero. (Juana, que, durante las escenas anteriores, ha estado muda, y sin mostrar interés alguno en cuánto ha pasado, manifiesta curiosidad y se acerca a ellos.)

BERTRAND. -Apenas podré deciros yo mismo cómo este caso se encuentra en mi poder. Había ido a Vancouleurs á comprar aperos de labranza. La plaza estaba llena de gente, porque acababan de llegar de Orleáns algunos fugitivos, que contaban malas noticias de la guerra. Recorrí toda la ciudad en conmoción; y, cuando yo discurría entre la muchedumbre, se me acercó una tostada gitana con este yelmo, y, mirándome fijamente, me dijo: «Buen amigo, sé que buscáis un yelmo; sí, sé que buscáis uno. ¡Ea! ¡Tomadlo, pues! Os lo daré muy barato... » «Dirigíos a los lanceros, le contesté; soy labrador, y el yelmo no me hace falta». Pero no me dejó, añadiendo. «Ningún, hombre puede asegurar que no necesitará de yelmo. Ahora es más útil para las casas tener el techo de hierro que de piedra» Así me persiguió por las calles, empeñada en que sin querer yo, había de comprar su mercancía. Lo examiné

entonces mejor, y observé que era bello y brillante, y digno de un caballero; y, cuando yo le daba vueltas en mi mano, dudando y admirado de tan extraña aventura, desapareció la gitana de mi vista, llevada con rapidez por las oleadas de la gente, y fue mío el yelmo.

JUANA. (Apoderándose de él con prontitud y afán.) ¡Dámelo!

BERTRAND. -¿Para qué os servirá? No es ningún adorno para la cabeza de una doncella.

JUANA -(Arrebatándosele de las manos.)-- ¡El yelmo es mío y para mí!

THIBAUT. -¿Qué dice esa niña?

RAIMUNDO. -Dejadla que satisfaga su capricho. Bien le sienta esa prenda de guerra, porque en su pecho lata un corazón varonil. Recordad cómo domó el lobo feroz, animal terrible y cruel que devastaba nuestros rebaños, llenando, de horror a los pastores. Y ella sola, doncella de corazón de león, peleó con él y la arrancó el cordero, que, se llevaba en sus sangrientas fauces. Sea cual fuere la valerosa frente, que haya de cubrir este yelmo, ninguna lo será más que la suya...

THIBAUT. (A Bertrand) -¡Hablad! ¿Qué nueva desgracia ha ocurrido en la guerra? ¿Qué contaban esos fugitivos?

BERTRAND. ¡Que Dios se apiade de la patria, y ayude al Rey! Hemos sido, derrotados en dos grandes batallas; el enemigo, posee el corazón de Francia, y hemos perdido todas las provincias hasta el

Loira... Ahora ha concentrado todas tus fuerzas para sitiar a Orleáns.

THIBAUT. -¡Dios proteja al Rey!

BERTRAND. Artillería innumerable se ha reunido de todas partes. Como los enjambres de abejas zumban alrededor de las colmenas en el otoño; como las nubes de langostas, traídas por viento fúnebre, cubren leguas enteras del campo, perdiéndose de vista, así se han acumulado en cercanías de Orleáns ejércitos de todos los pueblos, y el sonido confuso de sus lenguas diversas llena el campamento. Porque el vehemente y poderoso Duque de Borgoña ha llegado con todos sus hombres de armas, los de Lieja, Luxemburgo, Hainaut, Namur, y los que habitan en el venturosa Brabante, en la voluptuosa Gante, adornándose con orgullo de terciopelo y seda; los de Zelanda, cuyas ciudades se ostentan tan bellas sobre las aguas del mar; los holandeses, ricos en rebaños, los de Utrecht, hasta los de la lejana Frisia, que viven hacia el helado polo... Todos ellos siguen las banderas del temible señor de Borgoña, y vienen a conquistar á Orleáns.

THIBAUT. -¡Oh discordia, mil veces malhadada, que esgrime contra Francia sus propias armas!

BERTRAND. -Hasta la anciana Reina, la orgullosa Isabel, la Princesa de Baviera, cabalga en los reales cubierta de acero, excitando a todos contra su hijo con palabras insolentes, después de haberlo llevado en su seno.

THIBAUT. -¡Qué la maldición caiga sobre su cabeza! ¡Ojalá que la precipite Dios algún día al abismo de su perdición, como hizo con Jezabel!

BERTRAND. -El temible Salisbury, destructor de murallas dirige el asedio; ayúdanle Lionel, hermano del león, y Talbot, cuya espada homicida siega en las batallas tantas vidas. Han jurado, en su rabia criminal, deshonar a todas las doncellas y sacrificar con la espada a cuantos la llevan, han construido cuatro grandes torres para dominar a la ciudad, y desde ellas el cruel Conde de Salisbury la espía con miradas amenazadoras, y cuenta hasta los transeúntes que recorren ligeros sus calles. Muchos miles de balas de enorme calibre, han sido ya disparadas contra la plaza, arruinando iglesias, y obligando a doblregar su cerviz a la soberbia torre de Nuestra Señora. Han preparado también minas, y los habitantes de Orleáns descansan llenos de espanto sobre este infernal abismo, temiendo a cada instante su explosión, acompañada de atronador ruido. (Juana lo ha escuchado atenta, se pone el yelmo.)

TRIBAUT. -Pero ¿en dónde estaban, pues, los brazos esforzados de Saintrilles, de La Hire y del Bastardo heroico, baluarte de la Francia, cuando el enemigo ha logrado avanzar tanto? ¿En dónde está el mismo Rey, presenciando ocioso la ruina de su Reino y la pérdida de su ciudad?

BERTRAND. -El Rey tiene en Chinon su corte, sin soldados, y en la imposibilidad de combatir. ¿De qué sirva el valor de los generales y la fuerza de los

héroes, cuando el miedo, de rostro pálido, paraliza al ejército? Pavor inexplicable, como si Dios lo infundiera, se ha apoderado de los ánimos más valerosos. Las órdenes de los Príncipes no se obedecen. Como se apiñan tímidas las ovejas al oír los aullidos del lobo, así los franceses, olvidados de su antiguo renombre, sólo buscan su seguridad en las fortalezas. Un caballero no más, según he oído, ha levantado escasa tropa, y acude al socorro del Rey con diez y seis banderas.

JUANA. (Con viveza.) -¿Cómo se llama ese caballero?

BERTRAND. -Baudricourt. Pero escapará con trabajo a la vigilancia del enemigo, que lo persigue con sus dos ejércitos.

JUANA. -¿En dónde está ese caballero? ¡Decídmelo, si lo, sabéis!

BERTRAND. -Dista de Vancouleurs menos de una jornada.

THIBAUT. (A Juana.) -¿Qué te importa? Haces preguntas que son impropias de ti.

BERTRAND. -Viendo al enemigo tan poderoso, y que no pueden esperar del Rey auxilio alguno, han resuelto, por unanimidad, entregarse al Duque de Borgoña. Así no sufriremos el yugo extranjero, y continuaremos sometidos a la secular dinastía de nuestros Soberanos... y acaso volvamos de nuevo a la antigua corona francesa, si se reconcilian alguna vez Borgoña y Francia.

JUANA. (Como inspirada.) -¡Nada de tratados! ¡Nada, de sumisión! El libertador se acerca, y se apresta a la pelea; la fortuna de los enemigos se estrellará ante Orleáns, porque rebosa ya la medida, y la mies está madura. La doncella se adelanta con su hoz para abatir las espigas de su orgullo. Bajando del cielo humillará su gloria, que se sublima ahora hasta las nubes. ¡No temed! ¡No huid! Antes que se doren los campos, antes que se llene la luna, los corceles de Inglaterra no beberán ya en las aguas del caudaloso Loira.

BERTRAND. -¡Ay de mí! Cesaron ha tiempo los milagros.

JUANA. -Los hay todavía... Una blanca paloma se precipitará con el valor del águila contra esos buitres, que han devastado la patria. Vencerá a ese soberbio borgoñón, traidor a su país; a ese Talbot, que amenaza, al cielo con sus cien brazos; a ese Salisbury, profanador de templos y á todos esos temerarios isleños, ahuyentándolos como un rebaño de corderos. El Señor, el Dios de las batallas estará con ella. Él elegirá una criatura tímida, y será ensalzado por una tierna doncella, porque es Todopoderoso.

TRIBAUT. -¿Qué espíritu se apodera de esa niña?

RAIMUNDO.-Es el casco el que la inspira ese ardor bélico. ¡Mirad a vuestra hija! Sus ojos brillan, y en su rostro aparece el entusiasmo que la abrasa.

JUANA. -¿Este reino ha de sucumbir? Esta región de la gloria, la más bella, alumbrada eterna-

mente por el sol, el paraíso de las tierras amado por Dios, como la niña de sus ojos, ¿ha de soportar las cadenas de un pueblo extranjero?... El poder del paganismo se estrelló en él. Aquí se levantó la primera cruz, imagen de la gracia divina; aquí descansan las cenizas de San Luis, y desde aquí se preparó conquista de Jerusalén.

BERTRAND. (Admirado) ¡Oíd sus palabras! ¿De dónde le viene esa elevada inspiración? Thibaut d'Arc, Dios os ha dado una hija maravillosa!

JUANA. ¿No hemos de tener ya Reyes propios, ni señores naturales de este Reino?... El Soberano que nunca muere, ¿ha de desaparecer para nosotros?... Él, que protege a la sagrada reja del arado, que ampara nuestros trabajos rurales, y hace fértil la tierra, y da libertad a los siervos, y rodea su trono de alegres ciudades... que socorre al débil, y amedrenta al malvado, sin conocer la envidia... porque es más que ninguno... que, siendo hombre, es ángel de misericordia en éste mundo de maldades... Porque el solio del Monarca, resplandeciente de oro, es el refugio de los desgraciados... en él residen la fuerza y la compasión... el culpable se acerca temblando, confiado el justo, y retoza con los leones de su cortejo. El Rey extranjero, que llega de otros países, y no tiene en este suelo sagrados restos de sus antepasados, ¿podrá amarlo? Quien no ha jugado con nuestros jóvenes; aquel cuyo corazón no mueven nuestras palabras, ¿podrá ser el padre de sus hijos?

THIBAUT. -¡Qué Dios proteja al Rey y a la Francia! Nosotros somos pacíficos labradores, no sabemos manejar la espada, ni regir el bélico corcel... Esperemos, pues, sumisos, que la victoria nos dé un Rey. La fortuna de las batallas es la obra de Dios. Será nuestro Soberano el que sea ungido con el óleo sagrado, y reciba la corona en Remis... ¡Vamos, pues, a trabajar! ¡Venid! Que cada cual piense sólo en lo que más le interese. Los grandes y los Príncipes de la tierra se la repartirán entra sí. Nosotros, tranquilos, contemplaremos los estragos de los hombres, porque el suelo, que cultivamos, resiste á todas las tempestades. Si el fuego devora nuestras aldeas y los cascos de sus caballos de guerra huellan nuestros sembrados, otra primavera traerá consigo nuevas mieses, y nuestras chozas se levantarán otra vez fácilmente. (Vanse todos menos Juana.)

ESCENA IV

JUANA, sola.

¡Adiós, vosotras, montañas; pastos queridos, valles pacíficos y melancólicos, quedad con Dios! Juana no discurrirá ya más entre vosotros, y se despide para siempre; prados regados por mí, árboles que yo planté, floreced alegremente. ¡Adiós, grutas, y frescas fuentes! Tú eco, voz ata de este valle, que res-

pondiste a mis cantos con tanta frecuencia, Juana os abandona, y no volverá jamás.

Para siempre os dejo, lugares testigos de mis placeres inocentes. Dispersaos, corderos, por los matorrales, porque por que ahora rebaño sin pastor; ha de apacentar otro en los campos sangrientos de la muerte. Así me lo ordena la voz del espíritu, no impulsándome deseo mundanal ni vano.

Quien descendió hasta Moisés en el monte Horeb, mostrándose a él en el zarzal ardiendo, y mandándole que se presentase a Faraón; el que eligió en otro tiempo por combatiente al piadoso mancebo, hijo de Isaí; el que ha sido siempre propicio a los pastores, me habló desde las ramas del árbol, y me dijo: «Ve; tú darás testimonio de mí sobre la tierra. Revestirás de acero tu pecho delicado; el amor a los hombres no tocará tu corazón, ni los goces terrestres lo abrasarán con sus llamas pecadoras. La corona de la desposada no adornará jamás tus cabellos ni en tu seno u reclinará ningún niño amado; pero yo, colmándolo de gloria bélica, te enalteceré sobre todas las mujeres de la tierra»

Cuando los más valerosos vacilen en la lid; cuando parezca que sucumbe el destino de Francia, tú serás quien llevo mi estandarte, y abatirás al orgulloso vencedor, como la diestra segadora á. las espigas. Tú derribarás la rueda de su fortuna, salvarás a los hijos heroicos de tu nación, y libertarás a tu Soberano, y lo coronarás en Reims»

El cielo me envía su signo. Tráeme el yelmo, que viene de él, y su acero me infunde fuerza divina, inspirándome el valor ardiente de los querubines. Arrástrame al estrépito de la guerra; me arrebatada con la violencia de la tempestad, y hieren mis oídos los gritos de los combatientes, el relinchar de los corceles y el sonido de las trompetas. (Vase)

ACTO PRIMERO.

Corte del Rey Carlos en Chinon

ESCENA PRIMERA

DUNOIS y DUCHATEL

DUNOIS. -¡No; no lo sufriré más largo tiempo! Me separo de este Rey, que tan ignominiosamente se abandona. Mi corazón esforzado mana sangre en el pecho, y derramo lágrimas de fuego, al presenciar que saltadores se reparten con su espada el reino de Francia, y que las más nobles ciudades, tan antiguas como nuestra monarquía, entregan al vencedor sus llaves mohosas, mientras nosotros aquí, en el descanso y la ociosidad, malgastamos tiempo precioso, que debiéramos emplear en libertaros... Oigo que Orleáns está amenazada; acudo volando desde la lejana Normandía, creyendo que el Rey, armado de todas armas, se halla al frente de su ejército, y lo encuentro... rodeado de trovadores y juglares, descifrando, sutiles charadas, y celebrando galanas fiestas

en honor de Sorel, como si la paz más profunda reinase en todo el imperio... El Condestable se va, porque no quiere ser de semejante espectáculo... Yo lo imito, y lo abandono a su triste suerte.

DUCHATEL. -¡El Rey viene!

ESCENA II.

Los mismos y el Rey CARLOS.

CARLOS. El Condestable nos ha devuelto su espada, y renuncia a nuestro servicio... ¡Sea enhorabuena! Así nos vemos libres de un hombre atrabiliario, que se proponía dominarnos imperiosamente.

DUNOIS. -Mucho vale un hombre en estos tiempos calamitosos. Yo, a lo menos, no lo perdería tan tranquilo.

CARLOS. -Hablas así sólo por el placer de contradecirme. Mientras ha estado con nosotros, no ha sido tu amigo.

DUNOIS. -Era un loco, sombrío y antipático, que nunca se resolvía... pero ahora no lo hizo así. Ha sabido retirarse en el momento oportuno, cuando no hay gloria que ganar.

CARLOS. -Te encuentras hoy de buen humor, y no quiero contrariarlo. ¡Hola, Duchatel! Han llegado embajadores del viejo Rey René, acabados maestros de canto, y de gran fama... Hay que hospe-

darlos espléndidamente, y regalar a cada uno una cadena de oro. (Al Bastardo.) ¿Por qué te sonríes?

DUNOIS. -Porque hablas de cadenas de oro.

DUCHATTEL. -No hay ya, señor, cadena alguna de ese metal en tu tesoro.

CARLOS. -¡Bien! Búscala en otra parte... Ningún poeta egregio ha de dejar mi corte sin recibir galardón. Por ellos florece mi seco cedro, y se entrelazan en mi estéril corona ramas de verde perenne. Iguales a Monarcas, con ilusiones construyen su trono, y sus alegres dominios carecen de fronteras. Así los cantores son iguales a los reyes, porque unos y otros se elevan sobre los demás hombres.

DUCHATTEL. -¡Soberano señor mío! He cuidado de no molestar tus oídos, mientras había medios posibles de ayudaros; pero al fin la necesidad desata mi lengua... Nada tenéis que dar, ¡ay de mí! Nada hay para que viváis mañana. Vuestras riquezas, antes tan grandes, se han agotado y en las arcas de tu tesoro hay sólo aire. Aun no se ha pagado el sueldo de las tropas, que murmuran, y amenazas, abandonaros... Apenas cuento con recursos para los gastos de vuestra real casa, no corno conviene a un Monarca, sino para las atenciones más perentorias.

CARLOS. -Empeñad las rentas de la Corona, y pedid dinero a los lombardos.

DUCHATTEL. -Las rentas, señor, de vuestra corona; los impuestos, están empeñados ya por tres años.

DUNOIS. -Y mientras tanto se ha perdido la tierra y su hipoteca

CARLOS. -Nos quedan todavía muchas provincias, tan ricas como bellas.

DUNOIS. -Si lo quiere Dios y la espada de Talbot. Cuando se rinda Orleáns, podréis acompañar a vuestro Rey René a guardar ovejas.

CARLOS. -Siempre aguzas tu ingenio en daño de tu Soberano. Sin embargo, ese mismo Rey sin reino me ha enviado hoy un presente regio.

DUNOIS. -Pero no sus estados de Nápoles, ¡pardiez!, Por que, según he oído, se venden a bajo precio, desde que él apacienta los rebaños.

CARLOS. -Es un juego, una distracción grata, una fiesta que ofrece a su corazón, inocente y pura en medio de la triste realidad de la barbarie que lo rodea. Mas su propósito es grandioso y magnánimo... Intenta resucitar los tiempos pasados, en que dominaba la ternura, en que el amor impulsaba al caballero a acometer hazañas heroicas, y a las damas de la nobleza formaban un tribunal, y decidían con delicado acierto las más sutiles cuestiones. Ese anciano feliz vive en esa época; y, como dicen las antiguas canciones, así también desea fundar una ciudad celeste, entre doradas nubes, en esta tierra... Ha instituido una Corte de amor, a la cual han de concurrir los nobles caballeros, en donde lista de reinar las castas damas y dominar los afectos más delicados, habiéndome elegido Príncipe del amor.

DUNOIS. No soy yo hombre, tampoco que desprecie el poder del amor. De él viene mi nombre, soy su hijo, y toda mi herencia pertenece a su imperio. Mi padre era el Príncipe de Orleáns; ningún corazón de mujer era invencible para él, ni ninguna fortaleza inexpugnable para su valor. Sí queréis llamaros con propiedad Príncipe del amor, sed el valiente entre los valientes... Según he leído en esos libros antiguos, el amor y el más noble espíritu caballeresco caminaban siempre unidos; y héroes, no pastores, se sentaban en la Tabla redonda. El que no puede proteger la belleza, tampoco merece su preciada recompensa... He aquí el campo de batalla. ¡Combatid por la corona de vuestros abuelos! ¡Defended con la espada del caballero vuestros dominios y el honor de las nobles damas!... Cuando usado rescatéis entre torrentes de sangre enemiga el cetro que heredasteis, entonces será ocasión, como conviene a un príncipe, de coronarse con los mitos del amor.

CARLOS. (A un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE. -Los Consejeros de Orleáns piden audiencia.

CARLOS. -¡Que entren! (vase el Paje) Solicitarán auxilio, Pero ¿qué puedo hacer por ellos en mi triste situación?

ESCENA III

Los mismos y tres CONSEJEROS

CARLOS. -¡Bien venidos seáis, fidelísimos, súbditos míos de Orleáns! ¿Cuál es el estado de mi buena ciudad? ¿Sigue resistiendo con su acostumbrado denuedo al enemigo que la asedia?

UN CONSEJERO. -¡Ah, señor! Su aflicción es extraordinaria, y cada hora acrece su gravedad. Las obras exteriores están destruidas, y el enemigo gana terreno a cada asalto. Las murallas carecen de defensores, y los soldados que quedan, pelean sin descanso, y sucumben de fatiga. Pocos vuelven á ver las puertas de su ciudad natal, y, además, nos amenaza el azote del hambre. Por esta razón el noble Conde de Rochepierre, que manda, en Orleáns, obligado por la necesidad, y según la antigua usanza, ha convenido con los sitiadores en entregarla dentro de doce días, si ningún ejército auxiliar, bastante numeroso para salvarla; sé presenta dentro de este plazo. (Dunois hace un gesto marcado de cólera)

CARLOS. -Breve es el plazo.

UN CONSEJERO. Y ahora hemos venido aquí con salvo conduto del enemigo, a suplicar a V. M. que se apiade de la ciudad y la socorra dentro del plazo indicado, porque si no, se rendirá, a su terminación.

DUNOIS. -¿Y dio Saintrailles su voto en favor de este tratado ignominioso?

EL CONSEJERO. -¡No, señor! Mientras vivió ese valiente, no quiso oír hablar de paz ni de rendición.

DUNOIS. -¿Ha muerto?

EL CONSEJERO. -Sucumbió con heroísmo en la muralla, defendiendo la causa de su Rey.

CARLOS. -¿Saintrailles muerto? En él he perdido un ejército. (Llega un caballero, y habla con el Bastardo en voz baja, produciéndole sensible turbación.)

DUNOIS. -¿También esto?

CARLOS. -¿Qué más sucede?

DUNOIS. -El Conde Douglas envía un mensaje. Las tropas escocesas se sublevan, y amenazan retirarse, si no se les pagan sus sueldos atrasados.

CARLOS.-¡Duchatel!

DUCHATTEL. (Encogiéndose de hombros.) -¡Señor! No se me ocurre expediente alguno para pagarlos.

CARLOS. -Promete, empeña cuanto haya, la mitad de mi reino...

DUCHATTEL. -¡De nada servirá! ¡Se les ha engañado tantas veces!

CARLOS. -Son los mejores soldados de mi ejército. No; ahora no deben abandonarme.

EL CONSEJERO. (Doblando una rodilla.) -¡Ayudadnos, oh, Rey! ¡Acordaos de nuestra necesidad!

CARLOS. (Desesperado.)-¿Puedo yo hacer surgir ejércitos de la tierra? ¿Puedo hacer brotar un

campo de espigas en la palma de mi mano? ¡Hacedme pedazos; arrancadme el corazón, y convertidlo en oro! Para vosotros es mi sangre; pero ni tengo dinero ni soldados. (Ve entrar a Inés Sorel y corre hacia ella con los brazos abiertos.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS é INÉS SOREL con una cajita en la mano.

CARLOS. -¡Oh, Inés mía! ¿Vienes, mi vida, a arrancarme la desesperación? Pero tú me quedas; puedo refugiarme en tu pecho, y contigo nada se ha perdido, porque eres mi mayor bien.

INÉS. -¡Mi amado Rey! (mirando alrededor con curiosidad y angustia.) ¡Dunois! ¿Es cierto? ¡Duchatel!

DUCHATTEL. -Lo es desgraciadamente.

INÉS. -¿Tan irremediable es nuestra desventura? ¿Hace falta dinero? ¿Intentan retirarse las tropas?

DUCHATTEL. -¡Nada más cierto!

INÉS. (Ofreciéndole la cajita con empeño.) -¡Aquí, aquí, hay oro, aquí hay joyas! Fundid mi vajilla de plata... Vended, dad en hipoteca mis castillos. Sirvan de garantía mis bienes de Provenza... Que se convierta todo en dinero para pagar las tropas. ¡Pronto! ¡No hay que perder tiempo! (Llevándolo hacia fuera.)

CARLOS. -Decid, pues, Dunois, Duchatel ¿soy pobre todavía, poseyendo la perla de las mujeres?... Ha nacido noble, como yo, y ni la sangre real de los Valois es más, pura que la suya, y podría dar mayor lustre al primer trono del mundo... Y, sin embargo, lo desprecia, bastándole ser mía, y que yo la amo. Jamás ha recibido de ají otro s regalos más preciosos, que alguna flor temprana en el invierno o algún fruto raro. No hago por ella sacrificio ninguno, y ella por mí todos. Expone magnánimamente todas sus riquezas y bienes, cuando mi dicha está a punto de desaparecer.

DUNOIS. -Sí; tan insensata es ella como voz. Arrojáis cuanto poseéis en una casa ardiendo, y vertéis el agua en el tonel agujereado de las Danaídes. No os salvará, sino que, al contrario, sucumbirá con vos.

INÉS. (A Carlos.) -No lo creáis. ¿Diez veces ha arriesgado su vida por vos, y se indigna porque yo exponga ahora mi oro? ¿Cómo, pues? ¿No os he sacrificado gustosa lo que vale más que las perlas y todos los metales preciosos? ¿Por qué reservar ahora la ventura para mí sola? ¡Venid! ¡Desprendámonos de todos los adornos superfluos de la vida! ¡Dejadme daros un noble ejemplo de abnegación! ¡Trasformad en campamento vuestra corte, en acero el oro, y aventurad cuanto tengáis por recobrar vuestra corona! ¡Venid, venid! ¡Participemos de la escasez y del peligro! Montaremos el caballo de guerra, y, expondré, mi cutis delicado a los rayos abra-

sadores del sol. Las nubes serán nuestro techo, y los peñascos nuestro asiento, y el rudo soldado sufrirá sus trabajos con paciencia, si ve a su Rey compartir sus penalidades y sus miserias.

CARLOS. (Sonriéndose.) -Sí: de ese modo, se cumplirán las palabras proféticas, que me dirigió una Monja de Clermont, anunciándome que una mujer me daría la victoria sobre todos los enemigos, y que, por su mediación, reconquistaría la corona de mis antepasados. Buscábala yo lejos, en el campamento de mis enemigos, y esperaba conciliarme el cariño de mi madre; y, sin embargo, he aquí la heroína que ha de llevarme a Reims, venciendo yo solo por el amor de mí Inés.

INÉS. -Triunfaréis por la espada de vuestros valerosos amigos.

CARLOS. -Mucho cuento también con las discordias de mis adversarios... Sé con seguridad que esos lores ingleses orgullosos, y mi primo el de Borgoña, no están tan unidos como en otro tiempo... Así, envié a La Hire en embajada al Duque, con el propósito, de tentar si traigo de nuevo a su deber y obediencia a ese prócer indignado...

A cada instante aguardo su llegada.

DUCHATTEL. (En la Ventana) -Ese caballero entra ahora mismo en el patio.

CARLOS. ¡Bien venido mensajero! Pronto sabremos si hemos o no de vencer.

ESCENA V

Los mismos y LA HIRE.

CARLOS. (Saliendo al encuentro de La Hire)
-¡La Hire! ¿Traes o no buenas nuevas? Dilo en pocas palabras. ¿Qué puedo esperar?

LA HIRE. Ponéd sólo en vuestro esfuerzo toda vuestra esperanza.

CARLOS. El orgulloso Duque ¿no quiere reconciliarse? ¡Oh! ¡Habla! ¿Cómo acogió mi mensaje?

LA HIRE. -Ante todo, y como preliminar indispensable, exige que se le entregue Duchatel a quien llama asesino de su padre.

CARLOS. ¿Y si no aprobamos tan vergonzosa condición?

LA HIRE. Entonces se rompe la alianza antes de formarse.

CARLOS. -¿Le propusiste también, como te encargué, que aceptase el combate conmigo en el puente de Montereau, en donde sucumbió su padre?

LA HIRE. Le presenté vuestro guante, y le dije, que, prescindiendo de vuestro rango, deseabais pelear por vuestro reino como un simple caballero. Pero él replicó que no veía la necesidad de lidiar, por lo que ya poseía; pero que, si ansiabais luchar con él, lo encontraríais delante de Orleáns, ó donde pensaba ir mañana. Después me volvió las espaldas riéndose.

CARLOS. -Y ¿la voz pura de la justicia no se ha hecho oír en mi Parlamento?

LA HIRE. -Está muda ante el furor de los partidos. El Parlamento ha acordado excluir del trono a vos, y a vuestra descendencia.

DUNOIS. -Sí; el fatuo orgullo del ciudadano convertido en señor.

CARLOS.-¿No has intentado nada con mi madre?

LA HIRE. -¿Con vuestra madre?

CARLOS.-Sí, ¿Cómo se ha mostrado?

LA HIRE. (Después de reflexionar un momento.) -Al llegar yo A San Dionisio, se celebraba la fiesta de la coronación. Los parisienses estaban engalanados, como para solemnizar un triunfo; en todas las calles destinados al paso del Rey inglés había arcos suntuosos. El suelo estaba lleno de flores, y el populacho, dando vivas, como si Francia hubiese obtenido importante victoria, rodeaba: el carruaje del Monarca.

INÉS. -Su júbilo... su júbilo tenla por objeto desgarrar el corazón de un Rey amoroso, y lleno de cariño por sus súbditos.

LA HIRE. -He visto al joven Enrique de Lancaster sentarse en el solio real de San Luis, y, ó su lado, a sus orgullosos tíos Gloucester y Bedford, y al Duque Felipe, arrodillado ante su trono, prestándole juramento de fidelidad por sus dominios.

CARLOS. -¡Oh par envilecido! ¡Oh primo indigno!

LA HIRE. -El mancebo, inquieto, vaciló al subir al trono, y sus muchas gradas. «¡Mal agüero!» murmuró el pueblo, siguiéndole estrepitosas carcajadas. Entonces se adelantó vuestra madre, y... ¡dispensadme de decirlo!

CARLOS. -¡Vamos!

LA HIRE. -Tomó en sus brazos al mancebo, y lo sentó en el trono de vuestro padre

CARLOS. -¡Oh madre! ¡Oh madre!

LA HIRE: -Hasta los furiosos borgoñones, bandas avezadas al asesinato, se ruborizaron y avergonzaron presenciándolo. Notólo ella, y volviéndose al público, dijo con voz clara: «Agradecedme, franceses, que ponga una rama sana en el lugar de un tronco enfermo. Os libro del hijo mal nacido de un padre insensato» (El Rey se oculta el rostro. Inés corre a él, y lo estrecha en sus brazos, y todos loo circunstancias expresan su horror y su indignación.)

DUNOIS. -¡Oh loba! ¡Oh atroz meguera!

CARLOS. (A los Consejeros después de una pausa.) -Habéis leído cuál es el estado de las cosas. No os detengáis más. Volved a Orleáns, y anunciadlo así a mis fieles súbditos. Yo lea eximo de su juramento. Que acuerde pues, lo que la convenga, y que se confíe a la clemencia del Borgoñón. Llámánle el bueno, y será humano.

DUNOIS. -Pero, señor, ¿os proponéis abandonar a Orleáns?

UN CONSEJERO. (Arrodillándose.) -¡Rey y señor nuestro: no levantes de nosotros tu mano! No

entregues tu fiel ciudad a la tiranía de Inglaterra. Es una de las joyas de tu corona, y ninguna otra ha sido más leal con los soberanos, tus abuelos.

DUNOIS. -¿Nos han vencido ya? ¿Es lícito ceder el campo, antes de esgrimir la espada en su defensa? ¿Intentáis, pronunciando esas palabras ligeras, y antes que corra la sangre, perder la mejor ciudad del corazón de Francia?

CARLOS. ¡Bastante sangre ha corrido ya en vano! El rigor del cielo me persigue; en todas las batallas ha sido derrotado mi ejército; mi Parlamento me rechaza, y lo mismo mi capital; mi pueblo recibe con júbilo a mi enemigo, y los más unidos a mí por los vínculos de la sangre me abandonan y me venden... Mi misma madre acaricia en su seno al hijo de un contrario extranjero... Queremos, pues, retirarnos allende el Loira, y esquivar el poder del cielo, que favorece a los ingleses.

INÉS. Dios no permite que desconfiemos así de nosotros mismos, y que volvamos al reino las espaldas. Esas palabras son indignas de vuestro ánimo esforzado. La acción atroz, y desnaturalizada de su madre ha abatido su coraje. Recobraréis vuestros bríos, vuestra osadía varonil; resistiréis con noble firmeza a la desgracia, que os persigue con tan pertinaz encarnizamiento.

CARLOS. (Abismado en sombrías reflexiones) ¿No es verdad? Un destino cruel y horrible predomina en los Valois. Dios los ha maldecido; los crímenes de una madre han llamado á las furias, a su

familia. Mi padre ha delirado veinte años, y la muerte segó prematuramente la vida de mis tres hermanos. El hado ha resuelto que la casa de los Valois se extinga en Carlos VI.

INÉS. -En vos se enaltecerá y rejuvenecerá. Tened fe en vos mismo... ¡Oh!. No en vano os conservó la Providencia, entre todos vuestros hermanos, siendo el más joven colocándoos, sin esperarlo, sobre el trono. El cielo, al daros esa alma sensible, os dio también el bálsamo para curar todas las heridas, que el furor de los partidos ha hecho a la patria. Apagaréis el fuego de la guerra civil, porque así me lo dice el corazón; la paz se consolidará, y seréis nuevo fundador del reino de Francia.

CARLOS. -¡Yo no! Esta época turbulenta y feroz pide un piloto enérgico. Yo hubiera hecho acaso la felicidad de un pueblo pacífico; pero no puedo refrenar al sedicioso y al rebelde. La espada no logrará atraerme los corazones, que se han apartado de mí y que me aborrecen.

INÉS. -El pueblo está ciego, ensordecido por su delirio, pero su actual estado no puede persistir. No parece lejano el día, en se sentirá más vivo amor por su Rey legítimo, porque ese sentimiento está arraigado en el corazón de los franceses. Al contrario, se aumentará el odio y la rivalidad, que desde tiempos remotos se para a ambos pueblos y su misma fortuna precipitará al vencedor. Por tanto, no debéis abandonar con precipitación el campo de batalla, sino disputar el terreno a palmos, y defender a Or-

leáns, como a vuestra propia vida. Echad a pique todas las barcas, quemad todos los puentes, que podrían serviros para pasar a esa parte de vuestro reino por el Loira, vuestra laguna Estigia.

CARLOS. -He hecho lo que he podido. Ofrecí combatir personalmente por mi corona... La rehusaron. Se prodiga en vano la vida de mis súbditos, y mis ciudades se convierten en ruinas. Como aquella madre desnaturalizada, ¿he de consentir que mi hijo sea dividido por la cuchilla del verdugo? No; que viva, y renuncio a él.

DUNOIS. -¿Cómo, señor? ¿Debe hablar así un Rey? ¿Así se abandona un reino? El mas ínfimo de vuestros súbditos arriesga sus bienes por sostener su opinión y, su vida, su odio ó su amor. El partido lo es todo, cuando se enarbola el sangriento estandarte de la guerra civil. El labrador se olvida del arado; la mujer de la rueca; los niños y los ancianos toman las armas; el ciudadano incendia su ciudad, y el agricultor sus mieses, por perjudicarte o favorecerte, y por asegurar el objeto de sus votos. Ni perdona nada, ni espera perdón cuando el honor lo llama, ó cuando pelea por su Dios ó por sus ídolos. Despojaos, pues, de esa mujeril compasión, impropia de un Rey... Que arda la guerra, como ha comenzado, ya que vos mismo, y no levemente, la habéis promovido. El pueblo ha de sacrificarse por su Soberano; tal es el destino y la ley del mundo, y los franceses ni saben ni quieren otra cosa. Poco vale la nación, que no lo arriesga todo por su honor.

CARLOS. (A los consejeros.) -No aguardéis otra respuesta. Dios os proteja. Yo no puedo.

DUNOIS. -¡Bien! ¡Que el Dios de la victoria os deje para siempre, como vos hacéis con el reino de vuestros padres! Puesto que os abandonáis vos mismo, yo os dejo. No os despojan del cetro las fuerzas reunidas de Inglaterra, y de Borgoña, sino vuestra falta de resolución. Los Reyes de Francia han de ser héroes, y vos no habéis nacido para la guerra. (Á los consejeros.) El Rey os desahucia. Yo me propongo entrar en Orleáns, ciudad de mi padre, y Sepultarme en sus ruinas. (Hace ademán de irse, y lo detiene Inés Sorel.)

INÉS. (Al Rey.) -¡Qué no se aleje colérico de vuestro lado! Sus palabras son ásperas, pero leal su corazón, poro como el oro; siempre os ama ardentemente, y con frecuencia ha derramado su sangre en vuestra defensa. ¡Venid, Dunois! Confesad que la ira os ha llevado más allá de los límites debidos... vos, perdonad sus expresiones ofensivas a vuestro fiel amigo. ¡Oh! ¡Venid, venid! Dejadme reconciliarlos en un instante, antes que una rabia imprudente los separe, y sea tan irreparable como funesto el daño que se cause. (Dunois mira atentamente al Rey, y parece aguardar su respuesta.)

CARLOS. (Á Duchatel) -Pasemos el Loira. Embarcad cuanto poseo.

DUNOIS. (A Inés, con viveza.)- ¡Adiós! (Vase con precipitación, seguido de los Consejeros.)

INÉS. (Retorciéndoselos brazos desesperada.)
 -¡Oh! ¡Si nos abandona, somos perdidos!... Segui-
 dlo, La Hire. ¡Oh! Haced lo posible por aplacarle.
 (Vase La Hire)

ESCENA VI

CARLOS INÉS y DUCHATEL

CARLOS. -¿Es la corona el único bien del mundo? ¿Tan amargo es renunciarla? Conozco algo más intolerable: dejarse dominar por esos caracteres imperiosos y tercos; vivir por gracia de vasallos orgullosos Y egoístas, es lo más insufrible para un corazón magnánimo, y más odioso que sucumbir al destino adverso. (A Duchatel, que vacila.) ¡Haz lo que te he dicho!

DUCHATEL. (Arrojándose a sus pies) ¡Oh, Rey mío!

CARLOS. -¡Lo he resuelto! ¡No quiero oír una sola palabra!

DUCHATEL. ¡Haced la paz con el Duque de Borgoña! No veo otro medio de salvación para vos.

CARLOS. -¿Me das ese consejo, y es tu sangre la que ha de sellarla?

DUCHATEL. -¡Vuestra es mi cabeza! La he arriesgado con frecuencia por vos en las batallas y contento la llevará ahora por vos hasta el cadalso. ¡Aplacad al Duque! Abandonadme a todo el rigor

de su cólera, y dejad que corra mi sangre, si se ha de extinguir su odio.

CARLOS. (Que lo mira un instante conmovido)
-¿Es, pues, verdad? ¿Tan deplorable es mi estado, que mis amigos, concedores de mi corazón, me indican para salvarme tales oprobios? ¡Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi caída, cuando ni en mi honor siquiera confían!

DUCHATEL. -Pensad...

CARLOS. -¡Ni una palabra!... ¡No me irritéis más! Aunque perdiera diez reinos, no los rescataría a costa de la vida de mis amigos... Haz lo que he mandado. Anda, y embarca mis muebles.

DUCHATEL. -Pronto se hará. (se levanta y se va, mientras Inés llora amargamente)

ESCENA VII

CARLOS e INÉS

CARLOS. (Cogiendo su mano. -¡No te aflijas, Inés mía! Allende el Loira está también Francia, y vamos a una región más dichosa. Su cielo es sereno y jamás las nubes lo ocultan; su aire más puro, y las costumbres más pacíficas. Hay allí cánticos numerosos, y allí florecen la vida y el amor.

INÉS. -¡Oh! ¡Que vea yo tan triste día! ¡El Rey ha de salir desterrado, huir el hijo del hogar paterno, y ausentarse del lugar de su nacimiento! ¡Oh tierra

querida, la que abandonamos; jamás te hollaremos contentos!

ESCENA VIII

Los mismos y LA HIRE, que vuelve.

INÉS.-¿Venís solo? ¿No lo traéis? (Mirándolo con más atención.) ¿Qué sucede La Hire? ¿Qué me indican vuestras miradas? ¿Ha ocurrido alguna nueva desdicha?

LA HIRE. -La desdicha se ha agotado, y el sol brilla de nuevo.

INÉS. -¿Qué hay? ¡Decidlo, os ruego!

LA HIRE. (Al Rey) -¡Llamad de nuevo a los diputados de Orleáns!

CARLOS.-¿Para qué? ¿Qué hay?

LA HIRE. -¡Llamadlos! La fortuna os favorece al cabo; ha habido combate, y la victoria es vuestra.

INÉS. -¿La victoria? ¡Oh dulcísima y armoniosa palabra!

CARLOS: -¡La Hire! Te engaña algún falso rumor. ¡La victoria! Ya no creo en ella.

LA HIRE. -Pronto darás fe a mayores portentos... Ahí viene el Arzobispo. Trae de nuevo al Bastardo a tus brazos...

INÉS. -¡Oh bella flor del triunfo, que, como los frutos más preciados del cielo, te acompañan reconciliación y paz!

ESCENA IX

Los mismos, y EL ARZOBISPO de Reims;
DUNOIS, DUCHATEL y el caballero RAOUL,
armado.

EL ARZOBISPO. (Que acerca al bastardo al Rey, Y junta sus manos) -¡Abrazaos, Príncipes! Desaparezcan ahora toda enemistad y todo agravio, puesto que el mismo cielo se declara en favor nuestro. (Dunois abraza al Rey.)

CARLOS. -Acabad con mi sorpresa y con mis dudas. ¿Qué me anuncia esta grave solemnidad? ¿Cuál es la causa de tan rápido cambio?

EL ARZOBISPO. -(Que presenta al Rey el caballero.) ¡Hablad!

RAOUL. Habíamos reunido diez y seis banderas de gente de Lorena, para juntarlas con el ejército del Rey, a cuyo frente estaba el caballero Baudricourt de Vancouleurs. Al llegar a las alturas de Vermantou, y bajar al valle que atraviesa el Loira, nos aguardaba el enemigo en la llanura, y sus armas nos rodeaban por todas partes. Cercábanos dos ejércitos, y no había esperanza de vencer ni de huir. Abatiéronse los más esforzados, y todos, presa de la desesperación, se disponían a entregar las armas. Cuando los capitanes deliberaban, y no encontraban medio alguno de salvarse... he aquí que se ofrece a nuestra vista una

maravilla. De lo más espeso del bosque, sale de repente una doncella, con un yelmo en su cabeza, como la Diosa de la guerra, bella asimismo, y terrible su aspecto; su cabello, en espesos rizos, cala sobre sus espaldas, y pareció qua un resplandor sobrenatural lo iluminaba todo, exclamando en voz alta: «¿Por qué vaciláis, bravos franceses? «¡Al enemigo! Aunque fueran más numerosos que las arenas del mar, Dios y la Santa Virgen os guían!» Rápida arrebató la bandera de las manos de quien tu llevaba, y con osadía y valor se puso al frente de las tropas. Nosotros, mudos de sorpresa, contra nuestra voluntad, seguimos a la bandera, que flotaba en lo alto, y a la que la llevaba, y atacamos sin titubear al enemigo, que, atónito é inmóvil, contemplaba este portentoso con ojos abiertos y parados... De improviso, como si les acometiera miedo infundido por Dios, se ponen en huida, tiran armas y pertrechos, y se derraman en confuso tropel por el campo. Inútiles son las voces de mando y las exhortaciones de los capitanes, porque, desalentados de miedo y sin volver la cara atrás, hombres y caballos se precipitan en el río, y se dejan degollar sin resistencia. Era una matanza, no una batalla. Dos mil hombres cubren la tierra, sin contar los anegados, y nosotros no hemos perdido uno solo.

CARLOS. -¡Raro, por Dios, es esto, extraño y milagroso!

INÉS. -¿Y es obra de una doncella? ¿De dónde viene? ¿Quién es?

RAOUL. Solo al Rey quiere declararlo. Dícese profetisa, enviada por Dios, y promete salvar a Orleáns, antes de la luna nueva. La cree el pueblo, y arde por combatir. Sigue al ejército, y pronto estará aquí. (óyense campanas y ruido de armas, que chocan.) ¿Oís el bullicio? ¿Oís las campanas? Es ella; el pueblo saluda a la mensajera de Dios.

CARLOS. (A Duchatel) Traedla... (Al Arzobispo.) ¿Qué he de pensar, cuando una doncella me proporciona la victoria, y ahora justamente, cuando sólo el poder divino puede salvarme? Esto no es natural, y me inclino á... ¿Debo, oh a Arzobispo, considerarlo como un milagro?

MUCHAS VOCES. (Detrás dé la escena.) -¡Viva, viva la doncella, nuestra salvadora!

CARLOS. -¡Ya llega! (A Dunois.) ¡Ocupad mi lugar, Dunois! Probaremos si es esta joven maravillosa. Si Dios la inspira y la envía, conocerá quién es el Rey. (Dunois se sienta, y el Rey se queda en Pie a su derecha, y junto a él Inés Sorel; enfrente, el Arzobispo y los demás personajes, dejando libre espacio intermedio.)

ESCENA X

Los mismos y JUANA, acompañada de los consejeros y de muchos caballeros, que llenan el fondo de la escena; se adelanta con dignidad, y examina a cuantos la rodean.

DUNOIS. -(Después de un silencio solemne.)
-¿Eres tú, doncella milagrosa...

JUANA (Interrumpiéndolo, y mirándolo con orgullo) -¡Tientas a Dios, bastardo de Orleáns! Abandona ese lugar, que no es el tuyo, porque vengo a visitar otro más elevado que tú. (Dirígese con decisión al Rey, dobla ante ti una rodilla, y se retira enseguida. Todos expresan su admiración. Dunois abandona su sitio, y lo deja al Rey.)

CARLOS. -hoy ves mi rostro por primera vez. ¿Cómo, pues, lo has conocido?

JUANA. -Os he visto, cuando Dios sólo os vela. (Se acerca al Rey, y le habla en secreto.) -Acordaos que la noche anterior, cuando todos dormían a vuestro rededor profundamente, os levantasteis y dirigisteis a Dios ferviente súplica. Que se vayan todos, y os repetiré lo que le dijisteis.

CARLOS. -Lo que yo confío al cielo, no he de ocultarlo ante los hombres. Repíteme mis palabras, y no dudaré que Dios te inspira.

JUANA. -Tres cosas le pedisteis; mirad, oh Del-fín, si son éstas. Rogasteis a Dios, primero, que si había alguna injusticia afecta a vuestra corona, o alguna falta grave, cometida por vuestros antepasados, y no expiado, causa de esta guerra, deplorable, que vos, no vuestro pueblo, fuese la víctima expiatoria, y que sobre vuestra cabeza sola descargara todo el peso de su cólera.

CARLOS. (Retrocediendo asustado.) -¿Quién eres tú, ser poderoso? ¿De dónde vienes? (Todos expresan su admiración.)

JUANA. -Hicisteis al cielo esta segunda súplica: que si la resolución y suprema voluntad divina era despojar del cetro a vuestra familia, y de todo lo que los Reyes, vuestros abuelos poseyeron en este imperio, pedíais en cambio que os conservara sólo tres bienes: una conciencia tranquila, el corazón de un amigo y el amor de Inés. (El Rey se oculta el rostro, llorando conmovido; la sorpresa de todos es grande; pausa.) ¿Digo también cuál ha sido la tercera súplica?

CARLOS. -Basta. Te creo. Ningún mortal puede igualarte. Te envía Dios Todopoderoso.

EL ARZOBISPO. -¿Quién eres tú, santa y maravillosa doncella? ¿En qué bendito país naciste? ¿Quiénes son los padres, favorecidos por Dios, que te engendraron?

JUANA. Juana es mi nombre, oh señor dignísimo. Soy la hija humilde de un pastor, natural de Dom Remi, aldea de mi Rey, en la diócesis de Toul, y he guardado, desde niña, los rebaños de mi padre... Mucho, y con frecuencia, he oído hablar del insular extranjero, que ha pasado el mar para hacernos esclavos, é imponernos un Monarca, también extranjero, que no quiere el pueblo; y que se ha apoderado de París, la gran ciudad, y del Reino. Entonces rogué a la Santa Madre de Dios que nos librase del oprobio de llevar extrañas cadenas, y que nos

conservase nuestro Señor natural. Delante de la aldea, en donde he nacido, hay una imagen muy antigua de la Virgen a donde acuden muchos piadosos peregrinos, junto, una añeja encina, célebre por sus milagros. Sentábame yo a menudo a su sombra, guardando mi rebaño, porque mi corazón me llevaba a ella; y ni uno de mis corderos se perdía en las desiertas montañas, al dormirme allí, porque me decía el sueño en dónde se ocultaba... Y en una ocasión, en que pasé toda la noche en éxtasis piadoso al abrigo de sus ramas, resistiendo al sueño, se me apareció la Virgen Santa, con espada y bandera, pero vestida, como yo, de pastora, y me dijo: «Soy yo, Levántate, Juana. Deja el rebaño. El Señor te llama a otra ocupación. Toma esta bandera. Cíñete esta espada. Aniquila con ella al enemigo de tu patria; lleva a Reims al hijo de tu Soberano, y pon en sus sienes la corona real» Yo le contesté: «¿Cómo yo, doncella delicada, é ignorando el arte de la guerra, he del hacer tal cosa?» Y ella replicó. «Una joven pura es capaz de llevar a cabo grandes cosas en la tierra, si puede resistir el amor mundano. ¡Mírame! Doncella casta, como tú, di a luz al Señor, tu Dios, y yo misma soy santa ahora» Entonces tocó mis párpados, y cuando miré hacia arriba vi el cielo lleno de ángeles, que llevaban azucenas en sus manos, y que circulaban en el aire sonidos armoniosos... Así se me apareció la Virgen tres noches consecutivos, diciéndome: «¡Levántate, Juana! El Señor té llama a otra ocupación» Y a la tercera, noche, mostróse co-

lérica, y añadió: «La docilidad es el primer deber de la mujer sobre la tierra, y la resignación su triste destino; se enaltece por sus servicios más penosos, y la que los cumple aquí, allá arriba vive en la gloria» Y mientras hablaba así, se despojó del traje de pastora, y como Reina del cielo, se presentó en todo su esplendor entre nubes de oro, que la llevaban, y desapareció lentamente en la mansión de las delicias. (Todos se conmueven; Inés Sorel derramando copiosas lágrimas, oculta su rostro en el pecho del Rey.)

EL ARZOBISPO. (Después de una larga pausa.)
-Ante un testimonio divino tan elocuente, han de desvanecerse todas las dudas de la humana prudencia. El éxito ha probado la verdad de sus palabras. Dios sólo es capaz de tales portentos.

DUNOIS. -No a sus milagros; a la expresión de sus ojos, al candor de su rostro doy yo entero crédito.

CARLOS. -Y yo, pecador, ¿soy merecedor de esa gracia? ¡Tú, cuya mirada, incapaz de engañarse, lo ve todo; tú conoces el fondo de mi alma y mi humildad ante ti!

JUANA. -La humildad de los potentados resplandece pura allá arriba. Porque os humillasteis, fuisteis ensalzado.

CARLOS. -¿Podré, pues, resistir a mis enemigos?

JUANA. -Pondré a vuestros pies la Francia.

CARLOS. -¿Dices que Orleáns no será tomada?

JUANA. Antes el Loira correría hacia el puente
 CARLOS. -¿Entraré vencedor en Reims?

JUANA. -Os llevaré allá, pasando entre millares de enemigos. (Todos los caballeros presentes hacen sonar sus lanzas y escudos, y dan señales de su ardimiento.)

DUNOIS. -Póngase Juana al frente del ejército, y seguiremos ciegos a donde nos lleve este general divino. Sus ojos proféticos nos guiarán, y mi cortante espada sabrá defenderla.

LA HIRE. No temeremos a todo el mundo en armas, si precede a nuestros batallones. El Dios de la victoria está á su lado, y puesto que su poder es tan grande, que nos lleve al combate. (Los caballeros hacen resonar sus armas, y se adelantan.)

CARLOS. -Sí, santa doncella; guía a mi ejército, y te obedecerán sus capitanes. Esta espada, que simboliza supremo mando militar, y nos fue enviada por el colérico Condestable, ha encontrado manos dignas que la manejen. Recíbela, santa profetisa, y que en adelante...

JUANA. -No, noble Delfín. No por medio de este símbolo del poder terrestre logrará mi Señor la victoria. Conozco otra espada, que lo proporcionará el triunfo. Os la indicaré, según el Espíritu me la ha enseñado. Enviad, pues, por ella.

CARLOS. -¡Habla, Juana!

JUANA. -Manda a la antigua ciudad de Fierbois, a su iglesia de Santa Catalina, en donde existe una bóveda llena de armas, trofeos de remota victoria.

Allí está la espada, que ha de servirme. Se distingue porque tiene grabados en la hoja tres flores de lis. Que la traigan, y con ella venceréis.

CARLOS. -¡Que vayan por ella! ¡Hágase lo que dice!

JUANA. -Que traigan también una bandera blanca, con una franja bordada de púrpura. En ella estará representada la Reina del cielo con su bello niño Jesús, sobre una esfera terrestre. Esta bandera es la que me ha mostrado la Madre de nuestro Redentor.

CARLOS. -Obedézcase a cuanto dice.

JUANA. -(Al Arzobispo.) -Poned vuestras manos sobre mi cabeza, oh digno Arzobispo, y bendecid a vuestra hija. (Arrodillase)

EL ARZOBISPO. - Has venido para derramar bendiciones, no para recibirlas... Que Dios te dé fuerzas. Nos somos pecador é indigno. (Levántase Juana.)

UN ESCUDERO, PAJE NOELE. -Llega un heraldo de los generales ingleses.

JUANA. -Que entre, porque Dios lo envía. (El Rey hace una señal al paje, que se va.)

ESCENA XI

Los mismos y EL HERALDO.

CARLOS. -¿Qué traes, Heraldo? Di a qué vienes.

EL HERALDO. -¿Quién es el que habla aquí por Carlos de Volois, Conde de Ponthieu?

DUNOIS. -¡Indigno heraldo! ¡Bribón despreciable! ¿Osas acaso renegar del Rey de Francia, en su propio territorio? Tu investidura te protege, por que si no...

EL HERALDO. -Francia no acata más que a un Soberano; cae está en el campamento inglés.

CARLOS. -¡Sosiégate, primo! ¡Tu comisión, Herald!

EL HERALDO. -Mi ilustre Señor, que deplora la sangre, ya vertida, y la que ha de derramarse, mantiene en sus vainas las espadas de sus soldados, y antes de tomar a Orleáns por asalto, se digna proponeros condiciones de arreglo ventajosas.

CARLOS. -¡Oigámoslas!

JUANA. (Adelantándose.) -Permitid, Señor, que yo hablo en vuestro nombre con este Herald

CARLOS. -Haz lo que desees, doncella. Decide tú de la guerra ó de la paz.

JUANA. (Al Herald) -¿Quién te envía, y en nombre de quién hablas?

EL HERALDO. -En nombre del general, Conde de Salisbury.

JUANA. -¡Mientes, Herald! Tú no lo representas. Sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO. -Mi general vive, lleno de salud y de fuerza, y vive para perderos a todos.

JUANA. -Vivía cuando lo dejaste. Hoy por la mañana ha muerto de una bala, disparada desde

Orleáns, cuando miraba desde la torre de La Fournelle... ¿Te ríes porque te digo lo que sucede lejos de ti? No des crédito a mis palabras, pero dalo a tus ojos. Encontrarás su entierro cuando regreses. Ahora, Heraldo, particípame el objeto de tu venida.

EL HERALDO. -Si tú sabes descubrir lo oculto, lo conocerás sin mi ayuda.

JUANA. -No necesito saberlo, pero tú escúchame; y repite mis palabras a los Príncipes, que te envían. ¡Rey de Inglaterra, y vosotros, Bedford y Gloster, que devastáis cate Reino; dad cuenta al Rey del cielo de la sangre vertida; devolved las llaves de todas las ciudades que habéis tomado contra el derecho divino! La Doncella es enviada por Dios para ofreceros la paz o la guerra sangriento. ¡Elegid! Os lo anuncio para que no aleguéis ignorancia. El Hijo de la Virgen María no consiente que poseáis á la bella Francia... ha de ser Carlos mi Señor y Delfín, quien por mandato de Dios, ha de entrar solemnemente en Parla, acompañado de todos los grandes de su Reino.

Ahora, Heraldo, vete y apresúrate, porque antes que llegues al campamento y lleves la noticia, estará allí la Doncella, y plantará en Orleáns su bandera victoriosa. (Vase todos los presentes se ponen en movimiento, y cae el telón)

ACTO II

Paisaje rodeado de peñascos

ESCENA PRIMERA.

TALBOT y LIONEL generales ingleses;
FELIPE, DUQUE DE BORGONA; el caballero
FALSTOLF y CHATILLON, con soldados y ban-
deras.

TALBOT. -Hagamos alto al abrigo de estas rocas, y fortifiquemos' aquí nuestro campamento; acaso reunamos de nuevo los batallones fugitivos, que el primer horror ha diseminado. Poned buenos centinelas y ocupad las alturas. U noche, en verdad, impide que nos persigan, y, a no tener alas el enemigo, no espero que nos ataque... Sin embargo, es preciso estar prevenidos, porque nos las habemos con gentes osadas, y nos han derrotado. (vase Falstolf con los soldados.)

LIONEL. -¡Derrotados! No pronunciéis esa palabra, General. No quiero ni aun pensar que los

franceses han visto hoy las espaldas a los ingleses... ¡Oh Orleáns, Orleáns! ¡Tumba de nuestra gloria! ¡En estos campos queda enterrado el honor de Inglaterra! ¡Vergonzosa, y ridícula derrota! ¿Quién lo creerá en el tiempo venidero? ¡Los vencedores de Poitiers, de Crecy y de Azincourt, humillados por una mujer!

EL DUQUE DE BORGONA. Eso debe consolarnos. No nos han vencido los hombres, sino el demonio.

TALBOT. El demonio de nuestra locura... ¿Cómo, Duque? ¿El espectro que asusta al populacho, asusta también a los Príncipes? La superstición es un manto, incapaz de cubrir vuestra cobardía... Vuestras tropas huyeron las primeras.

EL DUQUE. Nadie resistió. La huida fue general.

TALBOT. ¡No, señor! Comenzó en vuestra ala. Os precipitasteis en nuestro campamento, gritando: «El diablo anda suelto; Satanás pelea a favor de Francia» Así llevasteis la confusión a los nuestros.

LIONEL. No lo podéis negar. Vuestra ala se cedió la primera.

EL DUQUE. Porque el primer ataque se dirigió contra ella.

TALBOT. La doncella conocía la debilidad de esa parte del campamento, la susceptible de miedo.

EL DUQUE. ¿Cómo? ¿Los borgoñones han de ser los culpables del desastre?

LIONEL. Si hubiéramos estado solos nosotros, los ingleses, como hay Dios, no perdemos a Orleáns.

EL DUQUE. No... porque jamás la hubieses visto. ¿Quién os abrió el camino de este Reino, os tendió una amiga y real, cuando desembarcasteis en esta tierra extraña y enemiga? ¿Quién coronó a vuestro Enrique en París, y os trajo los corazones de los franceses? ¡Por el cielo! Si este fuerte brazo no os hubiese traído aquí, nunca hubieseis visto subir el humo de una chimenea francesa.

LIONEL. Si las palabras ostentosas valieran lo que las grandes hazañas, a vos sólo se debería la conquista de toda Francia.

EL DUQUE. -Estáis descontento porque se os escapa Orleáns, y descargáis en mí vuestra cólera, siendo vuestro aliado. ¿Por qué no hemos tomado a Orleáns, sino por vuestra codicia? Pronta estaba a entregármese, y sólo vuestra envidia lo ha estorbado.

TALBOT. -No la hemos puesto sitio por vos.

EL DUQUE. -¿Y qué sería de vosotros, si me llevase mis tropas?

LIONEL. -No nos encontraríamos peor, creedme, que en Azincourt, cuando os vencimos con toda Francia.

EL DUQUE. -Sin embargo, mucho os importaba mi alianza, cuando tan cara la ha comprado vuestro regente.

TALBOT. -Sí, cara; cara la hemos pagado hoy ante Orleáns a costa de nuestro honor.

EL DUQUE. -No habléis más, milord, por que pudierais arrepentiros. ¿He desertado de las banderas de mí legítimo Soberano, he incurrido en la vota de traidor, para sufrir tales insultos de extranjeros? ¿Qué tengo que hacer aquí? ¿A qué combatir contra Francia? Para servir a ingratos prefiero hacerlo a mi señor natural.

TALBOT. -Estáis en tratos con el Delfín, lo sabemos; pero ya veremos el medio de guardarnos de vuestra traición.

EL DUQUE. -¡Muerte é infierno! ¿Así se me trata? ¡Chatillón! Que mis tropas se apresten para la marcha. Nos volvemos a nuestro territorio. (Vase Chatillón.)

LIONEL. -¡Buen viaje! Nunca brilla tanto el valor de los ingleses como cuando, fiados sólo en su buena espada, combaten sin auxilio ajeno. Que cada cual defienda su propia causa. Verdad eterna será siempre que jamás se unirán con sinceridad ingleses con franceses.

ESCENA II

Los mismos y la Reina ISABEL acompañada de un PAJE.

ISABEL.-¿Qué oigo, señores capitanes?... ¡Deteneos! ¿Qué planeta maléfico infunde en vosotros tanta insensatez? Ahora, en que la unión sola puede salvarnos, ¿queréis que os separe el odio, y acelerar nuestra ruina, disputando unos con otros?.. Suplicoos, noble Duque, que retiréis esa orden precipitada... Y vos, ilustre Talbot, aplacad al amigo ofendido. Ayudadme, Lionel a calmar estos caracteres orgullosos, y a reconciliarlos entre sí.

LIONEL. -Yo no, señora. Pienso como ellos en todo. Lo que no puede estar unido, debe separarse. Es lo mejor.

ISABEL. -¿Cómo? Las artes diabólicas, que tanto daño nos han hecho en la pelea, ¿han de enloquecernos y extraviarnos también ahora? ¿Por quién comenzó la disputa? ¡Hablad!.. Noble lord ¿habréis sido capaz de obrar contra vuestro propio interés, insultando a un aliado importante? ¿Qué podréis intentar sin su ayuda? A él debe su trono vuestro Rey, y en su Mano está derribarlo, si le agrada. Sus tropas, y aún más su nombre, os sostienen. Aunque toda Inglaterra desembarcase a todos sus hijos en nuestras costas, no podría subyugar este reino, si estuviera unido. Sólo Francia puede vencer a Francia.

TALBOT. -Sabemos honrar a un amigo fiel; pero precaverse contra el falso, es un deber de prudencia.

EL DUQUE. -Quien es pérfido bastante para no agradecer los beneficios recibidos, bien puede hacer

alarde de llevar en su frente el estigma impudente de la mentira.

ISABEL. -¿Es posible, noble Duque, que de tal modo os olvidéis de vuestro oprobio, y de vuestro honor de Príncipe, y deis vuestra mano a quien con la suya asesinó a vuestro hermano? ¿Seríais insensato hasta el extremo de creer en la posibilidad de una reconciliación sincera con el Delfín, a quien habéis arrastrado al mismo borde del precipicio? ¿Os proponéis acaso detenerlo, cuando tan próximo se halla a caer en el abismo, y llevaréis vuestro delirio hasta el extremo de destruir vuestra propia obra? ¡Aquí están vuestros amigos! Vuestra salvación depende solo de vuestra estrecha alianza con Inglaterra.

EL DUQUE.- Lejos está mi ánimo de hacer la paz con el Delfín, pero no puedo sufrir el desprecio, el orgullo y la insolencia de los ingleses.

ISABEL. -Venid y desvaneced los efectos de palabras harto irreflexivas. Grave es el disgusto que aflige al General, y la desdicha, como sabéis, hace injusto. ¡Venid! ¡venid! Abrazaos; dejad que yo cierre y cure con rapidez esta herida, antes que se haga crónica.

TALBOT. -¿Qué pensáis, Duque? Los corazones nobles se someten de buen grado a la razón. La Reina ha hablado con cordura. Que se junten nuestras manos, y sanen la herida ligera, que ha causado mí lengua.

EL DUQUE. La Reina ha pronunciado palabras discretas, y mi justa cólera cede a la necesidad.

LA REINA. -¡Bien! que un abrazo fraternal selle la renovación de vuestra alianza, y que el viento se lleve lo que antes dijisteis (El Duque y Talbot se abrazan.)

LIONEL. (Aparte, y mirando el grupo) -¡Viva la paz, debida á una furia!

ISABEL. -Hemos perdido una batalla, Generales, porque la fortuna nos fue adversa; pero que no sea causa bastante para que decaiga nuestro valor. El Delfín desespera de la protección del cielo, y llama en su auxilio las artes de Satanás. Vanamente se ha condenado, por que ni el mismo infierno ha de salvarlo. Una doncella victoriosa guía el ejército enemigo, y yo quiero guiar el vuestro, y ser vuestra profetisa, como lo es la doncella para nuestros adversarios.

LIONEL. -¡Volved a París, Señora! Queremos vencer con nuestras bien templadas armas, no con la ayuda de mujeres.

TALBOT.- ¡Idos! ¡Idos! Desde que estáis en nuestro campamento, todo está revuelto, y la bendición divina no acompaña a nuestras armas.

EL DUQUE. -¡Idos! Vuestra presencia no trae aquí ventaja alguna. Los soldados no os miran con buenos ojos.

ISABEL. (Mirando a todos atónita.) ¿También vos, Duque? ¿Os declararéis contra mi con estos lores ingratos?

EL DUQUE.- Tened entendido que el soldado pierde sus bríos al pensar que ha de combatir en vuestro favor.

ISABEL.- Cuando con trabajo he logrado restablecer entre vosotros la concordia, ¿os unís todos contra mí?

TALBOT. -¡Andad! ;andad con Dios, Señora! ni a los diablos temeremos si estáis lejos de nosotros.

ISABEL. -¿No soy acaso vuestra fiel aliada? Vuestra causa ¿no es la mía?

TALBOT.- Pero la vuestra no es la nuestra. La guerra en que estamos empeñados es honrosa y leal.

EL DUQUE. -Yo vengo el sangriento asesinato de un padre. La piedad filial santifica mi participación en la guerra.

TALBOT.- Hablemos claramente. Vuestra conducta con el Delfín ni es loable para los hombres, ni está conforme con las leyes divinas.

ISABEL.- ¡Que sea maldito hasta su décima generación! ¡Ha sido criminal con su madre!

EL DUQUE. -Vengaba a un padre y a un esposo.

ISABEL. -Se erigió en juez de mis actos.

LIONEL. No era en un hijo prueba de respeto.

ISABEL.- Me condenó al destierro.

TALBOT.- Por satisfacer a la opinión pública

ISABEL. -¡Que caiga la maldición divina sobre mí, si alguna voz lo perdono! Antes que reine en los dominios de su padre...

TALBOT. -¿Sacrificaréis el honor de su madre?

ISABEL.- No conocéis, oh almas débiles, lo que puede una madre ofendida. Yo amo a quien me hace bien y a aborrezco a quien me ultraja; y si este último es mi hijo, concebido en mí propio sello, lo detesto mucho más. Quisiera privar de la existencia al que la di, puesto qué con orgullo deshonoroso y punible ha insultado a la madre que crió. Vosotros no tenéis razón ni derecho para robarle lo suyo. ¿Cuál ha sido la falta grave, que ha cometido el Delfín contra vosotros? ¿Qué deber ha violado? Yo puedo odiarlo, porque es mi hijo.

TALBOT. -¡Bien! Por su venganza conocerá a su madre

SABEL. -¡Hipócritas, miserables! ¡Cuánto desprecio me inspiráis, engañándois a vosotros mismos, y al mundo! Vosotros, ingleses, extendéis vuestras manos rapaces hacía Francia, cuando no os asiste ni razón ni pretexto para apoderaros de lo que señala en la tierra solo un casco de caballo... y este Duque, que consiente que le apelliden el Bueno, ha sido traidor a su patria y a la herencia que recibió de sus antepasados, vendiéndola al enemigo de su país y a señores extraños... La justicia es para vosotros indiferente. Yo desprecio la hipocresía. Me presento al mundo tal como soy.

EL DUQUE. -¡Es cierto! Habéis Sostenido con firmeza vuestra buena fama.

ISABEL.- Como otra cualquiera tengo pasiones, un carácter vehemente, y me propongo vivir aquí como Reina, no en la apariencia. ¿No ha de existir la

alegría para mí, porque una suerte adversa haya confiado a un espeso insensato mi juventud, naturalmente fogosa y ávida de placeres? Prefiero la libertad a la vida, y cualquiera que a ella atente... Pero ¿á qué discutir con vosotros sobre mis derechos? La sangre corre espesa por vuestras venas, y no conocéis lo que son goces, sino sólo la cólera. Y ese Duque, que ha vivido siempre vacilando entre el bien y el mal, no es capaz de amar ni de aborrecer de corazón... Voy a Melún. Dadme ese caballero (Señalando a Lionel) que me acompañe y distraiga. Me agrada, y haced vosotros lo que os plazca. Nada me interesan borgoñones ni ingleses. (Hace una señal a sus pajes, é intenta alejarse)

LIONEL. -¡Dejadnos en paz! Os enviaremos a Melún los más hermosos mancebos que hagamos prisioneros.

ISABEL. (Volviéndose.) -Vosotros sólo sabéis esgrimir la espada con esfuerzo, y sólo los franceses decir bellas frases. (Vase)

ESCENA III

TALBOT, el DUQUE y LIONEL.

TALBOT. -¡Qué mujer!

LIONEL.- Ahora, caballeros, ¿qué pensáis? ¿Continuamos nuestra retirada, o, con un ataque rápido y osado, borramos el oprobio de este día?

EL DUQUE. -Somos harto débiles; las tropas están diseminadas, y demasiado reciente el pavor de los soldados.

TALBOT. -Un miedo infundado nos ha vencido, ó la impresión repentina del momento. Cuando se contemple más, de cerca ese fantasma temeroso de una imaginación extraviada, desaparecerá como la espuma. Opino, pues, que el ejército repase el río, al romper la aurora, y que ataquemos al enemigo...

EL DUQUE. -Reflexionad...

LIONEL. -Con vuestro permiso, nada hay que reflexionar. O hemos de recuperar la honra perdida, ó quedaremos humillados para siempre.

TALBOT. -Estamos resueltos. Mañana peleamos. Desvaneceremos ese fantasma espantoso, que deslumbra y acobarda a nuestras tropas, lidiando personalmente con esa Doncella infernal. Si se pone al alcance de mi invencible espada, entonces no nos derrotará más en lo sucesivo; si no... y se convencen de que esquivo el combate... se disipa el encanto del ejército.

LIONEL. -¡Sea así! Dejad a mi cargo, oh mi General, esa fácil lucha, en que no correrá la sangre. Me propongo apoderarme de ese espectro vivo, y en las barbas del Bastardo, su amante, lo traeré en mis brazos al campamento inglés para solaz de los soldados.

EL DUQUE. -No prometáis tanto.

TALBOT. -Si llega a caer en mis manos, no pienso abrazarla tan dulcemente. Venid ahora a

restaurar con un sueño reparador nuestro natural cansancio. Mañana, al romper la aurora, nos levantaremos. (vanse)

ESCENA IV

JUANA, con la bandera, con yelmo y coraza, y en lo demás vestida con arreglo a su sexo;
DUNOIS, LA HIRE, CABALLEROS y SOLDADOS aparecen en lo alto de los peñascos, descenden de ellos y se detienen en la escena.

JUANA. (A los caballeros que la rodean, mientras los soldados prosiguen adelantándose.) -Pasamos la muralla, y estamos ya en el campamento. Romped el silencio de la noche, que es ha protegido en vuestra misteriosa marcha, é infundid el horror en vuestros enemigos, anunciándoles vuestra llegada a los gritos de «Dios y la Doncella»

TODOS. (Que dan grandes voces, y hacen resonar con estrépito sus armas.) -¡Dios y la Doncella! (Ruido de tambores y trompetas.)

LOS CENTINELAS. (Detrás de la escena.) -¡El enemigo, el enemigo, el enemigo!

JUANA -¡Traed antorchas! ¡Prended fuego a las tiendas! ¡El furor de las llamas, aumenta el miedo! ¡Que la muerte los rodee amenazadora! (Los soldados corren y ella hace ademán de seguirlos.)

DUNOIS. (Deteniéndola.) -¡Has cumplido tu deber, Juana! Nos has guiado al centro del campamento, y has puesto al enemigo en nuestras manos. Retírate ahora de la batalla, y deja a nuestro cuidado su sangriento éxito.

LA HIRE. -Guías al ejército a la victoria, y llevas la bandera en tus castas manos; no manejes, sin embargo, la espada, ni tientes al falso Dios de las batallas porque es liego, y a nadie perdona.

JUANA. -¿Quién osará detenerme? ¿Quién trazar leyes al espíritu que me guía? La flecha ha de volar a impulso de la mano que la dispara. En donde haya peligro estará Juana, porque mi destino no es sucumbir, ni hoy ni aquí. He de ver la corona en las sienes de mi Rey. No habrá enemigo, que me arranque la vida, hasta que yo no cumpla las órdenes de Dios. (Vase.)

LA HIRE. -¡Venid, Dunois! Sigamos a la heroína, y que vuestro pecho esforzado le sirva de escudo. (vanse.)

ESCENA V

SOLDADOS INGLESES, que huyen y después,
TALBOT.

UN SOLDADO. -¡La Doncella! ¡En medio del campamento! OTRO SOLDADO. -¡No es posible! ¡No, jamás! ¿Cómo había de venir al campamento?

OTRO SOLDADO. -¡Por el aire! ¡El diablo la ayuda!

OTROS DOS. -¡huid, huid! ¡Vamos todos a morir! (vanse.)

TALBOT. (Que llega.) -Nada oyen... ¡No quieren detenerse! Rotos están todos los lazos de la disciplina. Como si el averno hubiese vomitado todas sus legiones de condenados, el pánico arrastra con su ímpetu al valiente y al cobarde; ni un pequeño pelotón puedo oponer al torrente de enemigos que invade sin cesar nuestro campo... ¿Soy yo, pues, el único hombre sereno, y han perdido todos el juicio con la fiebre del miedo? ¡Huir de esos afeminados franceses, vencidos por nosotros en veinte batallas!.. ¿Quién es esa invencible y terrorífica deidad, a quien favorece la fortuna de la guerra trocándola a su antojo, y convierte un ejército de cobardes ciervos en bravos leones? Una juglaresa, que representa el estudiado papel de heroína, ¿ha de asustar a héroes verdaderos? Una mujer ¿ha de privarme de toda mi gloria militar?

UN SOLDADO. (Que entra huyendo.) ¡La Doncella! ¡Huid, huid, mi General!

TALBOT. (Derribándolo en tierra.) -¡Huye a los infiernos! ¡Mi espada atravesará a todo el que me hable de miedo y de cobarde huida! (vase.)

ESCENA VI

Descúbrese el fondo del teatro, y se ve el campamento inglés, presa de las llamas. Óyense los tambores, y unos persiguen y otros huyen. Poco después se presenta MONTGOMERY.

MONTGOMERY. (Solo.) -¿Adónde huir? Por todas partes nos, cercan los enemigos y la muerte. Aquí el general enfurecido, que amenaza con su espada a los que huyen y allá aguardándonos la muerte. Allí esa doncella terrible, que, como la llama, todo lo devasta... Y ningún matorral en donde ocultarme, ni una caverna, que me ofrezca seguridad. ¡Ojalá que nunca me hubiera embarcado para atravesar la mar, ay de mí, desdichado! Insensato fui en querer ganar fácil gloria en la guerra de Francia, y ahora el destino funesto me arrastra a esta contienda mortal... ¡Si estuviese en las orillas risueñas del Saverina, en la morada pacífica de mi padre, y en donde dejé, llenas de tristeza, a mi madre y a mi tierna prometida! (Juana se presenta á lo lejos.) ¡Ay de mí! ¿Qué veo? ¡Allí aparece la terrible Doncella! Se destaca entre las llamas del incendio, a su luz siniestra, como si el averno vomitara uno de sus espectros en medio de la noche... ¿En dónde me refugio? Ya ha fijado en mí sus miradas de fuego, y, desde lejos como la serpiente, me fascina y paraliza. Su mágico influjo encadena más y más mis pies, impidiéndome la huída. Aunque no lo desee, he de mi-

rar fatalmente esa imagen que da la muerte. (Juana da algunos pasos hacia él, y se detiene.) ¡Se acerca! No esperaré que sea la primera en atacarme. Suplicante abrazaré sus rodillas y le pediré la vida. Es mujer, y quizás mis lágrimas la ablandarán. (Mientras él se aproxima, ella corre a su encuentro.)

ESCENA VII

JUANA y MONTGOMERY

JUANA. -¡Morirás, porque naciste de madre inglesa!

MONTGOMERY. (Cayendo a sus pies.)
-¡Detente, Doncella terrible! No mates a un indefenso. He abandonado espada y escudo, y me postro a tus pies, desarmado y suplicante. Déjame gozar de la luz de la vida, y acepta mi rescate. Mi padre, dueño de bienes cuantiosos, habita en el país de Gales, por cuyos verdes campos corre el Saverna de ondas plateadas, y cincuenta aldeas acatan su señorío. Dará oro abundante por su amado hijo, si lo rescata vivo del campamento de los franceses.

JUANA. -¡Insensato extraviado! ¡Eres hombre perdido! Has caído en manos de la Doncella, que es implacable, y de la cual no hay que aguardar rescate ni salvación. Si tu desventura te hubiese llevado a las fauces de un cocodrilo, o a las garras de un tigre real, podrías encontrar acaso lástima o misericordia;

pero en el mío, solo la muerte. EL espíritu, que me domina, inviolable e inflexible, me ha impuesto la terrible condición de dar muerte con mi espada a todos los seres vivos, que me presenta el Dios de las batallas en sus misteriosos designios.

MONTGOMERT. -Pavor infunden tus palabras, aunque es dulce tu mirada; y cuando se te contempla de cerca, no es terror lo que inspiras, y tu hermosura seduce mi corazón. Yo te suplico, invocando la dulzura propia de tu sexo. ¡Apíadate de mi juventud!

JUANA -No me conjures por mi sexo. No me llares mujer. Como los espíritus incorpóreos, que no obran como los demás seres de la tierra, no pertenezco a sexo alguno humano, y bajo esta coraza no late ningún corazón.

MONTGOMERY. -Yo te ruego por la ley sagrada y poderosa del amor, a la cual rinden homenaje todas las criaturas. En mi patria he dejado una amada, bella como tú, y como tú, dotada de todos los atractivos de la juventud. Espera llorando la vuelta de su amante. ¡Oh! ¡Si tú misma crees que has de amar algún día, y ser feliz con tu amor, no separes cruel dos corazones, unidos por el sagrado vínculo del amor!

JUANA.-Llamas a voces a Dioses terribles y extraños para mí, que no son santos ni venerables. Nada sé de los vínculos del amor, que tú invocas, y jamás profesaré su vano culto. ¡Defiende tu vida, que la muerte te aguarda!

MONTGOMERY. -¡Oh! Apiádate de mis padres, dignos de lástima, que he dejado en mi hogar. ¡Sí; tú tendrás padres también, y su recuerdo habrá de atormentarte!

JUANA. -¡Desdichado! ¡Y me representas así a mi memoria cuántas madres de este país han quedado huérfanas de sus hijos, cuántos tiernos niños sin padre, cuántas esposas prometidas sin esposos! ¡También las madres de Inglaterra aprenderán ahora lo que es la desesperación, y lo que significan las lágrimas vertidas por las míseras francesas!

MONTGOMERY. -¡Es triste morir en tierra extranjera sin ser llorado!

JUANA. -¿Quién os llamó a este país extraño, para devastar sus campos cultivados con esmero, para arrojarnos de nuestros lares patrios, y para lanzar la tea incendiaria de la guerra en el santuario de pacíficas ciudades? Soñabais, en vuestra vanidad insensata, que someteríais a los franceses libres a vergonzosa esclavitud, y que remolcaríais este vasto reino, como una barquilla, con vuestro buque de alto bordo. ¡Insensatos! Las armas reales de Francia están suspendidas del trono de Dios; y antes arrancaríais una estrella del cielo, que una aldea de este país, cuya unión será eterna. Llegó el día de la venganza; ninguno repasará vivo la mar sagrada, que Dios puso entre vosotros y nosotros, y que, al desobedecerlo, profanasteis.

MONTGOMERY. (Soltando su mano.) -¡Oh! ¡Moriré sin remedio! La muerte horrible se apoderará de mí.

JUANA. -¡Muere, amigo! ¿Por qué temblar así ante la muerte, destino inevitable?... ¡Mírame, mírame; yo soy sólo una doncella, pastora desde que nací; esta mano no está acostumbrada a manejar la espada , porque hasta ahora sólo conocía al inocente cayado. Pero separada violentamente de mis prados natales, de los brazos de mi padre, de las caricias de mis amadas hermanas, me he visto obligada a venir aquí, aquí... la voz de Dios, no mi capricho... me trae aquí para vuestro mal, no para vuestra alegría, ya que, como horroroso espectro, vengo a derramar sangre y a dar la muerte, para ser luego su víctima. Yo no veré el día risueño de mi vuelta a mis hogares. Pero antes sucumbirán muchos de los vuestros, y hará muchas viudas, hasta que al cabo yo mismo perezca, y cumpla mi destino... Cumple ahora el tuyo. Empuña, pues, tu espada sin demora, y luchemos por el dulce beneficio de la vida.

MONTGOMERY. (levantándose.) -Ya que eres mortal, como yo, y que pueden herirte las armas, acaso se haya concedido a mi brazo enviarte a los infiernos, y poner fin a los desastres de Inglaterra. En las manos de Dios pongo mi vida. ¡Llama en tu ayuda, oh condenada, a los espíritus infernales! ¡Defiende tu vida! (Atácala con su escudo y su espada.

Óyese a lo lejos música bélica; Montgomery cae, después de pelear un momento.)

ESCENA VIII

JUANA, sola

JUANA. -Tus mismos pasos te han traído a la muerte... ¡Adiós! (Aléjase de él, y se detiene pensativa.) ¡Virgen Santísima, tú, en mi persona, haces grandes milagros, porque infundes fuerza en mi débil brazo, y crueldad en mi corazón! Siento piedad en mi alma, y tiembla mi mano, como si hubiera de profanar un santuario, cuando me veo obligada a derramar la sangre de algún enemigo. Sólo la vista del acero brillante me llena de terror. Pero, cuando lo he menester, me ayuda la fuerza, y la espada se mueve por sí en mi mano temblorosa, como si fuese un espíritu vivo.

ESCENA IX

JUANA, y UN CABALLERO con la visera calada

EL CABALLERO. ¡Maldita! ¡Ya llegó tu última hora; te busco por todo el campo de batalla, fantas-

ma vano y funesto! ¡Torna a los infiernos, de donde has salido!

JUANA. ¿Quién eres tú, a quien su mal ángel trae a mi encuentro? Tu traza parece de Príncipe; no te creo inglés, porque llevas los colores de Borgoña, ante los cuales bajo mi espada.

EL CABALLERO. -¡Tú, mujer infernal, no mereces morir de la noble mano de un Príncipe! El hacha del verdugo debe separar tu cabeza de tu cuerpo nefando, no la valiente espada del real Duque de Borgoña.

JUANA. -¿Eres tú, pues, ese mismo Duque?

EL CABALLERO. (Levantándose la visera.)
-¡Yo soy! ¡Tiembla, oh miserable, y desespera! Ya no te ampararán las artes de Satanás. ¡Te las hubiste hasta ahora con niños! ¡Ante ti tienes un hombre!

ESCENA X

Los mismos, y DUNOIS y LA HIRE

DUNOIS. -¡Vuélvete, Duque de Borgoña!
¡Combate con hombres, no con mujeres!

LA HIRE. -Nosotros protegemos la cabeza sagrada de la profetisa, y antes atravesará este pecho tu espada...

EL DUQUE. -Ni temo a esta enamorada Circe, ni a vosotros, tan vergonzosamente transformados por ella. Ruborízate, Dunois; baja los ojos, La Hire,

porque habéis asociado vuestro valor notorio a las artes diabólicas, trocándoos en miserables escuderos de una Doncella infernal. ¡Venid, pues! ¡A todos os desafío! Desespera de Dios quien recurre al demonio. (Cuando se aprestan a la pelea, Interviene Juana.)

JUANA.-¡Deteneos!

EL DUQUE. -¿Tiemblas por tus amantes? Ante tus ojos caerá... (Dirígese contra Dunois.)

JUANA. -¡Deteneos! ¡Separadlos La Hire!... No debe correr sangre francesa, ni el acero ha de decidir esta contienda. Obra como han resuelto los astros... ¡Separaos, digo..! Escuchad y respetad al espíritu que me domina y habla por mis labios.

DUNOIS. -¿Por qué detienes mi brazo, ya levantado, y suspendes la sangrienta decisión de la espada? El acero se ha desenvainado; que hiera, y Francia se verá unida y vengada.

JUANA. (Que se pone entre los dos, dejando entre ambos vasto espacio; al Bastardo.) ¡Retiraos! (A la Hire.) ¡No os mováis! Tengo que hablar al Duque. (Después que todos se quedan tranquilos.) ¿Qué pretendes, Duque de Borgoña? ¿A qué enemigos buscan tus miradas homicidas? Este noble Príncipe es hijo de Francia, como tú, y este valiente, tu hermano de armas, y tu compatriota, y yo misma natural de tu patria. Todos nosotros, a quien te propones aniquilar, somos tuyos... nuestros brazos están prontos a estrecharte, y á, doblarse ante ti nuestras rodillas... nuestras espadas están sin filo

contra ti. Respetable es para nosotros el rostro, que, si bien bajo yelmo enemigo, lleva los rasgos amados de nuestro Rey.

EL DUQUE. -Con blandas palabras y adulator acento intentas, ola sirena, atraer a tu víctima. Tu astucia no me engaña. Mis oídos están preparados contra tus artes ponzoñosas, y tus miradas ardientes se estrellan en la acerada coraza de mi pecho. ¡A las armas, Dunois! ¡Combatamos con ellas no con palabras!

DUNOIS. -Hablemos primero, y peleemos después. ¿Tienes miedo a hablar? Cobardía es también, y señal funesta de traición.

JUANA. -No es una necesidad imperiosa la que nos trae a tus pies, ni nos presentamos como suplicantes a ti. ¡Mira a tu rededor! Reducido a ceniza está el campamento Inglés y vuestros muertos llenan la tierra. Oyes tocar las trompetas guerreras de los franceses, y por mandado de Dios ha sido nuestra la victoria. La rama de laurel de la victoria, cortada recientemente, la compartiremos gozosos con nuestro amigo... ¡Oh! ¡Venid a nosotros! Venid, noble fugitivo, a donde la justicia asegura el triunfo. Yo misma, enviada por Dios, te ofrezco mi mano amiga. Quiero salvarle, y ganarte para la buena causa. El cielo se declara en favor de Francia. Sus ángeles... tú no los ves... pelean por el Rey, y todos ostentan las flores de lis. Pura y clara, como esta bandera, es nuestra empresa, y la Inmaculada Virgen nuestro casto símbolo.

EL DUQUE. -Artificiosas son las palabras engañosas de la mentira, aunque sencillas como las de un niño. Cuando los espíritus perversos las sugieren, semejan maravillosamente la inocencia. No quiero oír más. ¡A las armas! ¡Mis oídos, no hay duda, son más débiles que mi brazo!

JUANA. -Me llamas mágica, y me acusas de emplear artes diabólicas... Establecer la paz, y reconciliar a quienes se aborrecen ¿es arte diabólica? ¿Proviene la concordia del eterno abismo? ¿Qué más inocente, más sagrado, más humano, más loable que defender la patria? ¿Desde cuándo lucha así consigo misma la naturaleza, que el cielo abandone la causa de la justicia, y el demonio la defienda? Y si es verdad lo que te digo, ¿de dónde crees que viene, sino de arriba? ¿Quién me hubiera acompañado en los pastos, y trasformándome de sencilla pastora en heroína de grandes hazañas? Jamás me he visto en presencia de Príncipe, ó ignoro el arte de hablar; pero ahora, cuando necesito conmoverte, tengo la penetración necesaria, conozco lo desconocido, y el destino de reinos y reyes aparece ante mis ojos de niña tan claro como la luz del sol, y mi voz retumba como el trueno.

EL DUQUE. (Profundamente conmovido, la mira y la contempla atónito.) -¿Qué me sucede? ¿Qué siento? ¿Es alguna deidad que, en lo hondo de mi pecho, muda mi corazón?... Imagen tan elocuente no engaña sin duda. ¡No, no! Si me ciega un

poder mágico, es un poder divino. Una voz interior me dice que el mismo Dios la envía.

JUANA. -¡Se ha conmovido! ¡Lo está! No le he suplicado en vano. Las nubes tempestuosas de la ira, acumuladas en su frente, se deshacen en lágrimas, y de sus ojos, que destellan paz, sale el resplandeciente sol del sentimiento... ¡Dejad las armas!... ¡Abrazaos!... Lloro; se ha convertido... es nuestro. (Suelta su espada y su bandera; corre habla él con los brazos abiertos, y lo estrecha en ellos con entusiasmo. La Hire y Dunois dejan que sus espadas y corren también a abrazarlo.)

ACTO III

La escena es en el campamento del Rey, en Châlons sur-Marne

ESCENA PRIMERA

DUNOIS y LA HIRE

DUNOIS. -Éramos amigos íntimos, hermanos de armas, prontos a defender unidos la misma causa, y a sufrir juntos los males y la muerte. Que el amor a una mujer no rompa los lazos que han resistido a todas las vicisitudes de la suerte.

LA HIRE. -¡Escuchadme, Príncipe!

DUNOIS. -Amáis a esa doncella maravillosa, y conozco vuestro propósito. Pensáis buscar ahora al Rey, y pedirle a Juana por esposa... No rehusará esa recompensa a vuestro valor.. Tened entendido, sin embargo... que, antes de verla en brazos de otro...

LA HIRE. -¡Oídme, Príncipe!

DUNOIS. -No me atrae en ella la rápida y pasajera impresión de su belleza. Ninguna mujer había perturbado mis sentidos impasibles, basta que vi a ese portento, enviado por Dios, para salvar a este reino y ser mi esposa. Hice voto entonces, pronunciando solemne juramento, de casarme cola ella, porque sólo una mujer fuerte puede ser la compañera de un hombre que también lo sea, y mi ardiente corazón suspira por la posesión de otra igual, capaz de comprenderlo y de sostenerlo.

LA HIRE. -¡Cómo es posible, Príncipe, que yo ose comparar mis escasos méritos con vuestra fama heroica! Cuando se presenta en la Iiza el Conde Dunois, ha de retirarse cualquier otro contendiente. Pero una humilde pastora, por lo mismo, no merece vivir a vuestro lado como esposa. La sangre de reyes, que corre por vuestras venas, no consiente tan baja mezcla.

DUNOIS. -Ella es hija de Dioses, como yo, y santa por naturaleza, e igual a mí. No es indigna de la mano de un Príncipe, porque es esposa de los puros ángeles, porque ciñe su frente divina aureola, más clara y esplendente que todas las coronas de la tierra; porque está viendo a sus pies a todas las grandezas y vanidades mundanales, y porque todos los tronos de potestades, uno sobre otro, y aunque llegasen hasta las estrellas no alcanzan a su altura, en donde la rodea la majestad de los ángeles.

LA HIRE. -El Rey decidirá.

DUNOIS. -¡No, que decida ella misma! Ha libertado a Francia, y libre ha de ser para dar su corazón.

LA HIRE. -¡Ahí viene el Rey!

ESCENA II

CARLOS, INÉS SOREL, DUCHATEL, EL ARZOBISPO. CHATILLÓN, y los mismos.

CARLOS. -(A Chatillón.) -¿Que viene? ¿Decís que viene á atacarme, como a su soberano, y a rendirme homenaje?

CHATILLÓN. -Aquí, señor, en tu real ciudad de Chalóns, quiere arrojarse a tus pies el Duque, mi señor... Me ha ordenado que te salude como a su Rey y Soberano; viene detrás de mi, y en breve se presentará.

INÉS. -¡Viene! ¡Oh día venturoso, que trae consigo la alegría, la Paz y la reconciliación!

CHATILLÓN. -Mi señor, con doscientos caballeros, no tardará en prosternarse ante ti; pero espera que no lo consentiréis, y que lo abrazaréis como a vuestro primo.

CARLOS. -Arde mi corazón en deseos de sentirse oprimido contra el suyo.

CHATILLÓN. -El Duque os suplica que no habléis palabra alguna alusiva a vuestra anterior contienda.

CARLOS. -¡Que todo lo pasado sea condenado al más completo olvido! Sólo queremos pensar en los días felices de lo porvenir.

CHATILLÓN. -Cuantos han combatido en su favor, habrán de ser admitidos a la reconciliación.

CARLOS. -Así duplicaré mis súbditos.

CHATELLÓN. -La Reina Isabel será comprendida también en vuestra gracia, si la acepta.

CARLOS. -Hízome la guerra, no yo a ella. Nuestra disputa queda resuelta, en cuanto ella lo diga.

CHATILLÓN. -Doce caballeros responderán de vuestra palabra.

CARLOS. -Mi palabra es sagrada.

CHATILLÓN. -Y el Arzobispo ha de compartir una hostia entre vos y él, como prenda y sello de vuestra sinceridad.

CARLOS. -Que mi parte en la salvación eterna sea tan verdadera como lo es mi lealtad y mi afecto. ¿Pide el Duque alguna otra garantía?

CHATILLÓN. (Mirando a Duchatel.) -Hay una persona, cuya presencia podría nublar la primera entrevista. (vase Duchatel en silencio.)

CARLOS. - ¡Vete, Duchatel; ocúltate hasta que el Duque pueda sufrir tu vista (Síguelo con los ojos, y después corre, y lo abraza.) ¡Honrado amigo! ¡Más todavía quisieras hacer por mi bien! (Vaso Duchatel.)

CHATILLÓN. -Las demás condiciones están consignadas en este papel.

CARLOS. (Al Arzobispo.) -Despachad esto. Todas las aceptamos, porque ningún sacrificio ha de omitirse por ganar un amigo. ¡Andad, Dunois! Que os acompañen cien caballeros, y recibid afablemente al Duque. Que todos los soldados se engalanen con verdes ramas para honrar a sus hermanos de armas. Que toda la ciudad celebre este día como una fiesta, y que todas las campanas anuncien que Francia y Borgoña están de nuevo unidas. (Llega un Escudero, y se oyen trompetas) ¡Oíd! ¿Qué significa este toque de trompetas?

EL ESCUDERO. -El Duque de Borgoña entra en la ciudad. (Vase.)

DUNOIS. (Que sale con La Hire y Chatillón.) -¡Ea! Vamos a recibirlo.

CARLOS. (Á Inés.) -¿Lloras, Inés?, Casi me faltan las fuerzas para presenciar esta escena. ¡Cuántas víctimas, hecho la muerte, antes que nos veamos de nuevo en paz! Pero cálmase al fin el furor de la tempestad; sigue el día a la noche más oscura, y llega un tiempo en que maduran los frutos más tardíos.

EL Arzobispo. (Á la ventana.) -Con harto trabajo atraviesa el Duque la apiñada muchedumbre. Lo arrancan del caballo, y besan su manto y sus espuelas.

CARLOS. -Es un buen pueblo, vivo y extremado en su amor, como en su odio... ¡Cuán pronto ha olvidado que ese mismo Duque ha sacrificado a sus padres y a sus hijos! Este momento borra toda una vida... ¡Reánimate, ¡Inés! Una alegría excesiva po-

dría dañarte también; que nada lo avergüence aquí ni lo aflija.

ESCENA III

EL DUQUE DE BORGONA, DUNIOIS, LA HIRE, CHATILLÓN, y otros dos caballeros del séquito del Duque. Éste se detiene un instante a la entrada, y el Rey sale a su encuentro. Acércase el Duque enseguida, y al querer doblar una rodilla, CARLOS lo recibe en sus brazos.

CARLOS. -Nos habéis sorprendido... Nos proponíamos salir a vuestro encuentro, pero tenéis buenos caballos.

EL DUQUE. -Me ayudaban a cumplir mi deber. (Abraza á Inés, y la besa en la frente.) ¡Con vuestro permiso, primo! Es nuestro derecho de señor en Arrás, y ninguna mujer bella puede rechazarlo.

CARLOS. -Vuestra capital es, según dicen, la mansión del amor, en donde tiene su asiento y su confirmación toda belleza.

EL DUQUE. -Somos, oh Rey mío, un pueblo mercantil. Cuantos ricos productos hay en todos los climas, se ofrecen a nuestra vista y para nuestros goces en el mercado de Brujas; pero la belleza de la mujer es lo más precioso.

INÉS. -Su fidelidad vale más aún, y, sin embargo, no se expone en el mercado.

CARLOS. -Tenéis, oh primo, la reputación y mala fama de que despreciáis la virtud superior de la mujer.

EL DUQUE. -Esa blasfemia encontraría en el pecado la penitencia. Afortunado habéis sido, oh Rey mío, porque vuestro corazón descubrió al principio lo que mi vida desordenada me ha enseñado tarde. (Repara en el Arzobispo, y le da la mano.) ¡Reverendo Arzobispo, dadme vuestra bendición! Siempre bolláis la verdadera senda, y, para hallaros, hay que seguirla sin remedio.

EL ARZOBISPO. -Llámeme a sí mi Maestro cuando le plazca, mi corazón está satisfecho, y puedo morir en paz, porque mis ojos han visto este día.

EL DUQUE. (Á Inés.) -¿No dicen que os habéis despojado de vuestras joyas, para forjar con su precio armas contra mí? ¿Cómo? ¿Tan belicosos son vuestros pensamientos? ¿Tanto era vuestro empeño en perderme? Pero pasó ya nuestra enemistad, y se ha recuperado cuanto se había perdido. Lo mismo acontece a vuestras joyas, y, ya que citaban destinadas a hacerme la guerra, recibidlas de mi mano como prenda de paz. (Toma de uno de su séquito una cajita de joyas, y se la presenta abierta. Inés mira al Rey confusa)

CARLOS. -Acepta ese obsequio; me es doblemente caro, como signo de reconciliación y de afecto.

EL DUQUE. (Poniendo en los cabellos de Inés una rosa de brillantes.) -¿Por qué no había de ser la

corona de Francia? Con la misma afición la colocaría en esta bella cabeza. (Cogiendo las manos con afecto.) Y... contad conmigo, si alguna vez tenéis necesidad de un amigo. (Inés, llorando, se aparta a un lado; el Rey parece profundamente conmovido, y todos los circunstantes contemplan a los Príncipes con ternura. El Duque, después de observar a todos, se precipita en los brazos del Rey.) ¡Oh, Rey mío! (Al mismo tiempo los tres caballeros borgoñones abrazan a Dunois, La Hire y al Arzobispo. Ambos príncipes, callados, quedan en esta posición algunos momentos.) ¿Y pude odiaros?, ¿Y pude negaros mi homenaje?

CARLOS. -¡Basta, basta! ¡No más!

EL DUQUE. -¿Y pude dar la corona a esos ingleses? ¿Jurar fidelidad a ese extranjero? ¿Poner á mi Soberano al borde del abismo?

CARLOS. -¡Olvidadlo! ¡Todo lo perdono! ¡Bórralo todo, oste instante! Fue culpa del destino, de algún astro maléfico...

EL DUQUE. (Cogiendo su mano.) -Repararé el agravio; creedme, no es otro mi deseo. Todos vuestros sufrimientos serán compensados, y todo vuestro reino volverá a poder vuestro... sin exceptuar la aldea más insignificante.

-CARLOS. -Ya estarnos unidos, y a nadie tema.

EL DUQUE. -Os aseguro que no llevaba con alegría mis armas contra vos. ¡Oh! Si Supieseis... ¿Por qué no me la habéis enviado? (Señalando a Inés.) Yo, no hubiese podido resistir, sus lágrimas...

Ahora ningún poder, infernal logrará separarnos, puesto que nuestros pechos están juntos. Este es ahora mi verdadero lugar, y mi extravío termina en vuestros brazos.

EL ARZOBISPO. (Interponiéndose entre ellos.) -Sois amigos, Príncipes. Francia, como el ave Fénix rejuvenecida, saldrá radiante de sus cenizas. Lo porvenir nos sonríe. Sanarán las profundas llagas que la afligen. Las villas devastadas, las ciudades se levantarán de sus ruinas, y se cubrirán los campos de nueva verdura... Pero las víctimas de vuestras discordias, los muertos, no resucitarán; mis lágrimas, que vuestras luchas han hecho correr, derramadas quedarán. La generación nueva florecerá, pero, la pasada fue presa de la desdicha, y la felicidad de los nietos no despertará a sus abuelos. ¡He aquí los frutos de vuestra contienda fratricida! ¡Que os sirvan de lección! Temed a la Deidad de la guerra, antes de desenvainar la espada. El poderoso puede desencadenar la guerra, pero no es ésta dócil, como el balcón, que, desde los aires, torna al puño del cazador, sino que ese Dios indómito no hace caso alguno de la voz humana. La mano de vuestro salvador no saldrá otra vez de su nube, en un momento dado, como hoy.

EL DUQUE. -¡Oh, señor! A vuestro lado hay un ángel... ¿En dónde está? ¿Por qué no la veo aquí?

CARLOS. -¿En dónde está Juana? ¿Por qué no presencia, con nosotros, este acto tan deseado y grato, obra suya?

EL ARZOBISPO. -Esa santa Doncella, oh señor, no ama el descanso de una corte ociosa; y si la orden de Dios no la llama a la luz del mundo, esquivada, llena de rubor, las vanas miradas del vulgo. Seguramente está ocupada en cosas divinas, si Francia y su bienestar no embargan su atención, porque la gracia sobrenatural es siempre su compañera inseparable.

ESCENA IV

Los mismos, y JUANA, armada, pero sin casco y con una corona en los cabellos.

EL REY. -¿Vienes, oh Juana, vestida de sacerdotisa, para consagrar la alianza, que tú misma has formado?

EL DUQUE. - ¡Cuán terrible es esta doncella en las batallas y en la paz cuan inefable su gracia!.. ¿No he cumplido mi palabra, Juana? ¿Estás satisfecha, y merezco tu aprobación?

JUANA. -Tú mismo te has hecho el mayor bien. Alúmbrate ahora luz bendita, cuando antes tu aspecto era sombrío y sanguinario, como luna espantosa, que se destacaba del Cielo. (Mirando alrededor.) Muchos nobles caballeros hay aquí reunidos, y todos ostentan rostros placenteros. Sólo he encontrado uno triste, que ha de ocultarse, cuando los demás se regocijan.

EL DUQUE. -¿Y quién se encuentra abrumado de tan pesada culpa, que desespera de nuestra clemencia?

JUANA. -¿Puede acercarse? ¡Oh! ¡Decid que sí! ¡Que sea completa tu obra! No hay verdadera reconciliación, mientras el ánimo no está libre de todo odio. Una gota amarga que quede en la copa del placer, emponzoña el néctar que la llena... No hay crimen por grave que sea, que el Duque de Borgoña no pueda perdonar hoy.

EL DUQUE. -¡Ah! Ya te comprendo

JUANA. -¿Y perdonarás? ¿Quieres perdonar, oh Duque?.. ¡Adelantaos Duchatel! (Abre la puerta, é introduce a Duchatel, que se queda lejos) El Duque se reconcilia con todos sus enemigos, y también con vos. (Duchatel se acerca algo al Duque, e intenta leer en sus ojos.)

EL DUQUE. -¿Qué haces conmigo, Juana? ¿Sabes acaso lo que pretendes?

JUANA. -Un señor bondadoso abre sus puertas a todos los huéspedes, y no excluye a ninguno. Tan holgadamente como al mundo el firmamento, ha de envolver la clemencia al amigo y al enemigo. El sol envía por igual sus rayos á todos los puntos del espacio infinito, y el cielo baña con su rocío a todas las plantas sedientas. Todo lo bueno, todo lo que viene de arriba, es general é ilimitado, y la oscuridad, sólo en los repliegues se encuentra.

EL DUQUE. -Puede amonestarme como lo plazca, porque mi corazón es de cera en sus ma-

nos... ¡Abrazadme, Duchatel! ¡Yo os perdono! No te irrites, espíritu de mi padre, si estrecho amigablemente la mano que te dio la muerte; y vosotras, deidades infernales, no me reconvengáis si quebranto mi terrible juramento de venganza. Entre vosotras, allí abajo, en la noche eterna, no late ya el corazón; todo es eterno, firme é inmutable... pero aquí, bajo la luz del sol, muy de otra manera. El hombre, que vive y siente, es ligero juguete de las circunstancias del momento.

CARLOS. (A Juana.) -¡Cuánto no he de agradecer, oh noble doncella! ¡Cuán generosamente no has cumplido todas tus palabras! ¡Con qué rapidez no se ha trocado mi fortuna! Tú me has reconciliado con mis amigos, has sumido en el polvo a mis enemigos, y librado a mis ciudades del yugo extranjero... Tú sola has hecho todo esto... DI, ¿Cómo podré recompensarte?

JUANA. -Sé, oh señor, humano siempre en la próspera fortuna, como en la adversa lo fuiste... y en la cúspide de tu grandeza no olvides lo que vale tan amigo en la necesidad, porque su humillación, te lo ha probado. No rehúses la clemencia ni la justicia al más ínfimo de tus súbditos, porque Dios te ha enviado una pastora para salvarte... Tú reunirás a todo Francia bajo tu cetro, y serás abuelo y tronco de grandes Reyes, que te sucederán, y brillarán más que tus predecesores, y tu linaje florecerá mientras conserve el amor de su pueblo. Solo el orgullo puede precipitarlo. De estas humildes cabañas, de donde

ha salido tu salvador ahora, saldrá también la misteriosa ruina de tus culpables descendientes.

EL DUQUE. -¡Doncella inspirada por el soplo divino! si tus miradas penetran en lo porvenir, háblame también de al progenie. ¿Será tan vasto su poderío, como lo indican sus principios?

JUANA. -Tú, Duque de Borgoña, has colocado tu asiento a la altura del trono, y tu corazón ambicioso aspira á elevarlo más, y a llegar hasta las nubes... Pero la mano de Dios te detendrá pronto en su camino. No temas, sin embargo, la caída de tu familia. Brillará, en la persona de una doncella, y brotarán de su seno monarcas poderosos, pastores de pueblos. Se sentarán en dos grandes tronos y dictarán leyes al mundo conocido; y a otro nuevo, que la Providencia tiene oculto más allá de mares nunca navegados.

CARLOS. -Di, ya que, el espíritu divino te ilumina: esta alianza de amistad, que ahora contraemos nosotros, ¿unirá también a nuestros nietos?

JUANA. (Después de un momento de silencio.) -¡Temed la discordia, reyes y potentados! No la despertéis en la caverna, en donde duerme, porque entonces es difícil frenarla. Férreo linaje es su obra, y una tea incendia a la otra... No intentéis saber más. Regocijaos de lo presente, y dejadme que os oculto lo futuro.

INÉS. Tú, santa doncella, escudriña mi corazón, y cerciérate de si aspira o no a mayor grandeza. Dame también un oráculo lisonjero.

JUANA. -El espíritu divino muéstrame no más que importantes sucesos. Tu destino está encerrado en tu propio pecho.

DUNOIS. -¿Pero cuál será la suerte, doncella egregia, amada de Dios? Sin duda será para ti la flor terrestre más bella, ya que eres tan preciosa y tan santa.

JUANA. -La felicidad sólo existe, allá arriba, en el seno del Padre Eterno.

CARLOS. -Sea tu fortuna en adelante cuidado sólo de tu Rey. Quiero que tu nombre sea ilustre en toda Francia, y que lo bendigan las más remotas naciones... y ahora mismo voy a hacerlo... ¡arrodiílate! (Saca su espada, y le toca con ella.) ¡Levántate! ¡Eres noble! Yo, tu Rey, sacudo el polvo de tu humildes nacimiento... ¡Qué sean también nobles tus antepasados, que descansan en la tumba! Llevarás flores de lis en tus armas, y serás igual a la primera nobleza de Francia; que sólo la sangre real de los Valois sea más preclara que la tuya. El más grande entre mis grandes, se honrará tomando tu mano, y yo me encargo de unirte a noble esposo.

DUNOIS. (Adelantándose.) -La eligió mi corazón cuando era plebeya, y el nuevo honor que posee, ni realza su mérito, ni aumenta mi amor. Aquí, en presencia de mi Soberano, y de este venerable Arzobispo, te ofrezco mi mano como a la princesa mi esposa, si me estima digna de su mérito.

CARLOS. -¡Doncella irresistible! ¡Añades milagros a milagros! Sí; ahora creo que nada hay para ti

imposible. Has rendido este corazón indomable, que se había burlado siempre de la omnipotencia del amor.

LA HIRE. (Adelantándose a su vez.) -La prenda más estimable de Juana, porque la conozco bien es su modestia. Merece los más preciados honores, pero jamás pondrá tan alta su ambición. No la seducen las grandezas de la tierra hasta cegarla. Bástale una sincera inclinación, un alma honrada, y la tranquila suerte que le ofrezco con mi mano.

CARLOS. -¿Tú también, La Hire? Dos famosos rivales, iguales en valor heroico y en gloria bélica... ¿Quieres tú, que me has reconciliado con mis enemigos, que has unido a mis súbditos, sembrar la discordia entre mis amigos y yo? Sólo uno ha de ser su esposo, y los dos valen lo mismo para mí. Habla tú, pues, y que tu elección decida.

INÉS. (Aproximándose.) -Observo la sorpresa de esa noble doncella, y el rubor que tiñe sus tímidas mejillas. Désele tiempo para consultar con su corazón, confiar su acuerdo a alguna amiga, y romper el sello de su bien cerrado pecho. Esta es la ocasión propicia, en que yo he de acercarme como una hermana a esta doncella austera, y ofrecerle el servicio de mi afecto, de mi lealtad y de mi reserva... Que como a mujeres, se nos dejen examinar este proyecto mujeril, y que esperen nuestra resolución.

CARLOS. (Haciendo ademán de irse.) -¡Sea así!

JUANA. No, señor; el rubor de mis mejillas es efecto de ni confusión, no de mi tímido pudor. Na-

da tengo que confiar a esta noble señora, de que haya de avergonzarme ante los hombres. Mucho, me honra la elección de tan egregios caballeros; pero no abandonó yo mis pastos de ovejas para granjear mundanalmente vanidades terrenales, ni para que la corona del himeneo adornase mis cabellos revestí mi cuerpo de férreas armas. He sido llamada a empresa, bien opuesta, y sólo puede realizarla una doncella pura. ¡Yo soy la guerrera de Dios Todopoderoso, no la esposa de ningún hombre!

EL ARZOBISPO. -La mujer ha nacido para ser la compañera amada del hombre... y, cuando obedece a la naturaleza, sirve meritoriamente al cielo. Ya que tú has cumplido las órdenes divinas, que te enviaban a la guerra, puedes deponer las armas, y ser de nuevo del sexo más dulce, del cual has renegado, y que no ha nacido para el sangriento trabajo de la milicia.

JUANA. -Aun no puedo decir, venerable Prelado, lo que me mandará hacer el Espíritu; pero cuando llegue ese momento, su voz será escuchada, y yo la obedeceré. Ahora me manda cumplir mi obra. Las sienes de mi Soberano, no han recibido aún la corona, y el santo óleo no ha ungido tampoco su cabeza, ni mi Señor se llama Rey todavía.

CARLOS. -Nos proponemos ahora encaminarnos a Reims.

JUANA. -No estemos ociosos, porque nuestros enemigos, que nos rodean, se ocupan en cerrarnos

el camino. Pero; yo os llevaré allá, atravesando por medio de todos.

DUNOIS. -Cuando todo se haya hecho; cuando hayamos entrado en Reims victoriosos, ¿consentirá la entonces, santa doncella..?

JUANA. -Si el cielo permite que yo salga triunfante de esta mortal contienda, entonces estará terminada mi obra.. y la pastora cada tiene que hacer en la corte del Rey.

CARLOS. (Cogiendo su mano.)--Anímate ahora la voz del espíritu, y el amor calla en los pechos llenos del poder divino; pero no enmudecerá siempre, ¡creedme! Descansarán las armas, y la victoria traerá a la paz de la mano; la alegría reinará también en todos los ánimos, y más dulces afectos en todos los corazones... También surgirán en el tuyo, y derramarás dulces lágrimas de amor, que no han vertido nunca tus ojos... y ese corazón, dominado sólo ahora por el poder de Dios, se consagrará a amar á seres terrestres... Has hecho dichosos a millares de hombres, y acabarás haciendo feliz a uno solo.

JUANA. -¿Estás ya cansado, oh Delfín, del favor del cielo, para romper así su vaso de elección, y rebajar hasta el polvo vil a la doncella pura que Dios te ha enviado? ¡Cuán ciegos estáis! ¡Cuán tibia es vuestra fe! La gloria celestial os alumbrá, y descubre a vuestros ojos sus portentos, y solo veis en mí una mujer cualquiera. ¿Es posible que una mujer se revista de acero, y alterne en las batallas con los hombres? ¡Ay de mí, si llevando en mi mano la espada

certera de Dios, fomento vanas pasiones, y amo a criaturas terrestres! ¡Valiérame más no haber nacido! No habléis, pues, palabra alguna sobre esto, os digo, si no queréis que se rebele el espíritu que me anima. Las miradas de los hombres, que se fijan en mí con afición mundana, son merecedoras de mí censura, y me profanan y horrorizan.

CARLOS. -¡No hablemos más de esto! Es inútil que intentemos conmoverla.

JUANA. -Mandad que toquen la trompeta guerrera. Me fatiga y me aflige esta tregua, y es menester que abandone estos ocios, y prosiga mi fin, y termina mi obra, ya que dan imperioso y exigente es mi destino.

ESCENA V

Los mismos, y UN CABALLERO, que llega apresuradamente.

CARLOS. ¿Qué hay?

EL CABALLERO. -El enemigo ha llegado al Marne y dispone sus tropas para el combate.

JUANA. (Inspirada.) -¡A la batalla! ¡A la lid! Ya está mi alma libre de sus ataduras. ¡Armaos mientras yo ordeno los batallones! (Vase corriendo.)

CARLOS. -¡Seguidla, La Hire!.. ¿Se proponen que peleemos por la corona, hasta en las puertas de Reims?

DUNOIS. -No es verdadero valor lo que los mueve; es el último esfuerzo de una rabia impotente.

CARLOS. Nada os digo, Duque de Borgoña. Hoy es el día que ha de hacer buenos otros muchos malas.

EL DUQUE. -Quedaréis contento de mí.

CARLOS. -Os precederé en la senda de la gloria, y ante la ciudad de la coronación combatirá por mi corona... ¡Inés mía! Tu caballero se despide.

INÉS. (Abrazándolo.) No lloro, ni tiemblo por ú. Mi fe descansa tranquila en el cielo. Tantas señales de su favor no serán vanas al fin. Mi corazón me dice que en breve abrazaré a mi señor en Reims, después que consiga la victoria. (Las trompetas sueñan, animando al combate, y, mientras muda la escena, excitan más a la batalla. Los instrumentos de la orquesta las acompañan.)

ESCENA VI

Múdase la escena en un lugar abierto, rodeado de árboles. Toca la música, y los soldados atraviesan con rapidez por el fondo.

TALBOT, apoyado en FALSTOLF, y acompañado de SOLDADOS. Poco después llega
LIONEL.

TALBOT. -Dejadme bajo estos árboles, y volved a la pelea. No necesito a nadie para morir.

FALSTOLIF. -¡Oh día funesto y lamentable! (Llega Lionel), ¡Qué espectáculo venís a presenciar, oh Lionel! Aquí yace el General, herido mortalmente.

LIONEL. -¡No lo permita Dios! ¡Levantaos, noble lord! No es este el momento de dejarse abatir por la fatiga. No cedáis a la muerte; que nuestra enérgica voluntad obligue a la naturaleza a vivir.

TALBOT. -¡Es en vano! Vino el día fatal que ha de derribar en Francia nuestro trono. Inútilmente, en desesperada lucha, he aventurado el último recurso para evitarlo. Herido por el rayo, yazgo aquí para no levantarme más... ¡Reims se ha perdido! ¡Corred a salvar a París!

LIONEL. -París ha tratado ya con el Delfín. Ahora mismo ha traído un correo la noticia.

TALBOT. (Rompiendo sus vendajes) -¡Corred entonces, venas de mi sangre! La luz del sol me es ya intolerable.

LIONEL. -¡No puedo quedarme aquí!.. Llevad al General a un sitio más seguro, Falstolf No podemos defender más tiempo este puesto. Los nuestros huyen en todas direcciones, porque la Doncella los acorralla por todas partes...

TALBOT. -¡Tú vences, oh locura, y yo he de morir! Ni aun los Dioses podrían vencer con la estupidez. Sublime razón, hija esclarecida de la Divinidad, sabia creadora del mundo entero, guía de los astros, ¿quién eres tú, si, atada al corcel fogoso de la superstición, y dando gritos de impotencia, eres

arrastrada, con hombres ebrios al abismo, claro para ti, de tu perdición? ¡Maldito sea quien en su vida, rinde culto a lo grande y a lo digno, y traza con madurez planos sensatos! En el orbe impera el rey de la locura...

LIONEL. -¡Milord! Sólo viviréis algunos instantes... pensad en vuestro Creador...

TALBOT. -Si sucumbiéramos como valientes, vencidos por otros valientes, podríamos consolar nos con la suerte común, siempre varia é inconstante... ¡Pero morir por obra de tan grosera farsa! Mi vida anterior, laboriosa y formal, ¿no merecía fin más noble?

LIONEL. (Presentándole la mano.)-¡Adiós, milord! El tributo debido de mis lágrimas, lo recibiréis cumplidamente, después de la batalla, si quedo vivo. Ahora me llama el destino a la pelea, porque allí juzga. ¡Hasta que nos veamos de nuevo en el otro mundo! ¡Breve es la despedida para amistad tan larga! (vase.)

TALBOT. -Pronto se acabará todo para mí; y a la tierra y al sol perdurable devolveré los átomos, que en mí se juntaron para experimentar el placer y el dolor. De eso poderoso Talbot, que llenó al orbe con su gloria militar, sólo quedará un puñado de polvo... Tal es el fin del hombre... y la única ventaja, que logramos de la lucha de la vida, es la evidencia de nuestra nada, y el profundo desprecio de cuanto estimamos sublime y digno de envidia.

ESCENA VII

Los mismos; CARLOS, EL DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, DUCHATEL y soldados que llegan.

EL DUQUE. -¡La trinchera se tomó!

DUNOIS. -¡La jornada es nuestra!

CARLOS. (Reparando en Talbot.) -Andad y averigüad quién es ése, que allí se despide mal su grado y amargamente, de la luz del sol. Su armadura indica que no es un cualquiera. Id, y asistidle, si es tiempo todavía. (Obedécenlo algunos soldados de su séquito.)

FALSTOLF. -¡Atrás! ¡No os acerquéis! Respetad a un muerto, a quien en vida no hubieseis deseado encontrar.

EL DUQUE. -¿Qué veo? ¡Talbot bañado en su sangre! (Aproximase a él; Talbot lo mira fijamente, y espira.)

FALSTOLF. -¡Alejaos, Duque! Que la presencia de un traidor no manche el último momento de un héroe.

DUNOIS. -¡Terrible, indomable, Talbot! Te contentas con tan pequeño espacio, y la vasta extensión de Francia no satisfacía a tu ambición gigantesca... Ahora, al fin, señor, los saludo como a Rey, porque mientras el alma animó a este cuerpo, vacilaba la corona en vuestra cabeza.

CARLOS. (Contemplando en silencio al muerto algunos instantes.) No nosotros, sino más alto poder lo ha vencido. Yace sobre la tierra de Francia, como el héroe sobre su escudo, al que no ha querido abandonar. ¡Lleváoslo de aquí! (Los soldados se llevan el cadáver.) ¡Haya paz para sus restos, y que los guarde honroso sepulcro! Que sus huesos descansen en Francia, en donde terminó su heroica carrera. Ningún acero enemigo fue tan lejos como el suyo, y sírvale de epitafio el sitio en que se le encuentra.

FALSTOLF. (Entregando su espada.) -¡Señor, soy vuestro prisionero!

CARLOS. (Devolviéndole la espada.) -¡No lo consiento! La guerra, aunque cruel rinde homenaje a la piedad, y acompañaréis libremente a su tumba a vuestro General. Apresuraos, Duchatel... Mi Inés tiembla... Desvaneced su inquietud por nosotros... Llevadle la nueva de que vivimos, de que vencimos, y de que entraremos triunfantes un Reims. (Vase Duchatel.)

ESCENA VIII

Los mismos y LA HIRE.

DUNOIS. -¿En dónde está Juana, La Hire?

LA HIRE. -¿Cómo? Os pregunto lo mismo. La dejé peleando a vuestro lado.

DUNOIS. -Creía que la protegía vuestro brazo, cuando corrí a juntarme con el Rey.

EL DUQUE. -En lo más espeso de los batallones enemigos vi yo flotar ha poco su bandera blanca.-

DUNOIS. -¡Ay de nosotros! ¿En dónde está? Nada bueno presumo. ¡Vamos, vamos a libertarla!... Temo que su valor temerario no la haya llevado demasiado lejos, que luche sola, cercada de enemigos, y que haya de sucumbir sin socorro contra tantos combatientes.

CARLOS. -¡Daos prisa a salvarla!

LA HIRE. -Yo os sigo. ¡Venid!

EL DUQUE. -¡Vamos todos! (Vanse precipitadamente.)

ESCENA IX

La escena representa un paisaje solitario del campo de batalla. A lejos se divisan las torres de Reims, iluminadas por el sol.

UN CABALLERO, todo armado de negro, y con la visera baja. JUANA lo sigue por la parte anterior del teatro, en donde él se detiene, y la espera.

JUANA.- ¡Pérfido! Ahora comprendo tu, astucia. Con tu huida engañosa me has atraído lejos del campo de batalla, librando a muchos ingleses de su

perdición y de su muerte. Pero la tuya, sin embargo, está próxima.

EL CABALLERO NEGRO. -¿Por qué me persigues así tan tenazmente? Mi destino no es morir a tus manos.

JUANA. -Odioso hasta el extremo eres para mí, como el color de la noche, que llevas. Deseo irresistible de privarte de la luz del día siento en mi interior. ¿Quién eres? Levanta tu visera... Si yo no hubiese visto caer en la batalla al valiente Talbot, diría que tú lo eres.

EL CABALLERO NEGRO. -¿Está muda en ti la voz del espíritu profético?

JUANA. -He dicho, en lo más hondo del pecho, que mi desdicha ha de ser obra tuya.

EL CABALLERO NEGRO. -¡Juana de Arco! Has llegado hasta las puertas de Reims en alas de la victoria. Bástete la gloria ganada. Deja libre a la fortuna, que te ha servido como esclava, antes que te abandone colérica, porque detesta la fidelidad, y nunca es constante hasta el fin.

JUANA. -¿Te atreves a decir que me detenga en medio de mi carrera, y renuncie a mi obra? La terminaré, y cumpliré mi voto.

EL CABALLERO NEGRO. -Nada puede resistirte, por la fuerza, y vences siempre en las batallas... Pero no peles más. ¡Sigue mi consejo!

JUANA. -Mis manos no soltarán su espada hasta que sucumba la orgullosa Inglaterra.

EL CABALLERO NEGRO. -¡Mira allí! Ve a Reims con sus torres, objeto y fin de tu empresa... Ves brillar la cúpula de su elevada catedral, y en ella entrarás en triunfo, para coronar a tu Rey y llenar tu misión.. Pero no entres, vuélvete, ¡Obedéceme!

JUANA. -¿Quién eres tú, ser falso y de lengua astuta que intentas asustarme y confundirme? ¿Cómo te atreves a pronunciar ante mí un oráculo falaz y traidor? (El Caballero negro hace ademán de retirarse, pero ella lo detiene.) ¡No, o me contestas, o te mato! (Quiere pelear con él.)

EL CABALLERO NEGRO. (La toca con su mano, y ella se queda la móvil.) -¡Mata a lo que es mortal! (Las tinieblas lo invaden todo, relámpagos y truenos; el Caballero desaparece.)

JUANA. (Al principio sorprendida, y reanimándose enseguida.) -No era un ser vivo... sino imagen engañosa del infierno un espíritu rebelde escapado del fuego eterno para perturbar mi corazón. ¿A qué temeré yo con la espada de Dios? Acabaré triunfante mi carrera, y aunque el mismo Averno me ataque, ni se debilitará mi valor, ni vacilaré. (Hace ademán de irse.)

ESCENA X

JUANA y LIONEL.

LIONEL. -¡Mujer maldita, apréstate a la pelea!... Uno de los dos ha de quedar aquí muerto. Has he-

cho sucumbir a mis más valerosos conciudadanos, y el noble Talbol ha espirado en mis brazos... O vengo a ese bravo, ó comporto su suerte. Y para que sepas quién te disputa tu gloria, muera o triunfe... yo soy Lionel, el último de los capitanes de nuestro ejército, pero cuyo brazo no ha sido vencido. (La ataca, y a poco ella hace saltar su espada.) ¡Infame suerte! (Lucha con ella.)

JUANA. (Que coge por detrás su yelmo, y se lo arranca con violencia, dejando su rostro al descubierto. Al mismo tiempo levanta su espada con la mano derecha.) -¡Sufre el castigo que buscas! ¡La Santa Virgen te inmola por mi mano! (Míralo en este momento se conmueve, queda inmóvil, y deja caer el brazo lentamente.)

LIONEL. -¿Por qué dudas, y no me matas? ¡Arráncame la vida; llévate esa gloria; estoy a tu merced, y no quiero perdón! (Ella le hace señal con la mano de que se aleje.) ¿Huir yo? ¿Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA. (Volviendo el rostro.) -¡Sálvate! No quiero saber que tu vida depende de mi voluntad.

LIONEL. -Te detesto, y a tu generosidad... No quiero que me perdones... Mata a tu enemigo, que te aborrece, y que quisiera matarte.

JUANA. -¡Mátame... y huye!

LIONEL. -¡Ah! ¿Qué es esto?

JUANA. (Ocultándose el rostro.) -¡Ay de mí!

LIONEL. (Acercándose a ella.) -Tú matas, según dicen A todos los ingleses, a quienes vences peleando... ¿Por qué me perdonas a mí solo?

JUANA. (Que levanta la espada con un movimiento rápido; pero, la deja caer al mirarlo.) -¡Virgen Santa!

LIONEL.-¿Por qué invocas á. la Santa Virgen? No se cuida de ti, ni el cielo tampoco.

JUANA. (con la mayor angustia.) -¿Qué he hecho? ¿He quebrantado mi voto? (Se retuerce desesperada las manos.)

LIONEL. (Contemplándola con Interés, y aproximándose.) -¡Doncella desventurada! Yo te compadezco. Tú me conmueves; has sido generosa sólo conmigo, conozco que mi odio de desvanece, y que me inspiras interés... ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

JUANA. -¡Vete! ¡Huye!

LIONEL. -Tu juventud y tu belleza me afligen. Tu mirada me llega hasta el corazón. De buen grado te salvara... Dime cómo lograrlo. ¡Ven, ven! Renuncia a ese deber horrible ¡Arroja lejos de ti esas armas!

JUANA. -Soy indigna de llevarlas.

LIONEL. -Abandónalas pronto y sígueme.

JUANA. -(Con horror.) -¡Seguirte yo!

LIONEL. -Puedes salvarte. ¡Sígueme! Quiero salvarte, pero no vaciles.. Siento por ti lástima indecible y deseo vehemente de servirle. (Coge su brazo.)

JUANA.-¡El Bastardo se acerca! ¡Ellos son! ¡Me buscan! Si te encuentran...

LIONEL. -¡Yo te protejo!

JUANA. -Moriré, si caes en sus manos.

LIONEL.-¿Me amas?

JUANA. -¡Santos del cielo!

LIONEL. -¿Te volveré a ver? ¿Sabré de ti?

JUANA. -¡Nunca! ¡Jamás!

LIONEL. -¡Qué esta espada responda que he de verte otra vez! (Le arrebató su espada.)

JUANA. -¡Insensato! ¿Cómo te atreves..?

LIONEL. -Cedo ahora a la fuerza; pero te veré después, (Vase.)

ESCENA XI

JUANA, DUNOIS y LA HIRE

-LA HIRE. -¡Vive! ¡Aquí está!

DUNOIS. -¡Nada temas, Juana! Tus amigos más poderosos están a tu lado.

LA HIRE. -¿No es Lionel el que huye?

DUNOIS. -¡Déjalo huir! Juana, la buena causa triunfa. Reims abre sus puertas, y todo el pueblo, aclamándolo, sale al encuentro del Rey.

LA HIRE. -¿Qué ha sucedido a la Doncella? Pálidece y vacila. (Juana aparece próxima a desmayarse.)

DUNOIS. -Está herida... ¡quítala la coraza!... Es en el brazo, y parece ligera la herida.

LA HIRE. -¡La sangre corre!

JUANA. -¡Dejadla correr con mi vida! (Cae desmayada en los brazos de La Hire.)

ACTO IV

Salón suntuoso y adornado.

Las columnas están rodeadas de guirnaldas,
Óyense, detrás de la escena flautas y clarinetes.

ESCENA PRIMERA

JUANA.

JUANA. -Descansan las armas, y no se oye ya el estrépito de la guerra; a las batallas sangrientas suceden el canto y el baile. En todas las calles suenan músicas alegres, y los altares y las iglesias se ostentan engalanados. Verdes ramas adornan las puertas, y guirnaldas cercan a las columnas. La gran ciudad de Reims apenas puede hospedar tantos curiosos como llegan para asistir a las fiestas populares.

Igual y exaltada alegría inunda todos los corazones, y una misma idea Rota en todos los entendimientos, y quienes ha poco se odiaban mortalmente, comparten ahora la dicha general. Quien sea francés, estará hoy más orgulloso de serlo, porque se

renueva el brillo de la antigua corona, y porque Francia rinde homenaje al hijo de sus Reyes.

Yo, sin embargo, que he llevado a cabo esa empresa, ni me siento conmovida, ni participo de tan universal júbilo. Mi corazón está trocado y distraído, y huye de esta fiesta, para volar al campamento de los ingleses. Mis miradas, vagan por donde están mis enemigos, y he de evitar este alegre concurso de gentes, para ocultar la grave culpa que me atormenta.

¿Quién? ¿Yo? ¿Yo llevo en mi pecho puro la imagen de un hombre? Este corazón, lleno de gloria celestial, ¿ha de latir a impulsos de un amor terrestre? ¿Yo, la salvadora de mi patria, la guerrera de Dios Omnipotente, abrasarme por un enemigo de mi patria? ¿Me atrevo a decirlo a la faz del sol, y no morirme de vergüenza? (La música, detrás de la escena, hace oír una melodía dulce y seductora.) ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Qué sonidos! ¡Cómo me deleitan! ¡Cada uno de ellos me recuerda su voz como por encanto, y me retrata su rostro! ¡Que yo no escuchase el fragor de la batalla y el choque de las lanzas, para que el ardor de la pelea encendiese mi ánimo! De nuevo me dominaría mi coraje.

Estas voces, estos ruidos embargan mi mente. Todas mis fuerzas se desvanecen ante lánguidos deseos, y se truecan en lágrimas melancólicas. (Con más animación, después de una pausa) ¿Debía matarlo? ¿Podía, después de haberlo visto? ¡Matarlo! Antes me hubiese atravesado yo misma. ¿Y soy cul-

pable, porque soy flaca? La compasión ¿es pecado?... ¡Compasión! ¿Oíste su voz, y la de la humanidad, cuando inmolaba a tantos tu espada? ¿Por qué enmudeciste cuando el mancebo del país de Gales, tierno joven te pedía suplicante la vida? ¡Corazón engañoso! Mientes sin pudor, sin hacer caso de la eterna, luz, y no es la voz de la piedad la que te inspira

¿Por qué he mirado yo sus ojos? ¿Por qué he contemplado las facciones de su noble rostro? ¡Con esa mirada comenzó tu crimen, desdichada! Dios exigía que yo fuese un ciego instrumento, y bahía de serlo con los ojos cerrados. En cuanto los abriste, te abandonó la protección divina, y te estrecharon las serpientes del Averno. (Las flautas suenan de nuevo, y se deja dominar de su tierna melancolía.) ¡Cayado querido! ¡Oh! ¡Nunca debiera trocarte por la espada! ¡Jamás debí yo haber escuchado las armonías de la sagrada encina! ¡Ojalá que nunca me hubieras aparecido, celestial Reina del cielo! ¡Toma tu corona, tómala; yo no puedo merecerla!

¡Ah! Yo he visto el cielo abierto; yo he visto el rostro de los bienaventurados; y, sin embargo, mi esperanza es terrenal, y ya no se dirige al cielo! ¡Ojalá que no me confiaras esta misión terrible, porque yo no podía endurecer mi corazón, cuando Dios mismo lo hizo sensible!

¡Si quieres manifestar tu poder, elige a quienes, exentos de pecados, habitan en tu mansión eterna; envía tus ángeles puros é inmortales, que no sienten

ni lloran! No elijas una flaca doncella, no el alma frágil de una pastora.

¿Qué me importaba la suerte de las batallas ni las contiendas de los Reyes? Inocente apacentaba yo mis corderos en los tranquilos collados de la montaña; pero me arrastraste a los torbellinos de la vida y a los suntuosos salones de los Príncipes, para hacerme culpable. ¡Ay de mí! Yo no lo hubiera elegido.

ESCENA II

JUANA e INÉS SOREL

INÉS. (Que entra muy conmovida; y al ver a Juana, corre y la abraza. De pronto se queda pensativa, la suelta, y se prosterna de rodillas ante ella.) ¡No; no así! ¡Aquí, en el polvo, ante ti!..

JUANA. (Queriendo levantarla.) -¡Levantaos! ¿Cómo, pues... ¿Olvidáis lo que sois, y lo que soy yo?

INÉS. ¡Déjame! La vehemencia de mi alegría me obliga a arrojarme a tus pies... Mi corazón, que rebosa de gratitud, ha de desahogarse ante Dios, y, siendo invisible, lo adoro en ti. Tú eres el ángel que ha llevado a Reims a mi señor, y que le has dado su corona. Lo que ni en sueños había imaginado, se realizó ya. La fiesta de la coronación se prepara; el Rey, revestido de todas sus galas ha reunido los pa-

res y grandes del reino, para que lleven las insignias reales: el pueblo acude en tropel a la catedral, y sueñan los cánticos, y tocan las campanas. ¡Oh! Yo no puedo sufrir tanta dicha. (Juana la levanta con dulzura; Inés se detiene un momento, y examina con atención a Juana.) Pero tú sigues siempre formal y grave, y puedes conceder la felicidad, y no compartirla. Tu corazón es frío; tú no participas de nuestros goces; has contemplado la gloria celestial, y no hay dicha terrestre que te conmueva. (Juana toma su mano con emoción, y la abandona enseguida.) ¡Oh! ¡Si tú fueras mujer, y pudieras sentir! Deja esa armadura; ya no hay guerra; confiesa que perteneces a un sexo más amable. Mi corazón cariñoso se aleja asustado de ti mientras te asemejas a la austera Pallas.

JUANA. -¿Qué exiges de mí?

INÉS. -¡Que te desarmes! ¡Despéjate de esa armadura! El amor teme acercarse a ese pecho, cubierto de hierro. ¡Oh! Sé mujer, y sabrás lo que es amor.

JUANA. -¡Desarmarme yo ahora! ¡Ahora! ¡A la muerte ofrecería yo ahora mi pecho en la batalla! Ahora no... ¡Ojalá que tuviese yo ahora siete armaduras para defenderme de vuestras fiestas y de mi misma!

INÉS. -Te ama el Conde Dunois. Su alma noble, sólo accesible a la gloria y a las virtudes heroicas, arde por ti en sagrada llama. ¡Oh! Es grato verse amada de tan gran héroe... más grato aún el amarlo.

(Juana se vuelve con disgusto.) ¡Tú lo odias!... ¡No, no; podrás acaso no amarlo... nunca aborrecerlo! Se odia solamente al que nos arrebató un ser querido; pero tú no quieres a nadie. Tu corazón está en paz... si pudiera sentir...

JUANA. -¡Compadecedme! ¡Deplorad mi suerte!

INÉS. -¿Qué puede faltar a tu dicha? Has cumplido tu palabra, y Francia está libre; has traído victorioso a tu Rey hasta la ciudad, en que se coronan los soberanos franceses, y ganado gloria inmarcesible. Te acata y vitorea un pueblo feliz; tus alabanzas salen de todos los labios a porfía; tú eres la reina de estas fiestas, y el mismo Rey, con su corona, no brilla más que tú.

JUANA. -¡Ojalá que pudiera esconderme en lo más profundo de la tierra!

INÉS. -¿Qué tienes? ¡Qué emoción tan singular! ¿Quién podrá ver tranquilo este día, si tú has de bajar tus ojos? ¡Yo he de ruborizarme; yo, tan pequeña junto a ti, que no puedo compararme contigo por tu firmeza heroica, por la elevación innegable! ¿He de confesarte yo misma mi flaqueza?... Ni la gloria de mi patria, ni el nuevo esplendor del trono, ni la alegría y las victorias del pueblo preocupan a mi débil corazón. Una sola idea lo llama por entero; sólo tiene espacio para ella; el adorado y aclamado por el pueblo, el bendecido por él, aquel en cuyo loor derrama flores, es mío, es mi amado.

JUANA. -¡Oh! ¡Tú eres feliz! Yo te declaro bienaventurada. Amas a quien todos aman. Te atreves

a abrir tu corazón, a expresar en voz alta tu entusiasmo, a manifestarla entre todos. Esta fiesta nacional lo es también de tu amor, y todos los pueblos infinitos, que se oprimen gozosos dentro de estas murallas comparten tus sentimientos y lo aprueban. Te vitorean, lo coronan de guirnaldas; tu placer es el de todos; quieres al que, llena á todos de júbilo, al sol, y, cuanto ves, brilla con los resplandores de tu amor.

INÉS. (Abrazándola) -¡Oh! ¡Tú me encantas; tú me comprendes perfectamente! No yo a ti; tú sabes lo que es amor, y lo que yo siento lo expresas tú enérgicamente perfecta. Mi corazón se despoja de su miedo y de su timidez, y, sale a tu encuentro lleno de confianza.

JUANA. (Arrancándose con violencia de sus brazos.) -¡Dejadme! ¡Alejaos de mí! No os manchéis con mi contacto. Sed feliz; andad, y yo envolveré en las más profundas tinieblas mi desventura, mi oprobio y mi horror...

INÉS. -No asustas y no te entiendo. Sin embargo, no te he entendido nunca. Tu carácter oscuro y profundo ha sido siempre un misterio inexplicable para mí. ¿Quién podría penetrar ahora en tu inocencia, y en los motivos que espantan a tu tierna pureza?

JUANA. ¡Tú eres la inocente; tú la pura! Si vieses mi interior, rechazarías aterrada a esta enemiga.

ESCENA III

Los mismos, y DUNOIS, DUCHATEL y LA HIRE, con el estandarte de JUANA.

DUNOIS. -¡Te buscan, Juana! Todo está preparado. El Rey nos envía, porque quiere que tú la precedas con la bandera sagrada. Irás en el séquito de los Príncipes, y la más inmediata al monarca, porque él no niega, y todos lo confiesan, que es sólo tuyo el honor de tan fausto día.

LA HIRE. -¡Aquí está la bandera! ¡Tómala, noble doncella! Los Príncipes esperan, y el pueblo está impaciente.

JUANA. -¡Precederlo yo! ¡Llevar yo la bandera!

DUNOIS. ¿Y quién mejor ha de llevarla? ¿Qué mano hay más pura para sostener tan sagrada insignia? La hiciste flotar en las batallas; llévala ahora como ornamento en esta solemnidad pacífica. (La Hire hace ademán de entregársela, y ella retrocede temblando.)

JUANA. -¡Dejadme, dejadme!

LA HIRE. -¿Qué tienes? ¿Te asustas de tu misma bandera?.. ¡Mírala! (La desarrolla.) Es la misma que llevaste victoriosa. La Reina del cielo está representada en ella, cerniéndose sobre un globo terrestre, como te lo habla prescrito antes.

JUANA. (Mirándola con terror.) -¡Ella es! ¡Así exactamente se me apareció! ¡Mirad cómo me con-

templa y arruga su ceño, y cuán coléricos se muestran sus ojos!

INÉS. -¡Oh! ¡Juana está fuera de sí! ¡Vuelve en ti! ¡Serénate! No es real lo que ves. Es una imitación terrestre de esa imagen pero ella misma está entre los coros de ángeles.

JUANA. -¿Vienes, Virgen temible, a castigará tu criatura? ¡Castígame, aniquíllame; toma tu rayo, y hazlo caer sobre mi cabeza culpable! ¡He faltado a mi voto, la he profanado, he sido perjura a tu santo nombre!

DUNOIS. -¡Ah de nosotros! ¿Qué es esto? ¡Qué funestas palabras!

LA HIRE. (Admirado, a Duchatel.)
-¿Comprendéis tan extraña emoción?

DUCHATTEL. -Ya lo veo, y ha largo tiempo que lo temía.

DUNOIS. -¿Cómo? ¿Qué decís?

DUCHATTEL. -No me atreva a expresar lo que pienso. ¡Ojalá que esto hubiera ya sucedido, y que el Rey estuviera coronado!

LA HIRE. -¿Qué decís? ¿Acaso el horror, que inspira esta bandera, cae de rechazo sobre ella? Los ingleses tiemblan ante este signo y todos los enemigos de Francia, y, sin embargo, infunde valor a los fieles ciudadanos franceses.

JUANA. -Sí; tienes razón. Es grato a los amigos y siembra el espanto en los enemigos. (Se oye la marcha de la coronación.)

DUNOIS. -¡Toma, pues, la bandera! ¡Tómala! Comienza la procesión, y no hay que perder un momento. (Presentan a Juana la bandera; ella la rehúsa; pero la lleva el fin, y los demás la siguen.)

ESCENA IV

La escena representa una plaza grande delante de la catedral. Los espectadores llenan el fondo del teatro, y entre ellos aparecen BERTRAND, CLAUDIO MARÍA y ESTEBAN, y detrás MARGARTA y LUISA. A lo lejos se oye la marcha de la coronación.

BERTRAND. -¡Oíd la música! ¡Son ellos! ¡Ya se acerca! ¿Qué será lo mejor? ¿Subimos a la plataforma, o penetramos entre la muchedumbre, para no perder nada del espectáculo?

ESTEBAN. -No se puede pasar. Las calles están llenas de gente, de caballos y de coches. Acerquémonos a esas casas, y desde ellas lo veremos todo cuando pasen.

CLAUDIO MARIA. -¿Es posible que se haya reunido aquí la mitad de Francia? Tanta es la concurrencia, que hasta nosotros hemos dejado el remoto país de la Lorena por presenciar esta fiesta.

BERTRAND. -¿Quién podrá quedarse tranquilo en un rincón, cuando tan portentosos sucesos ocurren en nuestro país? Bastante sangre y bastantes

sudores ha costado coronar al Rey legítimo. Menester es que nuestro Monarca verdadero, a quien damos ahora la corona, acompañamiento que el otro de París, coronado en San Dionisio. No es buen francés el que huya de aquí, y no grite: ¡Viva el Rey!

ESCENA V

Los mismos, y MARGARITA Y LUISA que llegan.

LUISA. ¡Vamos a ver a nuestra hermana, Margarita! ¡El corazón me late sobremanera!

MARGARITA. La veremos en toda su gloria y en todo su esplendor, y diremos: ¡Es nuestra hermana!

LUISA. -Hasta que no la vea, no puedo creer que esa mujer poderosa, que se llama la Doncella de Orleáns, sea nuestra hermana Juana, que perdimos. (La procesión se acerca.)

MARGARITA. -¿Dudas todavía? ¡La verás ahora!

BERTRAND. ¡Atención, que ya llegan!

ESCENA V

Flautas y clarinetes suenan a la cabeza de la procesión; siguen niños, vestidos de blanco, con ramos en la mano. Detrás de éstos dos heraldos, y luego alabarderos, y magistrados con togas. Después, dos mariscales con su bastón, el Duque de Borgoña trayendo la espada, Dunois el cetro, y algunos grandes con la corona, el globo y la mano de la justicia, y otros con ofrendas. A continuación caballeros de distintas órdenes, niños con incensarios, dos Obispos con el santo óleo, y el Arzobispo, con su crucifijo, y junto a él Juana, con la bandera, llevando los ojos bajos, con paso vacilante. Sus hermanas, al Yerta, manifiestan su sorpresa y su alegría. Detrás de ella viene el Rey bajo un solio, sostenido por cuatro Barones, y acompañado de palaciegos. Soldados cierran la procesión. Cuando el Rey entra en la iglesia, calla la música.

ESCENA VII

LUISA, MARGARITA, CLAUDIO MARIA,
ESTEBAN y BERTRAND.

MARGARITA. -¿has visto a nuestra hermana?

CLAUDIO MARÍA. -¿La que llevaba una armadura de oro, y una bandera delante del Rey?

MARGARITA. -¡Era ella! ¡Era Juana, nuestra hermana!

LUISA. -¡Y no nos ha conocido! ¡No imaginaba que estaba tan cerca de nosotras! Miraba al suelo, y parecía pálida, como si temblara bajo su bandera... Yo no me he alegrado de verla.

MARGARITA. -Así, yo he visto a nuestra hermana, rodeada de pompa y de grandezas... ¿Quién, ni aun en sueño, hubiera pensado, cuando apacentaba en las montañas sus rebaños, que la habíamos de contemplar de esta manera tan brillante?

LUISA. -Se ha cumplido el sueño de nuestro padre, de que nos prosternaríamos en Reims ante nuestra hermana. Esa es la iglesia, que vio también, y todo se ha realizado hasta ahora. Pero a mi padre se presentaron, además, otras tristes apariciones. ¡Ah! ¡Siento haber sido testigo de las grandezas de Juana!

BERTRAND. ¿Qué hacemos aquí ociosos? Vamos a la iglesia a asistir a la sagrada ceremonia.

MARGARITA. ¡Sí, vamos! Quizá encontraremos allí de nuevo a nuestra hermana.

LUISA. Ya la hemos visto. Regresemos, Pues, a nuestra aldea.

MARGARITA. -¡Cómo! ¿Antes de saludarla y hablarla?

LUISA. -Nada tiene ya que ver con nosotras; sólo se trata con Príncipes Y reyes... ¿Quiénes somos nosotras para que por vanidad tomemos parte también, en su gloria?

Una extraña era para nosotras cuando vivíamos juntas.

MARGARITA. --¿Se avergonzará de nosotras, y nos despreciará?

BERTRAND. -El mismo Rey nos ha atendido, porque saludaba con afabilidad hasta a los más pobres. Por grande que sea ahora su orgullo, el Rey es más que ella. (Las trompetas y los timbales resuenan en la iglesia.)

CLAUDIO MARÍA. -¡Vamos a la iglesia! (Corren hacia el fondo y desaparecen entre la gente.)

ESCENA VIII

THIBAUT, vestido de negro: detrás

RAIMUNDO, quiere detenerlo.

RAIMUNDO. -¡Estaos quieto, tío Thibaut! ¡Alejaos de este bullicio! No veis aquí sino gente alegre y vuestra tristeza la ofende. Venid; abandonemos cuanto antes esta ciudad.

THIBAUT. -¿Has visto a mi desdichada hija? ¿La has observado atentamente?

RAIMUNDO -¡Huyamos, por Dios!

THIBAUT. -¿Notaste cómo vacilaban sus pasos? ¿cuán pálida, cuán demudada parecía? Conoce su situación la infeliz hija mía. Este es el momento de salvarla, y no quiero, desaprovecharlo. (Intenta irse.)

RAIMUNDO. ¡Quedaos! ¿Que os proponéis hacer?

THIBAUT. -Sorprenderla, precipitarla desde la cúspide de su loca fortuna; sí, ó la fuerza quiero que vuelva a su Dios, de quien ha renegado.

RAIMUNDO. -¡Ah! ¡Pensadlo bien! Podría suceder que perdieseis.

THIBAUT. -Viva su alma, aunque perezca su cuerpo. (Juana sale sin la bandera de la iglesia. El pueblo se atropella por adorarla y besar sus vestidos, y se queda en el fondo del teatro detenida por la muchedumbre.) ¡Ella viene! ¡Ella es! Sale pálida de la iglesia. Su inquietud la rechaza de ese lugar sagrado. ¡Ya la justicia divina que se manifiesta!

RAIMUNDO. -¡Adiós! No exigid ya que os acompañe. Vengo lleno de esperanza, y me voy presa del más vivo dolor. He visto de nuevo a vuestra hija, y comprendo que la he de perder de nuevo. (Vase y Thibaut, también, en dirección opuesta.)

ESCENA IX

JUANA, el PUEBLO, y después SUS
HERMANAS.

JUANA. (Que se separa del pueblo y se adelanta.) -¡No puedo quedarme aquí!.. Persíguenme fantasmas; los sonidos del órgano son truenos para mí; las bóvedas de la catedral que se desploman sobre mi cabeza. Ansío respirar libremente. He dejado la bandera en el santuario. No ¡jamás, jamás la tocaré! Se me ha figurado que he visto pasar ante mí, como

en un sueño, a mis dos queridas hermanas Luisa y Margarita... ¡Ay de mí! Era sólo una aparición engañosa. ¡Lejos están ellas, lejos é inaccesibles para mí, como la dicha de mi infancia y mi inocencia!

MARGARITA. (Adelantándose.) -¡Ella es! ¡Es Juana!

LUISA. (Corriendo a su encuentro) ¡Oh hermana mía!

JUANA. -¿No era, pues, ilusión?... ¿Sois vosotras... Yo os abrazo; a ti, Luisa mía; a ti, mi Margarita! ¡Aquí, en este lugar extraño, en este vasto desierto lleno de almas, abrazo yo a mis hermanas tan adoradas!

MARGARITA. -Nos conoce; es, todavía nuestra buena hermana.

JUANA. -Y vuestro afecto ¿os ha traído tan lejos, tan lejos, hasta mí? ¿No miráis mal á. vuestra hermana, que os abandonó con tanta frialdad, sin deciros adiós?

LUISA. Las órdenes misteriosas de Dios te lo ordenaban.

MARGARITA. -Tu fama, que pregona el mundo entero, que publican todas las voces, ha llegado hasta nuestra tranquila aldea, y nos ha guiado hasta fiesta tan solemne. Hemos venido a contemplar tu gloria, y no estamos solas.

JUANA. (Con prontitud) -¿No está mi padre con vosotras? ¿En dónde en dónde está? ¿Por qué me lo ocultáis?

MARGARITA. -Nuestro padre no nos acompaña.

JUANA. -¿No? ¿No quiere ver a su hija? ¿No me traéis su bendición?

LUISA. -No sabe que estarnos aquí.

JUANA. -¿No lo sabe? ¿Por qué no?... ¿Os turbáis? ¿Calláis, y miráis al suelo? Decid, ¿en dónde está mi padre?

MARGARITA. -Desde que tú desapareciste...

LUISA. (Haciéndole una señal.) -¡Margarita!

MARGARITA. -Se puso triste...

JUANA. -¿Triste?

LUISA. -¡Consuélate! ¡Tú sabes cuán sensible es! Volverá a su anterior estado, y se considerará satisfecho cuando le digamos que tú eres feliz.

MARGARITA. - Pero ¿lo eres? Sí; debes serlo, ya que se ves tan grande y tan honrada.

JUANA. -Sí; lo soy, puesto que os veo, que oigo vuestra voz, el acento querido, que me recuerda los campos natales. Cuando apacentaba el ganado en las colinas, era yo feliz, como si existiera en el paraíso... ¡No puedo la ser lo que era, no puedo! (Oculta su rostro en el pecho de Luisa. Claudio María, Esteban y Bertrand se presentan, y se quedan en el fondo.)

MARGARITA. -¡Venid, Esteban, Bertrand, Claudio María! Mi hermana no es orgullosa; habla con tanta dulzura, y tan amigablemente, como si nada hubiese hecho, como si todavía viviese con nosotros en la aldea. (Acércanse aquellos y le

presentan la mano Juana los mira fijamente, y manifiesta gran sorpresa.)

JUANA. -¿Eh dónde estaba yo? Decidme, ¿ha sido todo, esto sólo un sueño, y despierto ahora? ¿Me encuentro ahora lejos de Donremy? ¿No es verdad? ¿Me había dormido bajo el árbol encantado, y he despertado, y estáis todos a mi rededor, todos esos a quienes tan bien conocía, y que me eran tan familiares? He soñado con reyes, batallas y hazañas guerreras... Eran sólo sombras, que han pasado ante mí, porque se sueña debajo de ese árbol. ¿Cómo habéis venido vosotros a Reims? ¿Cómo estoy yo aquí? ¡Nunca, nunca he abandonado yo a Donremy! Decidlo, y regocijaréis así mi corazón.

LUISA. -Estamos en Reims. Tú no has soñado todo eso, lo has hecho realmente... ¡Vuelve en tu acuerdo, mira cuanto te rodea! ¡PaIpa tu armadura de oro! (Juana lleva la mano a su pecho, reflexiona, y se espanta.)

BERTRAND. -De mi mano recibiste ese casco.

CLAUDIO MARÍA. -No es extraño que creas soñar, porque la que has intentado, lo que has hecho, apenas se puede imaginar.

JUANA. (Con prontitud.) -¡venid y huyamos! Me voy con vosotras. ¡Vuelvo a nuestra aldea, a la casa de mi padre!

LUISA. -¡Oh! ¡Ven, ven con nosotras!

JUANA. -Todos estos hombres me glorifican más de lo que merezco. Me habéis visto niña, pequeña y débil. Me amáis, pero no me adoráis.

MARGARITA. -¿Renunciarás a toda esta pompa?

JUANA. -Lejos de mí esas galas odiosas, que me separan de vosotras. Quiero ser otra vez pastora. Os serviré como vuestra humilde criada, y expiaré, haciendo la más rigurosa penitencia, mi vana elevación sobre vosotras. (Suenan las trompetas.)

ESCENA X

EL REY, que sale de la iglesia, con sus insignias reales; INÉS SOREL, el ARZOBISPO, el DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, LA HIRE, DUCHATEL, CABALLEROS y CORTESANOS Y PUEBLO.

EL PUEBLO. (Gritando varias veces, mientras pasa el Rey.) ¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII (Las trompetas se callan; a una señal del Rey, los heraldos, levantando sus bastones, imponen silencio.)

EL REY. -¡Pueblo mío bondadoso! Te doy las gracias por tu amor. La corona, que Dios ha puesto en mi cabeza, ha sido ganada y conquistada con las armas, derramándose noble sangre de ciudadanos, aunque habrán, también de adornarla ramas de oliva. Do yo también las gracias a todos los que han peleado por mí, y perdono a cuantos me han resistido, porque Dios, me ha dispensado su gracia, y la cle-

mencia ha de ser también el Principio de un reinado.

EL PUEBLO. -¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII!

EL REY. -Sólo de Dios, el Soberano de los Soberanos, es de quien recibimos la corona real de Francia. Pero yo la he recibido de su mano de manera más sensible (Volviéndose hacia la Doncella.) He aquí la enviada por Dios, que os ha dado vuestro Monarca legítimo, rompiendo el yugo de la tiranía extranjera. Su nombre debe ser igual al de Sarí Dionisio, patrono de este Reino, y en su loor deben también alzarse altares.

EL PUEBLO. -¡Viva, viva la Doncella, nuestra salvadora! (Suenan las trompetas.)

EL REY. (A Juana.) -Si tú eres, como nosotros, de la raza humana, di cual es la recompensa que puede regocijarte; pero si el cielo es tu patria, si tú, en tu cuerpo juvenil, encierras un alma celestial, arranca la venda, que cubra nuestros ojos, y déjate ver en tu forma gloriosa, como eres en el ciclo, para que te adoremos en el polvo. (Silencio general; todos miran a la Doncella.)

JUANA. (Gritando de repente.) -¡Dios mío! ¡Mi padre!

ESCENA XI

Los mismos, y THIBAUT, que sale de entre la muchedumbre, y se coloca delante de JUANA.

MUCHAS VOCES. -¡Su padre!

THIBAUT. -Sí, su padre, digno de lástima, el que engendró a esa desventurada, el mismo, a quien impulsa la justicia de Dios, para que acuse a su propia hija.

EL DUQUE. ¡Hola! ¿Que es esto?

DUCHATEL. -¡Terrible luz ya a iluminarnos ahora!

THIBAUT. (AL Rey.) -¿Crees tú que te ha salvado la mano de Dios? ¡Príncipe engañado! ¡Te ha salvado el artificio del demonio! (Todos se apartan con horror.)

DUNOIS.- ¿Está loco ese hombre?

THIBAUT. -Yo no, y tú sí, y cuantos me rodean, y este sabio Arzobispo, porque creen que el Señor del cielo se ha mostrado en la persona de una doncella despreciable. Veamos si también delante de su padre se atreve á sostener sus arteros engaños, los mismos con que ha seducido al pueblo y al Rey. Respóndeme en nombre de lama Trinidad. ¿Eres santa, y eres pura? (Silencio general; todos la miran; ella se queda inmóvil.)

INÉS. -¡Dios mío! ¡Enmudece!

THIBAUT. -Oblígala a callar ese nombre temible, cuyo poder alcanza hasta las profundidades del Averno... ¡Ella una santa, enviada por Dios!... Esa idea lo ha sido sugerida en un lugar maldito, bajo el

árbol mágico, en donde desde tiempo inmemorial, se reúnen para celebrar sus conciliábulos los malos espíritus... Allí vendió su alma inmortal al enemigo del género humano, para conquistar una gloria efímera mundana. Descubridle el brazo, y veréis en él la señal, que ha puesto el diablo.

EL DUQUE. -¡Esto es horrible!.. Sin embargo, es menester dar crédito a su padre, acusando a su propia hija.

DUNOIS. -No; no hay que fiarse de un loco, que se deshonor deshonorando a su hija.

INÉS. (Á Juana.) -¡Oh! ¡Habla! ¡Rompe ese malhadado silencio! ¡Nosotros te creemos! ¡Tenemos en ti confianza! Una palabra tuya, una sola palabra de tus labios nos satisface... ¡Pero, habla! Desmiente esa espantosa acusación... ¡Declara que eres inocente, y todos te creemos! (Juana continúa inmóvil; Inés se aleja de ella asustada.)

LA HIRE. -¡Está espantada! La sorpresa y el horror cierran sus labios... Ante una acusación tan grave tiembla hasta el más inocente. (Acércase a ella.) ¡Reánimate, Juana! ¡Cobra bríos! La inocencia tiene una mirada victoriosa, una lengua, siempre triunfante, que anonada en un momento a la calumnia. Manifiesta una noble ira, levanta los ojos, avergüenza y castiga a quienes dudan de ti, a quienes menosprecian indignamente tu santa virtud. (Juana continúa inmóvil. La Hire retrocede con horror, y el movimiento general se aumenta.)

DUNOIS. -¿Por qué tiembla el pueblo? ¿Por qué los Príncipes? Es inocente... ¡Yo respondo de ella, yo mismo, por mi honor también de Príncipe! Aquí está mi guante. ¿Quién se atreve a llamarla culpable? (Suena un trueno fuerte, y todos los presentes se aterran.)

THIBAUT. -¡Respondo en nombre de Dios, cuyo trueno retumba allá arriba! ¡Di que eres inocente! ¡Niega que el diablo es dueño de tu alma, y convénceme de embustero! (Suena otro trueno más fuerte, y el pueblo huye en todas direcciones.)

EL DUQUE. -¡El Señor nos ampare! ¡Qué señales tan temerosas!

DUCHATTEL. (Al Rey) -¡Venid, venid, Rey mío! ¡Huyamos da aquí!

EL ARZOBISPO. (A Juana) -En nombre de Dios te digo: ¿Callas porque eres culpable o inocente? Si el trueno testifica en tu favor, toma esta cruz, y pruébalo. (Juana permanece inmóvil. Nuevos y mayores truenos. Inés, el Arzobispo, el Duque, La Hire y Duchatel se van)

ESCENA XII

DUNOIS y JUANA.

DUROIS. -Tú eres mi esposa. Yo te he creído desde el instante en que te vi, y lo mismo pienso ahora. Te doy más fe que a todas estas señales, y

más que al trueno, que suena en lo alto. Callas noblemente indignada, y a menos tienes, bajo el escudo de tu santa inocencia, rechazar ésas injuriosas sospechas... Desprécialas, pero confía en mí, porque nunca he dudado de tu candor. Nada me digas; dame sólo tu mano, en prenda y signo de que fías a mi brazo la defensa de tu buena causa. (Le presenta se vuelve, y él se queda estupefacto.)

ESCENA XIII

JUANA; DUCHATEL; DUNOIS; por último,
RAIMUNDO

DUCHATEL. (Volviendo) -¡Juana de Arco! El Rey os permite que abandonéis libremente esta ciudad. Las puertas están abiertas para vos. No temáis ofensa alguna. Os protege su poder... Seguidme, Conde Dunois... no os honráis continuando más tiempo aquí... ¡Qué desenlace! (Vase. Dunois sale de su éxtasis, mira otra vez a Juana, y se va. Juana permanece sola un momento. Al fin aparece Raimundo; se detiene algunos instantes, a lo lejos, y la contempla afligido breve rato y en silencio. Después se acerca a ella, y le coge una mano.)

RAIMUNDO. -Aprovecha la ocasión. ¡Ven, ven! Las calles están desiertas. Dame la mano. Yo te guiaré. (Al verlo, manifiesta por primera vez sensi-

bilidad. Lo mira, y luego al cielo. Estrecha su mano con efusión, y sale.)

ACTO V

El teatro representa un bosque. En lontananza, chozas de carboneros. Está muy oscuro, con relámpagos y truenos, y oyéndose, por intervalos descargas de artillería.

ESCENA PRIMERA.

UN CARBONERO, y su MUJER

EL CARBONERO. -La tempestad es horrorosa. El cielo amenaza desgajarse en torrentes de fuego, y en medio del día, reinan las tinieblas como a la media noche. Cual infierno desencadenado muge la borrasca; tiembla la tierra y las seculares encinas encorvan, quejándose, sus copas. Y esta guerra terrible en lo alto, que hasta acobarda a las fieras, y las obliga a refugiarse en las cavernas, no trae la paz a los hombres... A pesar del fragor de los truenos y del huracán, se oyen las descargas de la artillería; tan próximos están los dos ejércitos, que sólo el bosque

los separa, y a cada instante puede empezar horrenda y sangrienta batalla.

LA MUJER. ¡Dios nos ampare! Los enemigos estaban derrotados y dispersos. ¿Cómo, pues, nos atormentan ahora de nuevo?

EL CARBONERO. -Porque no temen ya al Rey, en cuanto se supo en Reims que la Doncella era una hechicera; y desde que el diablo no nos ayuda, todo se ha trastornado.

LA MUJER. -¡Calla! ¿Quién se acerca?

ESCENA II

Los mismos, y RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO. -Aquí veo una cabaña. Ven y encontraremos un abrigo contra la furiosa borrasca. No podrás resistir más tiempo, al cabo de tres días de vagar incesante, huyendo de todos, y sin otro alimento que raíces silvestres. (Cálmase la tempestad, y el día se aclara.) Son carboneros compasivos. ¡Entrad!

EL CARBONERO. -Necesitáis descansar, según parece. ¡Venid! Vuestro es cuanto se cobija bajo ella pobre choza.

LA MUJER. -¿Una tierna doncella armada? ¡Ya se ve! Malos tiempos son estos, cuando hasta las mujeres han de revestir la coraza. La misma Reina Isabel según cuentan, está armada a la vista de todos

en el campamento enemigo y una doncella, criada de un pastor, ha peleado por nuestro señor el Rey.

EL CARBONERO. -¿Qué dices? Entrad en la choza, y ofreced a esa, joven una copa para que se reanime. (La mujer va hacia la choza.)

RAIMUNDO. (A Juana.) -Ya veis que no todos los hombres son perversos. También en estas soledades hay buenos corazones. ¡Serenaos! La tempestad se ha aplacado, y el sol brilla de nuevo, y nos consuela.

EL CARBONERO. -Paréceme que os dirigís al ejército de nuestro Soberano, puesto que camináis armados... ¡Mirad delante de vosotros! Los ingleses están acampados cerca, y sus escuadrones recorren estos montes.

RAIMUNDO. -¡Ay de nosotros! ¿Cómo podremos escaparnos?

EL CARBONERO. -Quedaos aquí, hasta que mi hijo venga de la ciudad. Os guiará por sendas poco frecuentadas, y nada tendréis que temer. Conocemos todos los rodeos.

RAIMUNDO. (A Juana.) -Despojaos del yelmo y de la armadura. Os delata, y no os protege. (Juana sacude la cabeza.)

EL CARBONERO. -Esta joven parece muy afligida... ¡Silencio! ¿Quién viene?

ESCENA III

Los mismos; la MUJER del Carbonero, que sale de la choza trayendo una copa, y el HIJO del Carbonero.

LA MUJER. -Es el niño, cuya vuelta esperábamos. (A Juana.) ¡Bebed, noble joven! ¡Que Dios os bendiga!

EL CARBONERO. (A su hijo.) -¿Llegaste ya, Anet? ¿Qué traes?

EL HIJO. (Que mira a Juana mientras bebe, la conoce, y le quita la copa.) ¡Madre, madre! ¿Qué hacéis? ¿A quién hospedáis? ¡Es la hechicera de Orleáns!

EL CARBONERO Y SU MUJER. -¡Que Dios nos ampare! (Se persignan, y huyen.)

ESCENA IV

RAIMUNDO y JUANA.

JUANA. (Serena, y con dulzura.) -Ya ves; me persigue la maldición, y todos huyen de mí. Piensa en salvarte, y abandóname.

RAIMUNDO. ¡Yo abandonarte! ¿Ahora? ¿Y quién te acompañará?

JUANA. -No me falta compañía. Has oído al trueno retumbar sobre mi cabeza. Mi destino es mi guía. No te inquietes; llegaré a mi fin sin buscarlo.

RAIMUNDO. -¿Adónde quieres ir? Aquí están los ingleses, que han jurado tomar de ti horrible y sangrienta venganza... allí los nuestros, que te han rechazado y desterrado...

JUANA. -No me sucederá sino lo que me haya de suceder por necesidad.

RAIMUNDO. -¿Quién te alimentará? ¿Quién te protegerá contra las fieras, y quién contra los hombres, más temibles todavía? ¿Quién te asistirá, si enfermas y te ves reducida á la miseria?

JUANA. -Conozco todas las hierbas, todas las raíces. Mis ovejas me enseñaron a distinguir las saludables de las ponzoñosas... Comprendo el curso de los astros y de las nubes, y oigo correr las fuentes ocultas. El hombre necesita poco, y la naturaleza lo da mucho, porque u muy rica.

RAIMUNDO. (Tomándole la mano) -¿No quieres volver a tu hogar? ¿Ni reconciliarte con Dios?... ¿Ni ingresar de nuevo, arrepentida, en el seno de la Iglesia?

JUANA. ¿Pero tú me crees también culpable?

RAIMUNDO. -¿Cómo no? Tu tácita confesión...

JUANA. -Tú, que me has acompañado en mi desgracia, el único ser, que me ha guardado fidelidad y encadena su suerte a la mía, cuando todos me rechazan, ¿me miras como a una mujer reprobada, que reniega de su Dios?.. (Raimundo se calla.) ¡Oh! ¡Esto es duro en verdad!

RAIMUNDO. -¿No eres, pues, hechicera?

JUANA. -¡Yo hechicera!

RAIMUNDO. -¿Entonces, sólo con la ayuda de Dios y de sus santos has hecho tales milagros?

JUANA. --¿Cómo podría ser de otro modo?

RAIMUNDO. -¿Y te callaste, oyendo tan tremenda acusación... ¿Hablas ahora, y cuando debías hablar ante el Rey, enmudeciste?

JUANA. -Me sometí en silencio al amargo trance, a que me sujetaba Dios, mi Señor.

RAIMUNDO. -¿No contestar siquiera a tu padre?

JUANA. -La prueba venía de Dios, porque venía de mi padre.

RAIMUNDO. ¡Hasta el Cielo testificó contra tí!

JUANA. -Porque habló el cielo, callé yo.

RAIMUNDO. -¡Cómo! ¿Podías disculparte con una palabra, y dejaste a todos en tan desventurado error?

JUANA. -No era un error, sino un decreto del cielo.

RAIMUNDO. -¿Toleraste inocente tal oprobio, y ni una queja articularon tus labios?... Te admiro, y me siento conmovido hasta lo más hondo de mi corazón. De buen arado, Lo creo, porque me afligía considerarte culpable. Sin embargo, yo no podía ni aun soñar que ningún ser humano sufriese en silencio tan monstruosa afrenta.

JUANA. -¿Merecía ser yo la enviada de Dios, si no acataba ciegamente su voluntad? No soy tan miserable como te imaginas. Me aqueja la necesidad,

pero, para mi situación, no es ninguna desdicha. Me veo desterrada y fugitiva, pero en mi soledad he aprendido a conocerme. Cuando me rodeaba el esplendor de la gloria, había lucha en mi pecho, y era la más miserable, cuando más me envidiaba el mundo... Ahora estoy curada, y esta tempestad de la naturaleza, que amenazaba tragarse la tierra, me ha favorecido, purificando la atmósfera, y a mi también... La paz reina en mi alma... Suceda lo que quiera, nada me inspira temor.

RAIMUNDO. -¡Oh! ¡Ven, ven! Apresurémonos a proclamar en voz alta tu inocencia, para que todos la conozcan.

JUANA. -Quien ha consentido este yerro, sabrá deshacerlo. Los frutos del destino caen por su propio peso, cuando están maduros. Llegará el día, en que se demuestre mi inocencia. Quienes ahora me rechazan y condenan, comprenderán cuánta ha sido su insensatez, y llorarán mi suerte.

RAIMUNDO. -Menester era que yo callase, hasta que...

JUANA. (Tomando su mano con dulzura.) -Tú no ves sino el aspecto natural de las cosas, porque venda mundana cubre tus ojos. Los míos han contemplado cosas inmortales... Sin la voluntad de Dios no se cae un solo cabello de la cabeza de los hombres... ¿Ves cómo el sol descende allí en el horizonte? Del mismo modo que mañana brillará de nuevo en todo su esplendor, así vendrá también el día de la verdad.

ESCENA V

Los mismos, y la REINA ISABEL con SOLDADOS que aparecen por el fondo.

LA REINA. (Detrás de la escena.) -Este es el camino del campamento inglés.

RAIMUNDO. -¡Ay de nosotros! ¡El enemigo! (Entran soldados, que, al ver á Juana, retroceden asustados.)

LA REINA. -Veamos, ¿por qué retrocedéis?

Los SOLDADOS. -¡Dios nos socorra!

LA REINA. ¿Os espanta algún espectro? ¿Sois soldados o mujercillas?... ¿Cómo? (Penetra entre ellos y retrocede también al ver a Juana.) ¿Qué veo? ¡Ahí (Se repone en seguida, y sale a su encuentro.) ¡Entrégate! ¡Eres mi prisionera!

JUANA. -¡Lo soy! (Raimundo huye desesperado)

LA REINA. (A los soldados.) -¡Encadenadla! (Los soldados se aproximan con timidez a la Doncella. Esta presenta sus brazos, y la sujetan.) He aquí a la poderosa, a la temida, la que os aterraba como si fueseis corderos, y ahora no puede defenderse a sí misma. Si hacía milagros, era por vuestra credulidad, y se convierte en mujer, en cuanto encuentra un alma varonil. (A la Doncella.) ¿Por qué abandonas tu ejército? ¿En dónde está el Conde Dunois, tu caballero y protector?

JUANA. -Me han desterrado.

LA REINA. (Retrocediendo admirada.) -¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te han desterrado? ¿Desterrada por el Delfín?

JUANA. -No preguntéis más. Soy vuestra prisionera. Pronunciad mi sentencia.

LA REINA. -¿Desterrada cuando lo has sacado del abismo, cuando le das la corona en Reims, y lo has hecho Rey de Francia? ¡Desterrada! Conozco en esto a mi hijo... Llevadla al campamento. Mostrad a las tropas la fantasma, ante la cual temblaba. ¿Es acaso hechicera? Todos sus hechizos son el efecto de vuestra insensatez y de vuestra cobardía. Es una loca, que se sacrifica por su Soberano, y que ahora recibe el premio merecido de ese mismo Soberano... Llevadla a Lionel... Le envió atada la fortuna de los franceses. Yo la seguiré al punto.

JUANA. -¿A Lionel? Matadme aquí antes.

LA REINA. (A los soldados.) ¡Obedecedme! Lleváosla (vase.)

ESCENA VI

JUANA Y LOS SOLDADOS

JUANA. (A los soldados.) -No consintáis, oh ingleses, que yo salga viva de vuestras manos. ¡Ven-gaos! Desenvainad vuestras espadas, y atravesadme el corazón. Llevadme ya muerta a vuestro General. Recordad que soy quien ha hecho sucumbir a vuestros más valerosos adalides, que nunca os mostró compasión, que ha derramado torrentes de sangre inglesa, y privado a vuestros héroes más distingui-dos del placer de regresará su patria. ¡Tomad san-grienta venganza! ¡Matadme! Vuestra soy ahora. No, siempre me encontraréis tan débil...

EL CAPITÁN DE LOS SOLDADOS. -Haced lo que la Reina os manda.

JUANA. -¿He de ser aún más desdichada de lo que ya ha sido? ¡Virgen temible! ¡Cuán pesada es tu mano! ¿Me retiraste por completo tu protección? Ni Dios ni ángel alguno se me aparece, cesan los mila-gros, y el cielo se ha cerrado para mí. (Sigue a los soldados.)

ESCENA VII

El campamento francés.

DUNOIS, entre EL ARZOBISPO y
DUCHATTEL.

EL ARZOBISPO. -Refrenad, oh Príncipe, vuestra negra melancolía. ¡Venid con nosotros! Volved a vuestro Rey. No abandonéis la causa común en este momento, porque vencidos de nuevo, necesitamos del auxilio de vuestro brazo.

DUNOIS. -¿Por qué somos vencidos? ¿Por qué cobra ánimo el enemigo? Todo estaba hecho; Francia victoriosa y la guerra terminada. Habéis desterrado a vuestra salvadora. ¡Salvaos ahora vosotros! Yo no veré más el campamento, si Juana no está en él.

DUCHATTEL. -¡Tomad mejor acuerdo, Príncipe! No nos respondáis de esa manera.

DUNOIS. -¡Callad, Duchatel! Os detesto, y nada quiero oír de vuestros labios. Sois el primero que dudasteis de ella.

EL ARZOBISPO. -¿Quién no se había de engañar, y vacilar en ese día malhadado, en que tantos signos testificaban contra Juana? Estábamos sorrendidos, amenazados; el golpe era mortal para nuestro corazón... ¿Quién podía permanecer sereno

en aquel momento horroroso? Ahora es cuando reflexionamos. La vemos como fue entre nosotros, y no encontramos motivo alguno de censura; estamos confusos; tememos haber cometido alguna grave injusticia... El Rey está arrepentido. El Duque se acusa a sí mismo, La Hire se muestra inconsolable, y todos estamos tristes.

DUNOIS. -¡Ella una impostora! Si la verdad hubiese de revestir alguna vez figura humana, había de elegir la suya. Si la inocencia, si la lealtad, si la pureza de las intenciones han habitado algún día sobre la tierra... ha sido en sus labios, en sus nobles ojos.

EL ARZOBISPO. -Que el cielo se declare por medio de un milagro, y descifre este misterio, que nuestra corta vista no penetra... Pero sea la que fuera la terminación de este contratiempo, hemos pecado. Nos hemos defendido, con armas infernales, o hemos desterrado a una santa. Y cualquiera de estos motivos es bastante para llamar la ira y el castigo del cielo sobre este país infortunado.

ESCENA VIII

LOS mismos, y UN NOBLE y luego
RAIMUNDO.

EL NOBLE. -Un pastor joven pregunta por Vuestra Alteza, y pide con gran ahinco hablaros; viene, según dice de parte de la Doncella...

DUNOIS. -¡Corred! ¡Traedlo! ¡Que entre! (El Noble abre á Raimundo la puerta. Dunois sale a su encuentro.) ¿En dónde está? ¿En dónde está la Doncella?

RAIMUNDO. -¡Dios os guarde noble Príncipe! Y me alegro en el alma encontrar a vuestro lado a este piadoso, obispo, a este santo varón, protector de los oprimidos Y padre de los desafortunados

DUNOLS. -¿En dónde está la Doncella?

EL ARZOBISPO. -¡Dínoslo, hijo mío!

RAIMUNDO. -Señor, no es ninguna hechicera. Lo aseguro, por Dios y por todos los santos. El pueblo se ha engañado. Habéis desterrado a una inocente, y rechazado a la enviada por Dios.

DUNOIS. -¿En donde está? ¡Dilo!

RAIMUNDO. -La acompañé en su huída por las Ardenas. Allí me ha franqueado su corazón. Que muera yo mártir, que mi alma no disfruta de la dicha eterna, si ella no esta exenta, oh señor, de toda culpa.

DUNOIS. -El mismo sol del cielo no es más puro. Pero, ¿en dónde está? ¡Dilo!

RAIMUNDO. -¡Oh! Si Dios ha mudado vuestro corazón... ¡corred a salvarla! Es prisionera de los ingleses.

DUNOIS. -¡Prisionera! ¿Cómo?

EL ARZOBISPO. -¡La desdichada!

RAIMUNDO. -Fue sorprendida en las Ardenas, en donde tós refugiamos, por la misma Reina, y

entregada a los ingleses. ¡Oh! salvadla de una muerte horrorosa, ya que salvó a vosotros.

DUNOIS. -¡A las armas! ¡A las armas! ¡Tocad los tambores! ¡Sonad la alarma! ¡A pelear todas las tropas! ¡Que todos los franceses se apresten a la batalla! ¡Nuestro honor lo pide! ¡Hay que recobrar la corona y nuestro paladium, arriesgar toda nuestra sangre, las vidas de todos! ¡Es preciso libertarla ante que acabe el día! (vanse.)

ESCENA IX

Una torre, con una ventana alta.

LA REINA ISABEL FALSTOF, JUANA y
LIONEL.

FALSTOLF. (Entrando precipitadamente.) -Ya es imposible contener a la muchedumbre. Exige furiosa que muera la Doncella. Os oponéis en vano. Matadla, y arrojadla de cabeza desde esta torre. El ejército no se calmará, hasta que no corra su sangre.

LA REINA. (Que entra.) -Arriman escalas y acuden en tropel. Acceded a su deseo. ¿Esperaréis, que, en su rabia ciega, derriben la torre, y nos maten a todos? ¡Entregadla!

LIONEL. -¡Dejad que la asalten! ¡Dejadlos que alboroten! Este castillo es fuerte, y prefiero sepul-

tarme en sus ruinas a ceder a su demanda... Respóndeme, Juana. Sé mía, y te defiendo contra todos.

ISABEL. -¿Qué hacéis?

LIONEL. -Los tuyos te han rechazado. Ningún lazo te une ya a tu ingrata patria. Los cobardes, que te amaban, te abandonaron, no osando pelear en defensa de tu honor. Yo, lo defiendo contra todos los míos... Me hiciste creer un día que te era cara mi vida. Y entonces combatía yo contra ti como enemigo. Ahora yo soy tu único amigo.

JUANA. -Tú eres mi enemigo, y el enemigo odioso de mi pueblo. Nada puede haber común entre tú y yo. No puedo amarte. Sin embargo, si sientes inclinación hacia mí, sirve a ambos pueblos... Lleva lejos de mi patria a tu ejército, entrega las llaves de todas las ciudades, que habéis conquistado por la fuerza, da libertad a los prisioneros, ofrece rehenes como garantía de ese pacto sagrado, y así, yo cierro contigo la paz en nombre de mi Rey.

LA REINA. -¿Nos impondrás condiciones, siendo nuestra prisionera?

JUANA. -Hazlo así ahora, no cuando la necesidad te obligue. Francia no sufrirá el yugo de Inglaterra. ¡No, no! ¡Jamás! Será más bien el sepulcro de vuestro ejército. Ya sucumbieron los más valerosos. Pensad en asegurar vuestro regreso; vuestra gloria, vuestro poder, desaparecieron.

LA REINA. -¿Podéis lograr la arrogancia de esta insensata?

ESCENA X

Los mismos, y un CAPITÁN, que llega corriendo.

EL CAPITÁN. -Apresuraos, general; apresuraos a ordenar el ejército para la batalla. Los franceses se adelantan, cor las banderas desplegadas, y el ruido de sus armas llena todo el valle.

JUANA. (Con entusiasmo.) -¡Los franceses se adelantan! ¡Al campo; pues, Inglaterra orgullosa! Trátase de venir enseguida a las manos.

FALSTOLF. -¡Necia, reprime tu contento! ¡No verás el fin de este día!

JUANA. -Mi pueblo vencerá, y yo moriré. Los valientes no necesitan ya de mi brazo.

LIONEL. -Desprecio esos hombres afeminados. En veinte batallas los hemos puesto en vergonzosa huída delante de nosotros, antes que esta heroína combatiera en su favor. A todos los tenía en poco, excepto a una, y a esa la han desterrado... ¡Venid, Falstolf! Vamos a prepararles una segunda jornada de Crecy y de Poitiers. Vos, oh Reina, quedaos en esta torre, y guardad a la doncella hasta que la batalla se decida. Os dejo cincuenta caballeros para protegeros.

FALSTOLF. -¿Cómo? ¿Vamos a salir al encuentro al enemigo, y dejamos aquí a esta fanática?

JUANA. -¿Te asusta una mujer encadenada?

LIONEL. -¡Dame palabra, oh Juana, de no escapar!

JUANA. -¡Escaparme es ahora mi único deseo!

LA REINA. -¡Triplícad sus cadenas! Con mi cabeza respondo que no se escapará. (Sujétanla con pesadas cadenas el cuerpo y los brazos.)

LIONEL. (A Juana.) -¿Así lo quieres? Nos obligas a ello. Todo depende de ti. Renuncia a Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y esos furiosos, que pedían tu muerte, te servirán.

FALSTOLF. (Invitándole.) -¡Vamos, vamos, mi general!

JUANA. -¡Excusa tus palabras! Los franceses se adelantan. ¡Defiéndete! (Suenan las trompetas, y Lionel sale apresuradamente.)

FALSTOLF. -¿Sabéis lo que habéis de hacer, oh Reina? Si la fortuna se declara contra nosotros; si veis que huyen nuestras tropas...

LA REINA. (Sacando un puñal) -¡No tengáis cuidado! No vivirá para presenciar nuestra derrota.

FALSTOLF. (A Juana.) -Ya sabes lo que te espera. Ahora pide a Dios que favorezca a tu pueblo. (vase.)

ESCENA XI

La REINA; JUANA, y los SOLDADOS

JUANA. -¡Así lo haré! Nadie me lo estorbará... ¡Oíd! ¡Es la marcha guerrera de mi patria! ¡Con qué entusiasmo late mi corazón en mi pecho, y cómo me anuncia la victoria! ¡Que sucumba Inglaterra! ¡Que venzan los franceses! ¡A ellos mis valientes! ¡A ellos! ¡La Doncella está cerca de vosotros! No puede ya, como antes, precederos con su bandera... pesadas cadenas la sujetan. Pero su alma, libre de su prisión, vuela sin obstáculos en las alas de vuestra marcha.

LA REINA. (A un soldado.) -Sube a esa ventana, desde donde se domina el campo, y dinos las alternativas de la batalla. (El soldado la obedece.)

JUANA. -¡Valor, valor, pueblo mío! ¡Es la última pelea! Una victoria más, y sucumbe el enemigo.

LA REINA. -¿Qué ves?

EL SOLDADO. Ya combaten. Un furioso, en un caballo árabe, cubierto con una piel de tigre, se precipita delante de los caballeros armados.

JUANA. -¡Es el Conde Dunois! ¡Adelante, valeroso adalid! ¡La victoria es tuya!

EL SOLDADO. -El Duque de Borgoña ataca los puentes.

LA REINA. -¡Ojalá que diez lanzas atraviesen a un tiempo el corazón del traidor!

EL SOLDADO. -Lord Falstolf le opone enérgica resistencia. Los soldados del Duque y los nuestros ponen pie en tierra, y pelean cuerpo a cuerpo.

LA REINA. -¿No ves al Delfín? ¿No conoces las insignias reales?

EL SOLDADO.-Todo está envuelto en polvo. Ya nada distingo.

JUANA. -Si él tuviera mis ojos, o yo estuviera ahí arriba, ni el más pequeño detalle se me ocultaría. Yo puedo contar al vuelo las aves que pasan, y en las nubes distingo al halcón.

EL SOLDADO. -Junto al foso se traba encarnizada pelea. Los más valerosos, según me parece, batallan allí.

LA REINA. -¿Flota al aire nuestra bandera?

EL SOLDADO. -Flota en lo alto.

JUANA. -Si yo pudiese presenciar el combate por una hendidura, dirigiría desde aquí la batalla.

EL SOLDADO. -¡Ay de mí! Nuestro general es cercado por los enemigos.

LA REINA. (Sacando el puñal contra Juana) -¡Muere, desdichada!

EL SOLDADO. (Con prontitud.) -Ya está libre. El animoso Falstolf acomete por retaguardia a los enemigos... y rompe sus apretados escuadrones.

LA REINA. (Envainando el puñal.) -¡Tu ángel de la Guarda ha pronunciado estas palabras!

EL SOLDADO. -¡Victoria, victoria! Ya huyen.

LA REINA. -¿Quién huye?

EL SOLDADO. -¡Los franceses, los borgoñones! El campo está lleno de fugitivos.

JUANA. -¡Dios mío, Dios mío! ¿Hasta tal punto has de abandonarme?

EL SOLDADO. -Allí llevan uno gravemente herido. Muchos vuelan a su ayuda. ¡Es un Príncipe!

LA REINA.-¿Francés o de los nuestros?

EL SOLDADO. -La desatan el yelmo. ¡Es el Conde Dunois!

JUANA. (Sacudiendo vigorosamente sus cadenas.) -¡Y yo sólo soy una mujer encadenada!

EL SOLDADO. -¡Hola! ¡Poco a poco! ¿Quién lleva un manto celeste con estrellas de oro?

JUANA. (Con Viveza.) -¡Mi Señor, el Rey!

EL SOLDADO. -Su caballo espantado se alza de manos... lo derriba en tierra... lo hace rodar... se levanta con trabajo. (Juana, al oírlo, se mueve convulsivamente.) Los nuestros acorren; ya lo alcanzan... ya lo envuelven...

JUANA. -¿No hay ya ángeles en el cielo?

LA REINA. (Burlándose.) -¡Ahora es la ocasión! ¡Sálvalo ahora!

JUANA (Se hinca de rodillas y con voz animada y fuerte.) ¡Óyeme, Dios, en mi último trance! Mi alma, en mi ansia ardiente, se eleva hacia el cielo y hacia ti. Tú puedes dar tanta fuerza a los hilos de una araña, como a los cables de un navío, Fácil es a tu omnipotencia transformar a su vez en tenues hilos de araña a cadenas de hierro. Si tú quieres, éstas cadenas caerán, y se abrirán las murallas de esta torre... Tú- socorriste a Sansón, cuando estaba ciego y encadenado, y sufría las burlas amargas de sus arrogantes enemigos... Confiado en ti, sacudió vigorosamente las columnas del edificio, que le servía de cárcel y cayó en ruinas...

EL SOLDADO. -¡Victoria, victoria!

LA REINA. -¿Qué hay?

EL SOLDADO. -¡El Rey ha sido hecho prisionero!

JUANA. (Levantándose.) -¡Que Dios sea conmigo misericordioso! (Agarra con fuerza las cadenas con ambas manos, y las rompe. Enseguida se precipita sobre el soldado más próximo, le arrebató su espada, y corre fuera. Todos la miran inmóviles.)

ESCENA XII

Los mismos, sin Juana.

LA REINA. (Después de una larga Pausa.) -¿Qué ha sido esto? ¿Sueño yo? ¿Adónde ha huido? ¿Cómo ha roto sus pesadas cadenas? Jamás lo hubiese creído, a no verlo con mis ojos.

EL SOLDADO. (En la ventana.) -¿Cómo? ¿Tienen alas? ¿Se la ha llevado el viento?

LA REINA. ¿Está allá abajo?

EL SOLDADO.-En medio de la batalla... Corre con tanta velocidad, que no puede seguirla mi vista... ahora está allí... ahora aquí... la veo a un tiempo en muchas partes... Hiende los escuadrones... todos ceden ante ella; los franceses se detienen y se rehacen de nuevo... ¡Ay de mí! ¿Qué veo? Nuestros soldados deponen las armas, nuestras banderas vienen a tierra.

LA REINA. -¿Cómo? ¿Nos arrancarán una victoria segura?

EL SOLDADO. -¡Va derecha hacia el Rey!... ya llega junto él... lo salva de sus enemigos... Lord Falstolf le acomete... El General es hecho prisionero.

LA REINA. -No quiero oír más. ¡Baja!

EL SOLDADO. -¡Huid, Reina! ¡Seréis sorprendida! Hombres armados se acercan a la torre. (El baja.)

LA REINA. (Desenvainando su espada.) -¡Así peleáis, cobardes!

ESCENA XIII

Los mismos, y LA HIRE, con soldados. Al entrar, los de la Reina deponen las armas.

LA HIRE. (Acercándose a la Reina con respeto.) - ¡Someteos a la fuerza, señora!.. Vuestros caballeros se han rendido, y toda resistencia es inútil... Aceptad mis servicios. Ordenadme adónde he de llevaros.

LA REINA. -A cualquiera parte, siempre que no sea al Delfín. (Dale su espada, y lo sigue con los soldados)

ESCENA XIV

La escena representa al campo de batalla. Soldados con banderas ocupan el fondo del teatro. Delante de ellos, EL REY y el DUQUE DE BORGONA, en cuyos brazos descansa JUANA, herida mortalmente, sin dar señales de vida. Andan con lentitud. INÉS SOREL entra precipitadamente.

INÉS. -(Abrazando al Rey.) -¡Sois libre... vivís... os veo de nuevo..!

EL REY. -Soy libre... pero lo soy a este precio. (Aludiendo a Juana.)

INÉS. ¡Dios mío! ¡Se muere!

EL DUQUE. -¡Espiró! ¡Así se separan de nosotros los ángeles! ¡Vedla ahí, tranquila y sin dolor, como un niño dormido! La paz del cielo resplandece en su rostro. Ningún soplo de vida se escapa de su pecho; pero hay algún calor en sus manos, y aun no ha muerto del Lodo.

EL REY. -¡Sucumbió!... No despertará más, y sus ojos contemplarán nada terrestre. Su alma gloriosa vuela allá arriba, y no ve ni nuestro dolor ni nuestro arrepentimiento.

INÉS. -¡Abre los ojos! ¡Vive!

EL DUQUE. (Atónito.) -¿Vuelve a nosotros desde la tumba? ¿Vence a la muerte? ¡Se levanta! ¡Se sostiene!

JUANA. (En pie, y mirando a su rededor.) -¿En dónde estoy?

EL DUQUE. -¡Entre los tuyos, Juana, entre tus compatriotas!

EL REY. -¡En los brazos de tu amigo, de tu Rey!

JUANA. -(Después de mirar fijamente a su rededor.) -¡No; no soy hechicera! ¡Cierto que no lo soy!

EL REY. -Eres santa, como los ángeles, pero nuestros ojos estaban en tinieblas.

JUANA. (Sonriendo y contenta.) -¡Y estoy, en efecto, entra los míos! ¡Y ni me desprecian, ni me rechazan! ¡No me maldicen y se muestran conmigo bondadosos!... Si; todo lo reconozco con claridad. ¡Este es mi Rey! ¡Esas son las banderas de Francia! Pero, sin embargo, no veo la mía... ¿En dónde está? No puedo caminar sin mi bandera. Confiómela mi Maestro, y he de deponerla al pie de su trono, para probarle que le he sido fiel.

EL REY. (Volviendo el rostro.) -¡Dadle su bandera! (Se la entregan. Yérguese, con la bandera en la mano. Rosada luz brilla en el cielo.)

JUANA. -¿Veis el arco iris allá lejos? La gloria abre sus puertas de oro; resplandece entre coros de ángeles, oprimiendo su pecho a su Eterno hijo, y extendiendo hacia mí sus brazos con dulce sonrisa. ¿Qué siento yo?... Ligeras nubes me levantan... mi pesada coraza se trueca en alas. Arriba... arriba... Huye la tierra... ¡Breve es el dolor, y perpetua la alegría! (Deja caer la bandera, y cae también muerta. Todos permanecen largo tiempo conmovidos y callados... El Rey hace una leve señal y traen todas las banderas, y la cubren con ellas.)